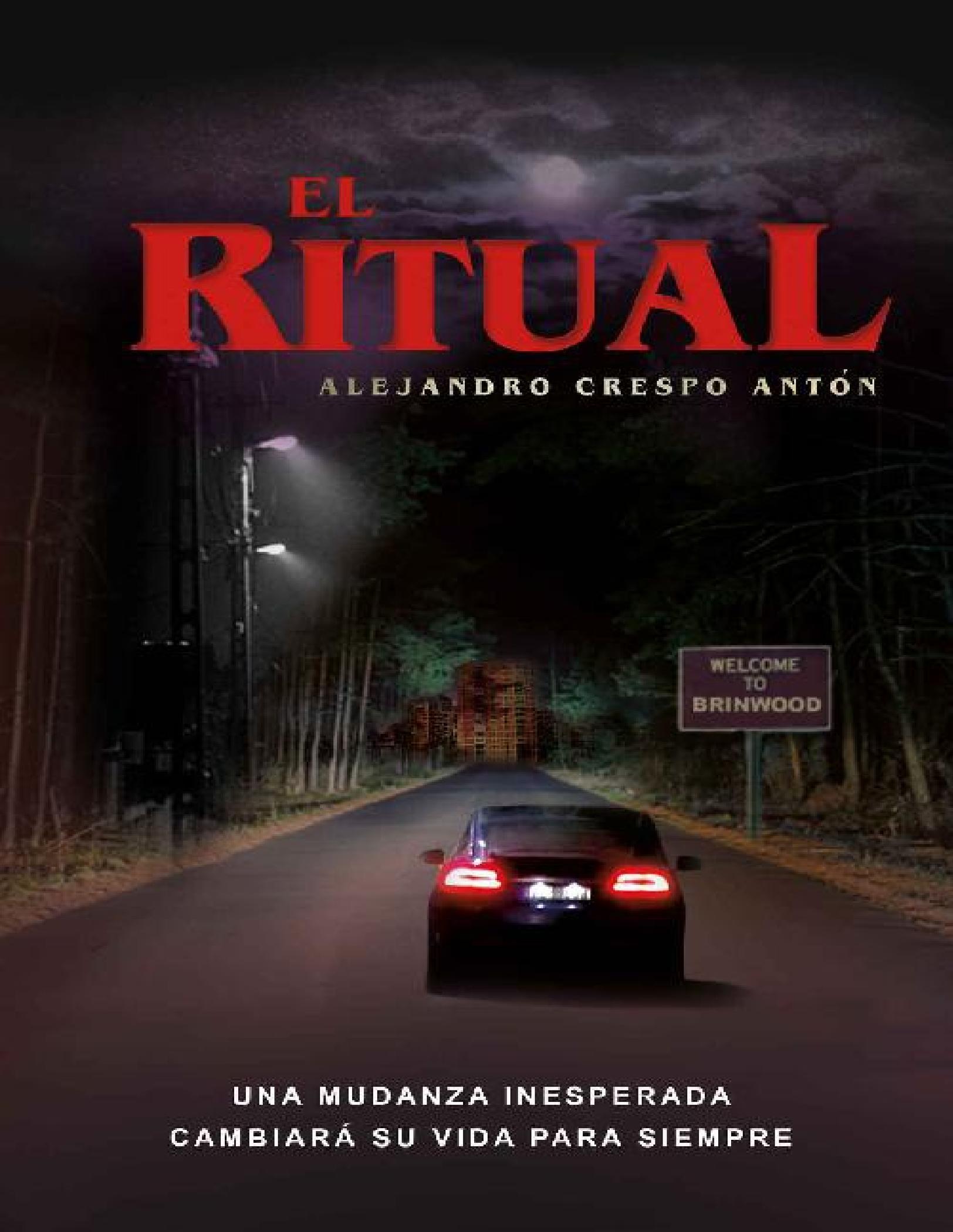


EL RITUAL

ALEJANDRO CRESPO ANTÓN

A dark car is driving away on a road at night. The car's taillights are illuminated. The road is flanked by trees and streetlights. On the right side of the road, there is a sign that reads "WELCOME TO BRINWOOD".

WELCOME
TO
BRINWOOD

UNA MUDANZA INESPERADA
CAMBIARÁ SU VIDA PARA SIEMPRE

Contenido

- [1. Conroad, 1998](#)
- [2. Mudanza](#)
- [3. Próxima parada: Brinwood](#)
- [5. Diferente amanecer](#)
- [6. El origen de todo](#)
- [7. Manos magulladas](#)
- [8. Fiesta nocturna y... algo más](#)
- [9. ¿Qué ha pasado?](#)
- [10. ¿He sido yo?](#)
- [11. Ben](#)
- [12. El comienzo](#)
- [13. Sacerdote Sullivan](#)
- [14. Uno más...](#)
- [15. Nacer otra vez](#)

EL
RITUAL
ALEJANDRO CRESPO ANTON

**UNA MUDANZA INESPERADA
CAMBIARÁ SU VIDA PARA SIEMPRE**

1 . Conroad, 1998

Una mañana más, amanecía en la casa de los Robinson. El sol ya deslumbraba en la habitación de Miles, y le daba así unos especiales buenos días.

Miles Robinson cumplía 15 años. Así que, al abrir los ojos, se le dibujó una sonrisa. Sabía que iba a ser un día de llamadas de felicitación por su cumpleaños, y también de muchos regalos. Sería un día muy especial para él. Miles era un chico con el pelo pelirrojo oscuro, delgado, alegre y de estatura media. Era muy buen estudiante, pero con el típico carácter estudiantil y rebelde de esas edades.

—No es día de Santa Claus —pensaba Miles—, pero da igual, tendré regalos.

El día en el que llegaba Papá Noel, Miles siempre recibía muchos regalos, aunque no tuviera mucha familia. Pero eso no era un aspecto que le impidiese recibir una gran cantidad de juguetes y regalos con los que disfrutar.

La ciudad estaba rodeada de barrios con rascacielos y lugares en los que vivía la gente adinerada. Y luego, existían otros barrios más humildes y un poco separados de la civilización en sí. Entre ellos, estaba **Conroad**, lugar en el que vivían los Robinson.

El verano ya se notaba en Chicago. Era pleno mes de julio, y hacía bastante calor. Sobre todo, en este tipo de barrios pequeños. Se encontraban rodeados de zonas montañosas y boscosas que estaban a pocos kilómetros y que se observaban a simple vista.

Bajó las escaleras rápidamente, con muchas ganas encontrar esos regalos que tanto esperaba. Sin embargo, lo primero que encontró al bajar fueron unas maletas de viaje. Además, la casa tenía bastantes menos cosas de lo habitual.

Antes de poder preguntar o reaccionar, se vio atrapado por los brazos de su madre. Lo abrazó como nunca lo había hecho y le dio tantos besos que hasta Miles se sorprendió por tanta efusividad.

Tina Robinson era una mujer alta, delgada, de pelo castaño y con unos ojos que bien podrían ser una mezcla de color miel y gris. Era una mujer llamativa. Así mismo, trabajaba de camarera en un bar del barrio desde hacía 10 años.

Su padre, James, trabajaba en una inmobiliaria. Miraba a Miles con una sonrisa de oreja a oreja, y lo felicitó por su decimoquinto cumpleaños. Lo agarró con sus delgados brazos, y le dio un gran abrazo y un beso fuerte en la mejilla. Era una persona que parecía más joven lo que era en realidad. Bien podría ser un hermano mayor.

—Muchas felicidades, hijo mío — le dijo, y le volvió a dar un beso en la mejilla. Miles observó que tenía tres paquetes en la mesa del salón. Pero, antes de abalanzarse sobre ellos, su madre volvió a cogerlo para darle un achuchón y un beso que casi lo hizo caerse hacia atrás.

«Vaya, qué efusividad, nunca los había visto tan cariñosos», pensó Miles después de darles las gracias otra vez y dirigirse a por los regalos. Como es normal en estos casos, siempre se suele ir primero a por el regalo más grande de todos, y luego ya a coger el más pequeño.

El tamaño grande solía causar siempre una mayor impresión a la gente, como si fuera algo más significativo solo por el simple hecho de ser más grande. Y, en este caso, volvería a ser así. O eso

era lo que creía él. Miles se dispuso a abrir el primer regalo, y se encontró con un balón de la NBA y la indumentaria del equipo que tanto le gustaba (y del que era mayor fan), los Chicago Bulls. La indumentaria traía una camiseta, un pantalón, unos calcetines, unas zapatillas, una gorra del equipo y el balón con los colores del equipo, rojo y blanco. Era el regalo ideal para ese momento, ya que estaban viviendo una de sus mejores épocas en términos deportivos. La ciudad acababa de ver triunfar a los míticos Chicago Bulls de Michael Jordan al ganar el sexto campeonato ante los Jazz de Utah.

Al abrir el regalo, su padre le contó que a su abuelo le gustaba el baloncesto, y que el hermano de su abuelo seguía a los Bulls. Pero Miles ya había ido a por otro regalo, y no le interesaba mucho lo que le estaba diciendo su padre. Es más, al pensarlo unos segundos después, le era indiferente. Solo quería abrir más regalos.

El segundo paquete era una colección de camisetas y pantalones. Algunas camisetas eran de manga corta, otras de manga larga y de varios colores. Unas tenían unos dibujos un poco raros, con una especie de animales tipo cabras, toros, y con palos unidos entre sí con formas que parecían árboles en llamas (parecían un poco diabólicos). Otras venían sin dibujos. Vamos, que tendría una renovación en cuanto a vestimenta se refiere. Y, el último regalo, era un libro: *El viaje*.

—Pues muchas gracias —le dijo Miles a sus padres —, me voy a mi cuarto a comprobar si me cabe la poca ropa que me habéis comprado— concluyó en tono sarcástico, con una sonrisa en los labios. No obstante, antes de subir a su habitación, su madre Tina lo agarró del brazo y le dijo que esperara un momento.

—Espera Miles, tenemos otro regalo para ti —. Miles se sorprendió y les preguntó: —¿Ah sí? ¿Qué es? ¿Más ropa?

Su madre no hizo ningún gesto al comentario sarcástico de Miles, y sacó algo de su bolsillo.

—¿Anda y esto? —. Miles cogió una especie de paquete pequeño, tanto, que le cabía en la palma de la mano. Estaba envuelto con un papel de regalo de cumpleaños, y con un lazo azul claro. Abrió ansioso el paquete. Dentro, había una especie de bolsita parecida a las típicas en las que se guardaban objetos relacionados con joyería o similares. Es decir, pulseras, anillos, pendientes, etc. Miles abrió la bolsita. Era un colgante.

—¡Qué chulo! —. A Miles no le iban mucho los colgantes, pulseras, ni mucho menos pendientes o *piercings*. Es más, era la primera vez que tendría algo así, pero tuvo que fingir que le encantaba, ya que vio que a sus padres les hacía especial ilusión darle este regalo.

—Miles —su padre tomó la palabra—, es un regalo que tu madre y yo queremos que guardes y lleves contigo siempre. Es algo que te ayudará y te dará fuerzas para conseguir lo que está por venir en tu vida.

Miles miró el colgante, y pensó que era ese tipo de objeto que la gente lleva consigo porque les da fuerzas y los ayuda a afrontar diversas situaciones cotidianas de la vida de la mejor manera. Por ejemplo, tener salud, buena suerte en el amor, en el trabajo, etc. Es decir, todo lo relacionado con tener una mejor «suerte».

El colgante, cuyo material parecía plata de primera ley, era un círculo con tonos negros alrededor. Además, tenía una especie de estrella invertida entrelazada entre sí.

Quizá, era demasiado grande para su gusto, pero sin lugar a dudas, era llamativo. Miles lo miraba, ¿lo había visto antes? Era como si ya conociera ese tipo de colgante, o como si lo hubiera visto en otro sitio. Le sonaba, pero tampoco le dio mucha importancia. Miles, ahora sí, decidió subir a su habitación a guardar todos sus regalos. Eso sí, no sin antes preguntar con sorna si tenían otro regalo más para darle. Sus padres, sonrientes, le dijeron que ya podía subir a su habitación.

2. Mudanza

Miles estaba feliz. Tener su habitación llena de cosas nuevas le encantaba. Lo primero que hizo al subir fue ponerse toda la indumentaria de baloncesto, como si fuera a disputar un partido ese mismo día. Se sentía poderoso. Después de ver lo bien que le quedaba, y no sin antes mandarle una foto a su amigo Lucas para darle un poco de envidia, decidió guardarlo en su armario. Se probó las camisetas y los pantalones...

—Este bien, este no está mal, este me queda bien, este me queda un poco justo...

El estilo vaquero en los años 90 era tendencia y no podían faltar en cualquier compra de regalo de cumpleaños o Navidad. De cuatro pantalones, Miles tenía dos de estilo vaquero. Pensó que su madre le podría haber comprado unos un poco rasgados, que también estaba de moda, pero se tuvo que conformar con dos prácticamente iguales. Dio gracias de que no le regalara los famosos petos con tirantes de estilo, como no, vaquero. Los odiaba.

Mientras seguía en plena faena, sonaba Disturbed, una de las mejores bandas de *heavy metal* de la ciudad y del momento. Para Miles, el *heavy metal* solo era para «los que tenían melena larga o llevaban pinchos». Sin embargo, en ese momento, hasta a él le gustaba escucharlo.

Estaba terminando de colocar las cosas en su armario, cuando escuchó que alguien llamaba a su puerta. Era su madre, seguida por su padre, que venía justo detrás.

—Miles tenemos que contarte una cosa... Sabemos que es tu cumple, pero es algo que tienes que saber lo antes posible —habló su padre en un tono serio. Miles se quedó sin saber qué decir mientras esperaba una respuesta—. Nos mudamos, estamos teniendo problemas económicos y no podemos pagar la casa. Así que decidimos ponerla en venta en una inmobiliaria que hay cerca de aquí, y han aceptado la oferta.

Mientras su padre hablaba, Miles recordó lo que había visto nada más bajar al salón. Aquello a lo que no le dio tiempo a reaccionar con tantos abrazos y besos y que, al ver tantos regalos, se le fue el santo al cielo. Recordó que la casa estaba mucho más vacía de lo normal, y que había unas maletas al lado de la puerta de salida.

Al ver que su padre había terminado, Miles lo miró atónito y luego miró a su madre... —¿Por qué?, ¿así de repente?, ¿por qué no me habías dicho nada antes? ¿Y tenía que ser hoy? —Miles se estaba poniendo nervioso—. Yo no voy a ningún sitio, ¿y mis amigos?, ¿a dónde vamos?

James lo cortó. —Miles, no te dijimos nada porque sabíamos que ibas a reaccionar mal y queríamos contártelo en el momento adecuado. Queríamos tenerlo todo claro y listo antes de decirte algo.

Miles estaba intentando controlar sus emociones...

—A tu madre no le va bien en el restaurante. Desde hace mucho tiempo, tiene muchos problemas con su jefe y le debe mucho dinero. Y tampoco encuentra trabajo en otro sitio. Ya sabes lo pequeño que es este pueblo, hijo, y yo no cobro lo suficiente, tenemos muchas deudas...

Su madre, con gesto preocupado y pensativo añadió: —En tres días, vendrán a ver la casa, y tenemos que irnos mañana. O, como muy tarde pasado mañana.

En situaciones que no podía controlar Miles, era una persona inquieta e intranquila. Se

refugiaba en sí mismo y entraba en un estado de estrés que lo hacía sentirse inválido ante cualquier cosa que ocurriese a su alrededor. Le gustaba mucho vivir allí. Tenía unos amigos a los que conocía desde que era pequeño. Y le gustaba jugar, todos los días, sus partidos de baloncesto en las canchas antiguas que estaban al lado de la casa de Lucas. Le encantaba cuando iban, en verano, al río a bañarse, cuando el colegio salía de excursión varias veces al año por la montaña, etc.

Recibir de repente esa noticia lo hizo llorar. Se llevó las manos a la cabeza y salió de su habitación para bajar al salón a prepararse un zumo de naranja. No había desayunado todavía, aunque por suerte para él, ya lo tenía preparado en la mesa.

Se sentó, y mientras se bebía el zumo recién hecho y se comía los donuts que tanto le gustaban, como si los hubiera visto desde un principio, apenas se percataba del sabor. Por mucho que le encantaran esos bizcochos redondos con su famoso agujero en el medio, no podía dejar de pensar en la mudanza. Por momentos, se le olvidaba que era su cumpleaños.

Dejó el desayuno sobre la mesa, ya que quería seguir mostrando su desacuerdo y su enfado. Miles era muy responsable, sabía que tenía que recoger la mesa en cualquiera de las comidas principales, pero esta vez, ni lo hizo.

—¿Desde cuándo tenéis la idea de que nos mudemos? —Miles se vio obligado a seguir preguntando.

—Hace tiempo, queríamos esperar al momento adecuado...

—¿Y ese momento era en mi cumpleaños? Muy inteligentes.

—Ya lo entenderás, tu vida va a cambiar a mejor. Ya lo entenderás.

—Ya lo entenderé, claro... —Miles se disponía a subir las escaleras y cortar la conversación —. Aquí siempre hacéis lo que os da la gana, y luego me llevo la sorpresa. Sois así, ¿qué será lo siguiente?, ¿que me va a adoptar otra gente?

—Miles, cuidado con ese tono...

—Me tenéis hartos.

La mirada de su padre hizo que Miles se quedase parado, sin saber si seguir subiendo escaleras, o bajar y pedir perdón...

—Sube a tu cuarto ahora mismo, y como vuelvas a hablarnos así... —James no terminó la frase, solo se limitó a decirle—: Sube a tu cuarto.

Así que Miles subió a su habitación, y se puso la indumentaria de los Chicago Bulls. Salió sin decir nada.

Botaba y botaba el balón, mientras miraba a su alrededor. Era como si supiera que no iba a volver a ver Conroad. Fue hasta la casa de Lucas, su mejor amigo, y lo noto triste nada más salir por la puerta. Hablaron de lo acontecido mientras caminaban hacia la pista de baloncesto a la que siempre iban. Lucas estaba triste, no estaba mostrando lo buen jugador de baloncesto que era. Miles quiso picarlo, para así sacarle alguna sonrisa al hacer trampas.

—Eso no vale y lo sabes —Lucas sabía lo que Miles pretendía.

—¿El qué?, no sé de qué hablas —Miles sabía cómo picarlo.

—Te vas porque sabes que no puedes ganarme.

—¡Ya claro! Venga, quién gane esta partida, gana todas.

—Venga.

Miles ganó. —¿Ves?, si es que con esto que llevo... —Se señaló la indumentaria de los Bulls —. ¡Soy invencible!

Lucas le dijo que no era su mejor día, y le recordó que lo ganaba la mayoría de las veces. Después, fueron a comer. Miles no tenía ganas de ir a casa y tener conversaciones incómodas con

sus padres.

—Vamos, mi madre hablara con tus padres —Lucas quería comer con su mejor amigo una última vez—. Mi madre, ya lo sabes, es una cocinera tremenda, y te hará una tarta de cumpleaños.

Pasaron el rato mientras jugaban al entretenimiento del momento, la PlayStation 1. Más tarde, se echaron un rato la siesta.

Conforme pasaban las horas, Miles era menos consciente de que iba a ser su última vez con Lucas, y... su última vez en Conroad.

Al volver a casa, a cada paso que daba, iba recordando lo que había sucedido esa mañana.

Abrió la puerta y saludó a sus padres. Ellos querían hablar con su hijo una vez más, pero este no quiso.

—Me subo —No quería que le aguaran la fiesta en su último día.

A la mañana siguiente, pasado el mediodía, Miles ya había guardado toda su ropa. Solo le quedaba coger los libros de la estantería, y las cosas que tenía guardadas en los cajones de su mesa. Habló con sus amigos para contarles la noticia. Sus mejores amigos, Lucas, Mike, Ruth, Michael y Emma quisieron quedar con él para despedirse. Pero él ni tenía ganas ni ánimos. Así que les dijo que ya vendría los fines de semana, que solo se iría a vivir a otra casa, pero que podría volver a su ya antiguo barrio siempre que quisiera. Aunque dijo eso sin saber todavía el lugar al que iría, ni a los kilómetros que estaba, ni nada en relación con su nuevo hogar.

De repente, llamaron a la puerta de su habitación. Su padre abrió la puerta para decirle que, esa misma tarde, se iban.

—Muy bien —le contestó sin mirarlo.

Al rato, bajo a comer. No tenía ganas, pero no había más remedio. Tenían que comer juntos sí o sí, como si fuera una especie de ley impuesta.

—¿Has guardado el libro en la maleta? —Su madre se refería a *El viaje*.

—Sí.

—¿El colgante?

—Sí.

Esperaba que le preguntara por más cosas, como la ropa, las zapatillas, los libros o el cepillo de dientes (que muchas veces se le olvidaba). Pero, esta vez, ni lo mencionó. Miles no sabía por qué le había preguntado únicamente sobre esas dos cosas.

—Ya sabes que son cosas que no puedes perder...

Miles la miró con cara de pocos amigos.

—Ya te he dicho que sí...

Llevó las cosas al fregadero, esta vez sí, y después se fue al salón a ver algo de la tele. O, al menos, lo intentaría.

Escuchaba a su madre, parecía estar hablando por teléfono.

—Está todo bien... Sí, sí. Estamos deseando llegar. Un beso, nos vemos allí.

«Sí, sí. Yo lo estoy deseando mucho, sí», pensó Miles de forma irónica mientras cambiaba de canal.

Alrededor de las cuatro de la tarde, Miles estaba en su habitación. Miro al cielo por la ventana, y vio que se avecinaba tormenta. «Para rematar, un poquito de agua para el camino, claro que sí», pensó. El tiempo había cambiado considerablemente en apenas una hora. Se había levantado viento, y los golpes del temporal empezaron a llegar a la ventana de la habitación de Miles. Se cambió el pijama, se puso una camiseta encima y decidió terminar de recoger todo.

Quería echarse «la última siesta en Conroad», pero antes, quería leer un poco *El viaje*.

«...en el mundo espiritual, no hay otro lugar más propicio para andarse por las ramas, su

carácter ligero invita a convertir el pensar en ave soñadora perdida en una arboleda de fábulas...»

No se enteraba de mucho. Así que, al poco tiempo, cerró el libro con desgana y se echó la siesta poco después. Tenía que aprovechar para descansar antes empezar la aventura...

Eran las siete de la tarde, la casa estaba «pobre», sin vida. A Miles le daba mucha pena. El coche ya estaba en marcha, y su padre lo ayudó a recoger las maletas que le quedaban en su cuarto.

«Volveré pronto», se dijo a sí mismo.

Entraron en el coche, que estaba ardiendo debido a las altas temperaturas. Por lo tanto, bajaron las ventanillas durante unos minutos, y pusieron el aire acondicionado poco después. Tardaría en hacer efecto, solo había que esperar a que el coche hubiera avanzado algunos metros.

Miles decidió preguntar, porque había algo que no le cuadraba. Estaba tan malhumorado, que no se le ocurrió hacerles preguntas sumamente importantes. —¿Cómo es que llevamos tan pocas cosas si vamos a una casa nueva?, ¿ya habéis comprado todo lo necesario para la otra casa?, ¿tendremos que hacer varios viajes para cogerlo todo? —A Miles no lo habían informado de la situación que iba a vivir en su nuevo hogar.

Sus padres estaban demasiado preocupados organizando el traslado y la mudanza, mientras que Miles había «aceptado» a regañadientes el hecho de irse a vivir a otra casa. Y lo había hecho sin hacer demasiadas preguntas, y dando por hecho (no sabía por qué) que sería algo temporal y que era una situación fácil de manejar. Había tenido una vida tan feliz y cómoda, que realmente no era consciente de lo que estaba pasando y de lo que iba a vivir a partir de ese mismo día.

—Miles, vamos a vivir con unos amigos de papá, y con su hija —dijo su madre con una sonrisa—. No podemos hacernos a cargo de otra casa y vamos a compartir los gastos. Llevan viviendo allí un tiempo y nos han ofrecido que vayamos a vivir con ellos y... —Tina y su marido se miraron con complicidad—. Y creo que vamos a ser muy felices los seis. Además, Jessica tiene casi la misma edad que tú, así que os vais a llevar genial.

Miles se dispuso a decirles todas las preguntas, objeciones y dudas que se le pasaban por la cabeza, pero finalmente, se limitó a decirles: —¿Algo más que deba saber antes de llegar allí? Es que me doy cuenta de que cada vez me ocultáis más las cosas, y me da miedo que lo próximo que descubra sea que me vais a llevar a un internado, que me vais a dejar con esa gente allí, o vete tú a saber. Todo esto me está pareciendo muy raro, que lo sepáis, ¡no entiendo nada! —Miles estaba indignado.

Mientras que sus padres le explicaban todo lo que tenía que saber con pelos y señales, el cielo se cubrió por completo de unas nubes tan negras que parecía que se acercara el fin del mundo. El viaje iba a durar unas cinco horas en coche, y el trayecto no iba a ser precisamente relajado. El diluvio no tardó en aparecer, acompañado de unos fuegos artificiales en forma de tormenta continua que dificultaba el camino. Parecía un aviso de lo que estaba por llegar.

La noche había refrescado debido a la lluvia. Esta, al golpear con fuerza, impedía que Miles conciliase el sueño. Llevaban unas cuatro horas y media de viaje, y se le estaba haciendo eterno. A veces, abría los ojos y, a veces, los cerraba. Esa sensación de ir «medio despierto, medio dormido» no le impidió ver que sus padres estaban teniendo una conversación casi entre susurros.

Miles no entendía muy bien lo que decían, pero estaban sonrientes y se cogían la mano. Aunque no de manera cariñosa, sino como si estuvieran festejando o celebrando algo. Estaban felices, emocionados sin saber por qué realmente. Miles no les hizo mucho caso, estaba más preocupado por intentar dormir.

Al rato, el coche estacionó en una gasolinera, y se bajaron tanto su madre como su padre. Él

siempre se encargaba de echar combustible, mientras que su madre solía salir a comprar algo que fuera necesario de la tienda.

Miles se acomodó y abrió los ojos al completo después de un buen rato.

Estaban en medio de una zona llena de árboles y de bosques. Había una única carretera con muy poca luz, solo la de las farolas que deslumbraban parte de ella. Miles observó que la lluvia había cesado, y sacó su móvil para ver la hora que era.

«Ufff, a ver si llegamos de una vez», pensó mientras miraba a la entrada de la tienda de la estación y esperaba a que salieran sus padres. Estaban tardando, así que se puso a mirar a los alrededores para buscar a alguien, ya fuera algún empleado, u otros coches que echasen gasolina. Pero nada. No le gustaba mucho que hubiese tanta oscuridad, y tampoco el hecho de no ver a nadie a su alrededor.

Mientras miraba, le pareció ver algo, o a alguien, al lado de la carretera. Estaba pegado a unos de los árboles, justo donde iluminaba una de las farolas. Parecía la figura de una persona muy alta. Iba de negro de arriba abajo, y no se le veía la cara. Miles no sabía qué hacer. Estaba dentro de un coche, de noche, sin nadie alrededor; estaba atrapado.

Empezaba a ponerse nervioso, ya que veía que esa «persona» no se movía. Además, miraba fijamente hacia el coche sin hacer ningún tipo de movimiento. Miró a la entrada de la estación otra vez, deseando que salieran sus padres, pero nada, seguían sin dar señales de vida. «¿Por qué tardan tanto?», pensó Miles mientras el corazón le empezaba a latir más rápidamente.

Volvió a mirar a la figura negra, y esta empezó a moverse. En concreto, empezó a mover el brazo izquierdo hacia arriba, como si estuviera saludando.

—¡MILES! —Su padre llevaba unos segundos llamándolo desde fuera del coche.

El joven se sobresaltó. —¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Dame la cartera en la que tengo las tarjetas de crédito, que no puedo pagar en efectivo.

Le dio la cartera por la ventanilla y, nervioso, le explicó lo que acababa de ver. Sin embargo, comprobó que la figura había desaparecido.

—Aquí no hay nadie, ¿no puede ser que estuvieras soñando? —le preguntó su padre.

Miles decidió salir con su padre, que tenía que volver para pagar. No pensaba despegar de él, no quería volver a quedarse solo ni en sueños. Mientras, su madre volvía al coche con un par de bolsas. Pagaron al instante, y volvieron para echar el combustible. Miles entró en el coche rápido, mirando otra vez a la zona dónde había visto a esa figura negra. No había nadie.

Al acabar, se pusieron en marcha, y Miles intentó explicarles de nuevo lo que acababa de presenciar. Pero, tanto Tina como James, estaban «erre que erre» con que era una pérdida de tiempo.

—Te lo habrás imaginado, cielo —le repitió su madre.

—Miles, nos queda una media hora más o menos, échate otro rato y olvídate de eso —le dijo su padre mientras lo miraba por el retrovisor.

Intentó acomodarse, y zanjó el tema de la figura negra. Quizás sí que estaba soñando...

3. Próxima parada: Brinwood

James llamó a Miles desde el asiento del conductor; estaban llegando. Miles se despertó, se frotó la cara con ambas manos y se estiró como pudo, ya que el vehículo no dejaba mucha movilidad para desperezarse, que digamos.

Miró por la ventanilla y vio que acababan de llegar o, al menos, les quedaban unos metros. Pudo visualizar, durante unos segundos, el cartel de bienvenida al barrio: «**Bienvenidos a Brinwood**». Por fin, después de muchas horas de viaje, se acercaban por primera vez a una zona con vida. La oscuridad que había durante el camino hizo que se le achicaran los ojos nada más llegar a las primeras farolas. Era como si hubiera abierto las cortinas de su cuarto y hubiese dejado entrar de golpe el sol que relucía por la mañana.

Ya había pasado la medianoche, y apenas había gente por la calle. Casi todos los locales estaban cerrados, y no parecía que hubiera mucho ambiente.

El barrio estaba formado por una frontera enorme con callejuelas a ambos lados. Esas típicas que se encuentran en las películas en las que el protagonista entra y sucede «algo siniestro». Mientras las miraba, se preguntó dónde estarían las casas o viviendas. Solo veía locales, tiendas, comercio y más comercio. Preguntó a sus padres y le dijeron que no se veían por la oscuridad, pero estaban por la parte de atrás de la calle principal.

«O sea, tras esas calles. No me gustaría vivir en una de esas casas y tener que volver por la noche», pensó Miles.

—Es un poco más adelante —indicó su madre antes que Miles preguntara—, la casa no está en esta zona.

La calle principal había terminado, y Miles se fijó en que al fondo, a un kilómetro aproximadamente, había una especie de puente. Y, más adelante, había una zona con mucha menos luz de la que había en la calle que acababan de pasar. Cruzaron el puente y llegaron a una zona en la que había unas casas, cuatro en cada lado. Cada una, con sus respectivos jardines y propiedades. Eran casas enormes.

—¿Es aquí? —preguntó Miles—. ¿Por qué está tan oscuro y alejado del barrio? ¿es como si fuéramos unos marginados? —prosiguió Miles extrañado.

Sus padres no dijeron nada, solo lo avisaron de que era ahí. James paró el coche. Por fin habían llegado.

Miles salió del coche y se dirigió al maletero a recoger el equipaje. Se dispuso a llevar las dos primeras maletas que cargaba al inicio del pasillo de entrada que había en el jardín. Pero, de repente, se sobresaltó como si hubiera visto un fantasma. A unos metros de donde estaba el coche, encontró a tres personas situadas una al lado de la otra. Saludaban casi al unísono. Eran los señores Trevor y Mary Mason, con su hija Jessica.

Trevor fue el primero en dar el paso, y se acercó a los padres de Miles. Luego, Mary y su hija hicieron lo mismo. Se dieron abrazos cariñosos, como si se conocieran de toda la vida. Miles, en cambio, nunca había oído hablar de ellos. Dejó las maletas en el suelo y se acercó a saludar.

—Hola, soy Miles. Encantado —expresó de forma educada.

—Sabemos quién eres —contestó Trevor—, tus padres nos han hablado mucho de ti —Y aprovechó para felicitarlo por su cumpleaños.

Miles, cortado y sorprendido a la vez, le tendió la mano. Sin embargo, Trevor sonrió, miró a los demás y se abalanzó para darle un abrazo. Su mujer, Mary, hizo lo mismo. Lo dejaron sin reacción, y recibió de igual manera la felicitación por su cumpleaños.

Jessica era una chica bastante guapa, y se quedó quieta esbozando una sonrisa.

—Es un poco tímida, ya os iréis conociendo dentro —indicó Mary.

Al darse cuenta de que no dejaba de mirarlo, Miles apartó la mirada.

Jessica Mason era una chica de constitución delgada, pero con curvas. Era rubia, con unos ojos claros que parecían una mezcla de color verde y azul. Tenía 16 años recién cumplidos, un año más de los 15 que acababa de cumplir también Miles.

Trevor Mason, de 51 años, era encargado de una compañía telefónica. Se trataba de una persona de constitución musculosa, muy alta e imponente. Sin lugar a dudas, estaba en forma.

Mary Mason, de 47 años, era cocinera. A diferencia de su marido, Mary no era una persona llamativa, que digamos, sino todo lo contrario.

A Miles le dio malas vibraciones nada más verla. «A lo mejor, luego es una mujer simpática», iba pensando Miles de camino a la puerta de entrada.

La casa era enorme. Nada más entrar, Miles se sorprendió; desde fuera no parecía tan grande.

—Déjame Miles, que te subo las maletas —Se ofreció Trevor con una sonrisa—. Acompáñame y así ves tu nueva habitación —concluyó.

Miles le facilitó las maletas y le dio las gracias mientras sonreía para sus adentros. Pensaba que, con ese físico, podía levantar hasta cinco maletas a la vez. Al subir las escaleras, Miles se encontró con un pasillo en el que parecía que se encontraban los dormitorios. Su habitación estaba al fondo. Había cinco puertas, la que estaba nada más subir a la derecha era la habitación de Jessica. A un lado, había tres puertas: la del dormitorio de los Robinson, la de los Mason y el cuarto de baño.

Mientras avanzaban, Miles escuchó como una puerta se abría tras de él. Miró hacia atrás, y vio a Jessica, que subió las escaleras detrás de ellos. Cruzaron las miradas, y Jessica le sonrió sin mediar palabra mientras lo miraba fijamente. Miles correspondió de la misma forma.

«Parece que le gusto. Eso, o está loca», pensó Miles antes de que Trevor abriera la puerta de su habitación.

Era un lugar muy acogedor. Ni muy grande, ni muy pequeño, tenía el espacio suficiente. Eso sí, prefería su habitación de la otra casa. «Será cuestión de acostumbrarse», pensó Miles, mientras empezaba a abrir la primera maleta.

«Qué asco de maletas y de todo», pensó. La situación no era muy agradable para el joven en esos momentos.

Era ya la una de la madrugada, y se había puesto el pijama. Se dispuso a bajar al salón para dar las buenas noches. Así que cruzó el pasillo, y cuando fue a bajar las escaleras, se dio cuenta que la casa estaba completamente a oscuras. Se extrañó de que se fueran a la cama tan rápido, sin decir nada. Con el ceño fruncido, se dio la vuelta y volvió a la habitación a intentar dormir un poco. Estaba cansado, y esperaba dormirse enseguida. No obstante, al instante recordó un «problema». Siempre que se iba de vacaciones con sus padres, le pasaba algo similar. Y es que, cada vez que iban a un hotel, durante las primeras noches le resultaba muy difícil conciliar el sueño.

Dicho y hecho. Miles no estaba pegando ojo, aunque sí que tendría algo de suerte; se durmió poco tiempo después. Esperaba que hubieran sido varias horas. Se levantó a encender la luz para

ver la hora que era, con la esperanza de que fueran ya las cinco o seis de la mañana. Y, que así, quedasen pocas horas para que el sol hiciese acto de presencia.

Cogió el reloj que tenía en la mesilla y eran las tres y veintidós de la madrugada. «No puede ser». Resoplando, decidió organizar las cosas que tenía sin colocar en su habitación. Se dio cuenta que no tenía tanta ropa como pensaba, ya que le sobraba espacio. Eso, o la habitación era un poco más grande de lo que pensaba. Después, colocó todo tal y como lo hacía en la otra casa.

Desistió a los cinco minutos. Al darse cuenta de que no eran horas para colocar nada, se percató que tenía algo de sed.

Pensó en ir a la cocina, pero no tenía ganas de ponerse a buscar los interruptores. Estaba en plan perezoso, por lo que decidió beber agua del grifo del cuarto de baño.

Nada más salir, y antes de entrar en el cuarto de baño, se dio cuenta que la habitación de Jessica estaba abierta. No le dio mucha importancia, así que entró al baño y bebió. Se secó la boca con la toalla y después, salió.

Una melodía llegó a sus oídos desde la parte inferior de la casa. Se oía a lo lejos y muy bajo, como si fuera de un lugar más lejano del que realmente era. Parecía una canción de otra época. Sonaba dulce y angelical. No sabía describirlo bien. Tras escucharla unos segundos, decidió mirar desde la zona alta de las escaleras y vio que había luz en la parte derecha.

Le picó la curiosidad, y bajó las escaleras. Cuando llevaba tres escalones, la música paró de sonar. Eso no le dio muy buenas vibraciones. Se dio la vuelta, pero alguien lo llamó por detrás.

—¿Por qué te vas? Ven, Miles, que no te como... —Con un camisón blanco, Jessica se presentó ante Miles al borde de las escaleras.

—Ehmm, no, tranquila. Es que escuché algo y simplemente decidí ir a mirar —contestó nervioso.

Jessica subió lentamente un par de escalones. —Si quieres, te enseño dónde están las cosas, por si algún día te levantas y quieres beber algo y no sabes a dónde ir.

Tenía una voz muy angelical y conmovedora. Miles sonrió y decidió bajar con ella. Tenía una personalidad un tanto peculiar y a Miles le causaba inquietud su forma de ser, pero a la vez, le causaba cierto interés.

Miles entró en la cocina, que bien podía ser una sala de estar. Era enorme.

—¿Qué estabas escuchando? —A Miles le entró la curiosidad.

Jessica lo miró extrañada. —¿Escuchar? —Le sonrió y se señaló a sí misma con el dedo. De esta forma, dio a entender que era ella la que cantaba.

Miles se ruborizó y le dijo que cantaba muy bien.

Mientras le agradecía el cumplido, Jessica le indicó dónde estaban los elementos esenciales de la cocina.

—¿Quieres un poco de vino? —le ofreció ella.

—¿Eh? Ah sí... Vale. Gracias —No sabía por qué había aceptado, solo quería agua, aunque intentó recular—. Mmm, no se si deberíamos, no tenemos edad.

—No quiero emborracharte. Además, están durmiendo —Jessica ya había sacado la botella y dos vasos pequeños. Le ofreció la copa de vino y lo animó a sentarse en la mesa.

—No me gusta mucho...

—Es porque no estás acostumbrado —Parecía que Jessica había bebido alguna que otra vez a escondidas.

Empezaron a conocerse. Los dos bebían, y Miles ni pensaba en el sabor. Tenían cosas en común: a los dos les gustaba el baloncesto, a los dos les era difícil conciliar el sueño en lugares desconocidos, etc. Miles estaba cómodo. De hecho, llevaban ya unas cuantas copas, y se

empezaba a sentir algo más que «contento». Rieron mucho hasta que Miles decidió volver a la cama a dormir un poco, o por lo menos, a hacer que dormía.

Jessica lo agarró de la mano y le susurró algo al oído...

—Pronto, muy pronto...

En ese momento, Miles se fijó en que su labio inferior. A un lado, tenía un lunar. Y esto hacía que tuviera una sensualidad aún mayor. La miró a los ojos, pensando en lo que le acababa de decir, pero no sabía a lo que se refería. Estaba algo ebrio y solo quería volver a su habitación. Se sonrieron mutuamente y se citaron para verse en el desayuno a la mañana siguiente. Mientras volvía a su habitación, se dio cuenta de que era la primera vez que bebía tanto. Bueno, era la primera vez que bebía.

Eran las seis de la mañana, y Miles se acurrucó en la cama, la cual notaba más cómoda que la primera vez que se tumbó en ella. Se durmió al instante.

Durmió hasta la una y diez de la tarde. Miles se levantó de la cama sobresaltado, y con un dolor de cabeza terrible. Tenía resaca y tuvo que sentarse en la cama para no caerse. Estuvo un rato con las manos en la cara, mientras reposaba la cabeza sobre las mismas, hasta que se le pasó un poco.

Por fin, se dispuso a bajar. El hecho de dormir hasta tan tarde no era nada habitual en él. Es más, siempre había sido un chico muy madrugador. Bajó y se encontró a sus padres y a los Mason, que estaban tomándose un café.

—Buenos días... O tardes, ya —dijo intentando disimular su dolor de cabeza. Todos le dieron los buenos días, aunque su madre añadió—: ¿Estás bien?

Miles se tocaba a veces la cabeza, esta le daba pinchazos.

—¿Eh? Sí, sí, Es que me he levantado con dolor de cabeza —Esquivó Miles mientras miraba a Jessica. Que, por cierto, estaba muy seria, no sabía por qué.

Mary le ofreció el desayuno-comida. —Toma cariño, un poquito de beicon, huevos revueltos y patatas fritas. Seguro que te sienta bien —Le sonrió, pero aun así tenía una cara bastante desagradable.

Miles le dio las gracias y aprovechó para preguntarles por qué se fueron a la cama tan pronto anoche. Todos se miraron, y coincidieron en que tenían mucho sueño. Además, pensaron que él también se iría pronto a dormir.

Mary, de la nada y sin que nadie se lo esperase, tomó la palabra.

—¿Qué tal anoche, Miles? ¿Os empezasteis a conocer Jessica y tú?

Miles se quedó a cuadros. ¿Cómo lo sabía? ¿Se habría levantado al cuarto de baño y los había escuchado? Miles se hizo el sueco, y fingió que no sabía de qué estaba hablando.

—Ehmm, bueno, todavía no hemos hablado, la verdad. Ayer subí a mi habitación y no he vuelto a verla hasta hoy —Miles sabía que no había colado.

Trevor tomó la palabra, parecía que también sabía lo que había pasado.

—Tranquilo, muchacho. Jessica nos dijo que lo pasasteis muy bien y que os reísteis mucho. Eso sí, Mary, habrá que comprar vino —Recordó y la miró. Volvió a mirar a Miles y le dijo que si quería ir a jugar algún día al baloncesto, había unas canchas cerca. Afirmó que Jessica le había comentado que le gustaba mucho.

Miles asintió. Pero no sabía si había asentido por reconocer lo que pasó anoche, o por la invitación a jugar con él al baloncesto.

—Miles, Mary nos contó lo que hicisteis anoche, que bebisteis vino —Entró en la conversación su madre.

Pensó que le echarían la bronca, pero en lugar de eso, le dio un beso en la mejilla y le dijo que

no pasaba nada. Su padre, James, asintió como si aprobase lo que acababa de decir Tina. ¿Había hecho algo bueno entonces? No sabía si pedir perdón o dar las gracias.

—Eso sí, que sea la última vez que bebéis vino. Alguna vez, un sorbo, vale. Pero no tenéis edad todavía —dijeron los padres de uno y de otro. Jessica dijo que era la última vez, pero no convenció a Miles. Y menos cuando le guiñó el ojo.

A Miles le encantaba comer, y al levantarse por primera vez tan tarde, parecía como si llevara una semana sin probar bocado. Con la comida en la boca y de mala manera, pudo felicitar a su madre por conseguir un nuevo trabajo. Sus años de camarera hicieron que encontrase un bar en un pueblo pequeño, a unos pocos kilómetros de Brinwood.

—Ebohabuena muamua...

—Traga muchacho, no te vayas a atragantar —Su padre no recordaba haber visto a su hijo engullir de esa manera.

Después de un rato, tras terminarse el plato que le puso Mary, decidió irse a su habitación.

—Bueno, me subo a mi habitación.

Trevor le recordó la invitación que le había ofrecido y Miles aceptó. Pensó que le vendría bien despejarse un poco.

Se cambió de ropa y se puso su indumentaria de los Bulls. Decidió bajar, no sin antes recoger un poco la habitación y hacer la cama. Antes de bajar al salón, quiso preguntarle a Jessica por qué tuvo que chivarse y decirle a sus padres lo que pasó anoche. Seguía desconcertado.

Pero antes de llamar a la puerta, vio que estaba un poco abierta. Lo suficiente como para ver el interior. Miró por la rendija y vio a Jessica en ropa interior cantando algo por lo bajo y mirándose al espejo. Tocaba lo que parecía un colgante que llevaba puesto.

Miles miró abajo, a ver si estaba Trevor preparado, pero aún nada. Volvió a mirar por la rendija y se encontró con la cara de Jessica a un metro de distancia de la suya, más o menos. Miles casi se cae para atrás.

—Perdona, es que quería hablar contigo. Pero es igual, ya vengo después —dijo Miles cohibido.

Jessica lo miraba con odio, pero se le cambió la cara al instante, y con su voz dulce y angelical, le dijo:

—No pasa nada Miles, conozco tu tentación. Y sí... se lo dije a mis padres porque en esta casa nadie miente y no nos ocultamos nada —Le cerró la puerta en la cara y Miles se sintió culpable sin saber por qué.

Bajó dubitativo, y Trevor lo esperaba abajo. Salieron de la casa, y empezaron a andar. Miles le preguntó a Trevor si tenían coche, ya que se había fijado en que no había ninguno, salvo el de sus padres. Le dijo que sí, solo que lo tenían en el taller.

Así, empezaron a conocerse uno del otro. Acababan de cruzar el puente que separaba la zona principal del barrio y la zona en la que habitaban ellos.

A Miles le caía bien Trevor. Lo veía como a alguien muy sociable y comunicativo que lo hacía sentir cómodo.

No tardó en salir el tema de Jessica. Sus «rarezas» y su personalidad particular. Trevor lo convenció de que ella, a veces, podía ser un poco arisca y de que le diera algo de tiempo. Quería hacerle entender que podía contar con él y con su mujer Mary para lo que quisiera, y que los trataría como a la familia.

Se acercaban a las pistas de baloncesto y Miles ya estaba ansioso por jugar.

4. Jessica

Antes de llegar a la zona comercial, donde el gentío empezaba a hacer acto de presencia, Trevor lo guio por un paseo. Este conducía a una especie de minipolideportivo que se apreciaba a un kilómetro de dónde estaban.

El recinto estaba formado por unos campos de baloncesto y fútbol, junto a una piscina no muy grande, pero con suficiente césped como para poder tomar el sol tranquilamente. Miles se quedó impresionado, no se imaginaba lo que iba a encontrar. Creía que solo sería la típica cancha de baloncesto callejera que se encontraba en cualquier barrio.

Llegaron a la zona y Trevor le dijo a Miles que fuera a echar unos tiros mientras él iba a hablar un momento por teléfono y que luego se uniría a él.

Había varios grupos de adolescentes de la edad de Miles. Unos más mayores, otros más pequeños, había un poco de todo. Se puso en la canasta que estaba libre en ese momento, cuando alguien lo llamó por detrás.

—Hola, ¿quieres jugar con nosotros? —lo invitó un chico que podría tener la edad de Miles.

—¡Sí, claro! Ahora voy, que le tengo que decir a... —Miles no sabía cómo llamar a Trevor. ¿Amigo?, ¿tío?, ¿amigo de mis padres? No, este último era muy largo—, a un amigo que voy con vosotros a jugar, que veníamos a jugar los dos y se lo voy a comentar para que lo sepa.

—Ah, vale, vale. Te esperamos en la pista de allí —El chico le señaló a Miles la zona de juego.

Miles volvió a donde estaba Trevor. Este le dijo que no había problema, que se fuera a jugar con los chicos, que ya jugarían más tarde u otro día.

Cuando se dio la vuelta observó que, todos los chicos del grupo al que se dirigía, estaban mirándolos. Parecía que algunos los señalaban.

Parecía que estaban comentando algo entre ellos y Miles, sin saber qué pasaba, se acercó a preguntar. Pero ocurrió algo que lo confundió aún más. Cada vez que se acercaba, el grupo se alejaba aún más, a otra zona de la pista.

—¡Oye! ¿Qué pasa? —Miles preguntó en voz alta.

El joven que lo había invitado a jugar se acercó rápido a él.

—Nada tí-tioo. Lo siento, es que somos muchos ya —Parecía nervioso, se dio la vuelta enseguida y se unió al grupo que se dirigía a otra zona de la pista.

Miles frunció el ceño y puso cara de incredulidad. Se giró y fue a donde estaba Trevor. Este ya había dejado de hablar, y estaba sentado en una de las gradas más cercanas.

—¿Qué ha pasado? —Trevor vio que Miles volvía con cara de no entender nada. Le explicó lo que le dijeron los chicos. Él ya sabía lo que estaba pasando, parecía conocer la situación.

—Sí, bueno. Ya sabes cómo son algunos chavales de tu edad. El hecho de vivir en la otra zona del barrio, un poco alejados del resto, a algunas personas les provoca algún tipo de malestar, se burlan y nos tratan como unos extraños. Nosotros no le damos mucha importancia —Trevor se explicó como si fuera algo muy habitual.

—Entonces, ahora yo también soy un raro —Miles intentó verlo con humor, aunque Trevor no entendió la broma.

—¿Cómo? Tú no... Nadie es raro, Miles —Trevor se puso tenso.

—Ya, ya, era broma, perdón. A veces lo hago en momentos inoportunos —le explicó.

Trevor se rio y le dijo que, a veces, le costaba captar las ironías. Aprovechando que estaban solos, le ofreció a jugar un uno contra uno.

—¡Sí, claro! Trataré de no machacarte —dijo Miles retando a Trevor.

—¿Esto también era ironía? —Se la devolvió Trevor. Los dos se rieron.

Echaron varios uno contra uno. A Miles, en ocasiones, le costaba sobrepasar la gran altura y envergadura de Trevor. Parecía un jugador de la NBA, pero la rapidez de Miles se impuso la mayoría de las veces. Aunque Trevor se dejó ganar en ocasiones al ver la evidente diferencia de estatura.

Llevaban ya unas horas jugando y era hora de irse. El cielo, a punto de descargar agua, no animaba a seguir jugando. Mientras volvían, comentaron las jugadas.

—Te he machacado, no has podido con mi *dribbling*.

Trevor admitió que no había sido su mejor día y que quería revancha en otra ocasión. Miles estaba feliz y se lo había pasado muy bien.

Mientras caminaban por el puente, Miles observó el agua que lo recorría a ambos lados. Las piedras impedían que fluyera con normalidad. Pasado el puente, observó que había un parque pequeño para niños. Tenía los típicos toboganes y columpios. A la derecha, vislumbró un par de casetas. Trevor le comentó que había alguien del barrio que guardaba madera allí.

Estaba muy sucio, lleno de porquería de arriba a abajo, así que tenía que darse una ducha enseguida. Ya habían entrado en la miniurbanización, cuando se puso a mirar en las otras casas. Vio que, en una de ellas, había alguien mirando por la ventana. Parecía una señora mayor. Le preguntó a Trevor y este le dijo que era la Señora Pinad, una mujer adorable a la que ya conocería.

Entraron en la casa, y su madre entró en escena.

—¡Madre mía! ¡Cómo te has puesto! —Lo mandó a la ducha enseguida, y le dijo que bajara pronto, que iban a merendar algo.

Subió las escaleras, cogió el pijama de la habitación y se dirigió a la puerta del baño, pero se la encontró cerrada. Miles llamó, a ver quién estaba.

—¡Ya salgo! —Jessica se acababa de duchar. Abrió la puerta y salió todavía mojada con una toalla que le cubría parte del cuerpo.

—Hola, Miles. Me acabo de duchar, pero para la próxima, si no quieres ducharte solo, ya sabes... —Le tocó el brazo a la vez que lo miraba, y se fue a su habitación. El corazón de Miles empezó a latir más deprisa, y entró en el cuarto de baño sin decir nada.

No entendía muy bien a Jessica. Unas veces, lo miraba con mal gesto, otras veces, le sonreía, otras veces, se le insinuaba. Estaba desconcertado.

Se quitó la ropa y se metió en la bañera. Vio que ya le habían colocado su esponja, el champú y las demás pertenencias que usaba en la casa de Conroad.

Se estaba lavando el pelo, cuando de repente todo se quedó a oscuras. Se puso a gritar para saber qué ocurría. Pasó como un minuto y nada, hasta que volvió la luz y siguió con la tarea. Salió de la ducha y... ¿qué era eso? Se dio cuenta de que, gracias al vaho provocado por la humedad, había algo escrito en el espejo.

«*No corras, no huyas, todo tiene un motivo maravilloso*».

Miles se secó rápido, salió del baño y se dirigió al cuarto de Jessica. Abrió sin llamar y, enfadado, le pidió explicaciones.

—¿Qué narices te pasa? —Jessica estaba echada sobre la cama leyendo un libro. Lo miró asustada, pero antes de hablar, Miles siguió con su regañina.

—¿Por qué entras en el cuarto de baño cuando me estoy duchando? —Estaba histérico—, ¿y esas cosas que me escribes y me dices? ¡Como anoche!

Acababa de acordarse de lo que le dijo la noche anterior, antes de irse a la cama, después del festín que se dieron con el vino.

Jessica se levantó y le pidió que se tranquilizara.

—Miles, yo no he entrado en ningún sitio. Vale que a veces me guste provocar a los chicos y tal, estamos en la edad de hacer tonterías, pero yo no he entrado en el baño. Eres un poco extraño, pero no hago esas cosas para fastidiarte, hombre.

Miles seguía nervioso y le recordó lo que había en el espejo, y lo que le dijo anoche. Jessica, sin decir nada, fue al cuarto de baño para ver de lo que hablaba.

—No veo hay nada —Estaban dentro y Miles intentó recordar lo que había puesto, lo que había visto perfectamente—. Anoche, que yo recuerde, te di las buenas noches y ya está.

—¡No, nooo! Me dijiste... —Miles miró a otro lado intentado recordar—, me dijiste que algo sucedería pronto, o algo así.

Jessica lo miró alucinada.

—Miles, ¿estás bien?

Le dijo que iba a avisar a sus padres, pero él dijo que no, que daba igual. Le expresó que lo esperaba abajo para cenar, no sin que antes Miles la advirtiera.

—Ya tengo bastante con que nos hayamos mudado aquí, con que mis padres me oculten cosas y con que pasen de mí. No me queda más remedio que aguantarme, así que no me toques las narices, que no me apetece discutir—Miles sacó su carácter.

—Y encima con carácter, al final me vas a gustar y todo, querido —Jessica bajó las escaleras con una sonrisilla, mientras Miles estaba a punto de echar humo por la nariz y las orejas. «Lo que me faltaba ahora, aguantar a esta chalada».

Miles se secó rápido el pelo con la toalla y pensó «No puede ser». Acababa de recordar que Jessica era una chivata, y que no le ocultaba nada a nadie. No quería que pensarán que estaba loco. Primero, la figura negra de la estación de servicio, luego lo que pasó anoche y lo que supuestamente le dijo Jessica. Y ahora, esto. No podía permitirlo.

Bajó saltando las escaleras de dos en dos. Estaba jadeando como si hubiera corrido una maratón. Salvo Mary, que estaba terminando de preparar algo, los demás ya estaban sentados.

—¿Todo bien? —le preguntaron sus padres casi al unísono.

—¿Habéis hablado? —Miró a Jessica y esta negó con la cabeza, advirtiéndolo así de que no había dicho nada. Miles se sentó y dijo que no tenía importancia. Sus padres insistieron, pero él ya había decidido ponerse a comer, tenía hambre.

Eran las diez de la noche y alguien llamó a la habitación de Miles. Sus padres entraron para avisarle de que iban a ver la tele, y luego iban a jugar a esos típicos juegos de mesa para entretenerse y pasar un buen rato. Lo habían visto algo agobiado, y querían que se distrajera un poco.

Miles aceptó. Tina cerró la puerta y se fue al salón, pero James se quedó dentro con Miles.

—¿Estás bien hijo? Te notamos algo raro. Sabemos que ha sido todo muy rápido y que te va a costar aceptar tanto cambio —intentó animarlo—, pero todos vamos a poner de nuestra parte para que seas uno más de todo esto, para que todos seamos felices.

—Papá, yo ya era feliz en Conroad.

—Hasta que te acostumbres al cambio. Estarás bien y todos te apoyaremos en lo que podamos.

Su padre estaba muy cercano, y Miles lo agradeció. Se abrazaron y Miles le dijo que ahora bajaba.

Estaban todos en el salón y había de todo para picar: panchitos, patatas fritas, nachos, etc. Miles no tenía muchas ganas, pero tenía que parecer agradable a la vista de los demás.

Una vez terminada la película, a Jessica le apeteció sacar un juego de mesa de preguntas y respuestas. Algo parecido al trivial. Se pusieron por parejas y disfrutaron de la noche, hasta que Miles se percató de algo.

Jessica tenía puesto un colgante exactamente igual al que le regalaron sus padres.

—¿Me has cogido el colgante? —Estaban todos de buen humor, pero se miraron mutuamente ante la repentina pregunta de Miles, y cambiaron el gesto.

—¿Qué si te he cogido el qué?

Trevor le hizo un gesto a Jessica para que lo dejara hablar.

—Miles, sabíamos que era tu cumpleaños y recomendamos a tus padres un tipo de colgante — Trevor se puso de pie—, que llevamos todos porque tienen un significado especial —Se dirigió a una cajita de la que sacó dos colgantes más. Supuestamente, del propio Trevor y de Mary.

Mary se adelantó a Miles y le dijo que sus padres tendrían unos pronto, pero que no son fáciles de encontrar. Acabaron de jugar, y Miles aprovechó que estaba a solas con su madre.

—¿Qué pasa con ese maldito colgante, mamá?

—¿Por qué lo dices? —Tina estaba sorprendida.

—¿Te da poderes o algo?, ¿o algún tipo de magia?

Tina estaba preocupada, como si Miles fuera a decir algo inadecuado sobre el colgante, pero luego se sintió aliviada y esbozó una sonrisa.

—Ya te dijimos que era muy importante...

Miles la cortó.

—Bla, bla... Que sí, mamá, ya me lo has dicho. Que es un colgante suuuupeerr importante y todo eso —Estaba cansado de escuchar lo importante que era—. Yo no creo en amuletos y en colgantes que te «ayudan». Pero, si es tan importante para vosotros, lo guardaré bien.

Tina le dio un beso fuerte, estaba orgullosa. Miles, aun así, la miraba con gesto de no entender del todo la fascinación por esa insignia.

Se dieron las buenas noches, y poco después, Miles ya se había puesto el pijama. Así que se metió en la cama, ya que quería dormirse lo más rápido posible. No quería pensar en lo que había pasado durante el día. Apagó el móvil, el cual apenas había utilizado, y se acomodó.

Pero una vez más, era imposible. Eran las cuatro de la mañana y estaba teniendo una pesadilla. Se despertó sudando y con taquicardia. Además, tenía la almohada empapada por el sudor.

Se puso a leer un rato *El viaje*, a ver si lo ayudaba a coger el sueño de nuevo.

«...vaticinan la determinación del “tú lo conquistarás”. Nada ni nadie podrá impedir lo que será. El “tú conseguirás” hace al ser humano magnánimo, situándolo al lado de los dioses, porque a pesar de su desaliento, del fango y de haber dado muerte a su...»

Se levantó, fue al cuarto de baño, se secó el sudor y se lavó la cara. Iba a beber agua del grifo, pero le apetecía algo más frío, ya que la que salía del cuarto de baño estaba caliente. Debido al calor, las tuberías se calentaban e impedían que el agua saliera en condiciones.

Bajó las escaleras y, en la cocina, se llenó un vaso con agua fría que tenían en la nevera. Vio la botella de vino al lado, pensó y sonrió: «Pues no estás malo, dichoso vino, pero dudo que vuelva a probarte en un tiempo...» Cerró el frigorífico y, cuando se disponía a subir las escaleras, se fijó que en el otro lado de la casa había una luz encendida.

«¿Otra vez Jessica?». Miles se quedó pensativo. Por un lado, no le apetecía ver ni hablar con nadie, pero por el otro, tenía curiosidad.

Dejó encendida la luz que había en la cocina, no veía necesario encender ninguna luz más para avanzar. La otra luz provenía de la parte de abajo de otras escaleras que llevaban a una parte inferior de la casa. Tenían forma de caracol y a Miles le dio un escalofrío sin saber el motivo. Bajó lentamente, y se encontró con una puerta grande de madera que tenía candado. Sin embargo, este no estaba puesto. Los Mason le dijeron que era una especie de sótano donde guardaban cosas. No le enseñaron ese sitio el día que llegó, no sabía por qué. Así que tenía interés.

Mientras abría la puerta despacio, encendió la luz que tenía a su izquierda. Se encontró con una sala grande y negra, negra por todos lados, con varias puertas alrededor. La luz volvió a fallar, como en el momento en el que se estaba duchando el día anterior y le entró miedo de repente. Solo tenía la luz que desprendía las escaleras.

Quería irse, por lo que se dio la vuelta. Pero le pareció escuchar algo en una de las puertas, ¿había alguien golpeando suavemente desde dentro? No estaba seguro. Miles subió rápidamente las escaleras, pero se recordó que no había cerrado la puerta. Era algo pesada, y mientras la cerraba, la luz volvió de golpe. En un acto reflejo, le dio al interruptor de apagado. Cerró la puerta y subió a la habitación lo más rápido que pudo.

Se echó en la cama. No sabía por qué, pero se sentía con mal cuerpo, como si hubiera visto algo malo. Aunque, en realidad solo era un sótano con puertas donde seguramente guardaban las pertenencias de la casa. No obstante, le causaba inquietud.

Trató de acomodarse, pero al ver que la sábana estaba sacada por ambos lados de la cama, se levantó de golpe. No aguantaba cuando le pasaban estas cosas. «¿Para qué hago la cama tan bien, si luego pasa esto?»

Mientras colocaba la sabana en su sitio, su mirada se fijó en la ventana. Algo llamó su atención: había luz en una de las ventanas de una de las casas de enfrente. Miles era una persona curiosa, y si veía algo poco habitual, no desistía hasta descubrir qué era lo que pasaba. Por lo tanto, miró, y en una de las ventanas vio a alguien. Era la señora Pinad, que estaba saludando con la mano. ¿Qué haría despierta a esas horas? ¿Qué hacía ahí de pie saludando a las cuatro de la mañana?

No quiso saber nada y esta vez sí, se acostó para dormir. O, al menos, lo intentaría. Por suerte, los días venideros iban a ser más tranquilos.

—Esa señora que hay enfrente, ¿suele hacer esas cosas de noche? —Miles estaba abajo con Trevor y Mary. Estaban desayunando.

—Tiene un problema de salud. No sabemos qué le pasa exactamente, pero sí, suele hacerlo— Mary y Trevor se miraban, como buscando algo que se les escapaba de la señora Pinad, pero esa fue la conclusión a la que llegaron.

—Ah, qué bien, qué maravilla —Miles tiró de ironía.

Miles estaba viendo la TV, cuando vio que Trevor iba hacia el sótano.

—Ah, por cierto, ayer estaba abierto el candado, y miré un poco dentro... Sé que solo pueden entrar los «adultos», pero estaba abierto. Para que lo supierais.

—¿Cómo que estaba abierto? —Trevor se dio la vuelta como si le hubieran dado una mala noticia.

—Abierto... abierto, eso que se llama candado... abierto—Hacía el gesto con los dedos, como abriendo algo. No era buen momento para que Miles hiciera un atisbo de broma sarcástica.

Trevor fue a cerrar el candado. Parecía estresado. Después, subió las escaleras y entró en la habitación de Jessica.

No se entendía muy bien lo que decían, pero estaban discutiendo por lo bajo, como si no quisieran que los escucharan.

—Perdona Mary, ¿he hecho algo malo? Solo quería avisar de que no estaba cerrada. No sé realmente por qué no puedo bajar ahí, pero me lo encontré así... —Se sentía culpable.

Mary, con el mismo gesto desagradable tanto para decir cosas buenas como malas, dejó con la misma culpabilidad al joven. No sabía si lo había regañado, o si lo había dejado entrever que no tenía importancia. Era una mujer indescifrable.

Se habían cumplido tres semanas desde que los Robinson llegaron a Brinwood. La situación se había normalizado, y Miles no había vuelto a tener un episodio extraño, todo lo contrario. Gracias al apoyo y razonamiento de sus padres y de los Mason, llegó a la conclusión de que lo que provocó estrés en el propio joven fue producto del cambio de casa. Eso lo hizo ver y creer cosas que, en realidad, no pasaban o eran situaciones sacadas de contexto.

A Jessica le gustaba mucho hacer bromas, y a veces, de mal gusto. Luego estaba la señora Pinad, la cual tenía problemas psicológicos y hacía cosas como estar en la ventana a las cuatro de la mañana. O el sótano, que parecía un lugar donde guardaban cosas y que los «niños», como llamaban a Miles y Jessica, no podían pasar.

Miles conocía ya un poco a los vecinos, a casi todos. A la propia señora Pinad, y los señores Vincinson, que fueron a comer un día a casa. Eran un poco extraños, pero agradables. También conoció al señor Crawford, que vivía solo con su perro. Miles apenas tenía contacto con él, y su relación se basaba simplemente en «hola» y «adiós» y poco más. Además, sabía de los señores Paxon y los señores Kennison, pero todavía no los había conocido en persona.

Miles quería, como cada tarde-noche, echar unas canastas. Trevor siempre lo acompañaba, y a veces, también Jessica. Aunque ella no jugaba, solo miraba a ver a quién podía ligarse.

Sin embargo, esta vez quería ir solo. Le apetecía conocer gente, y ya consideraba que había pasado tiempo suficiente en esas tres semanas de convivencia para empezar a hacerlo. Aparte, en esa zona no había muy buena conexión y apenas podía hablar con sus amigos de Conroad. Tenía que irse hasta la zona comercial para poder hablar por teléfono.

Llamó a la puerta de la habitación de sus padres y les dijo que se iba ya. Su madre, que se estaba preparando para ir a trabajar, le dijo que tuviera cuidado. Mientras que, su padre, que tenía un nuevo trabajo desde casa, ni le contestó.

Trevor entró en escena, salía de su habitación.

—¿Vamos?

—Ehm, esta vez me apetece ir solo. Quiero ver si conozco a gente y hago amistad con alguien. ¿No te importa no?

Mary venía por detrás.

—No, no, tranquilo. Pero ten cuidado y no confíes en nadie todavía, que hay mala gente por ahí fuera —A Trevor no parecía hacerle mucha gracia.

—No hagas caso de lo que te digan—Mary entró en la conversación.

—¿Decirme el qué? Ya sé que nos tratan de raros por vivir en el otro lado, pero me gustaría que cambiaran de idea —Se despidió y salió por la puerta.

No entendía por qué se extrañaron tanto por su decisión, o el porqué de su «preocupación», pero empezó a botar el balón y aligeró el paso. Ese día, tenía ganas.

Las pistas estaban a rebosar, y Miles no sabía dónde meterse. Cuando vio a un grupo de chavales de su edad, decidió acercarse. Pero, antes de preguntar si podía jugar con ellos, alguien lo llamó por detrás.

—Hola, ¿quieres unirte? —un chico le ofreció que jugara con ellos, pero en ese momento Miles no veía a ningún grupo. Antes de preguntar, el chico se adelantó.

—¿Vienes solo? —se puso a mirar alrededor, como si buscara a alguien.

—Sí, ¿por qué? —Miles ya sabía por dónde iba el tema, y estaba cansado—. Oye mira, acabo de llegar al barrio, ¿podéis decirme qué pasa exactamente?

El chico parecía conocer muy bien el asunto.

—Son esos con los que vives...

—¿Qué pasa con esos con los que vivo? —Miles se estaba empezando a cabrear.

—No los conoces...

—Llevo unas tres semanas con ellos y...

—¿Y qué?, ¿te crees que ya los conoces?, ¿cómo sabes que lo que dicen es verdad y que son así realmente?

El joven cogió a Miles y lo llevó a un lugar en el que poder hablar tranquilamente. El chico se presentó, se llamaba Kevin.

—Mira, son mala gente, hacen cosas extrañas...—Miles iba a replicar, pero Kevin prosiguió —: Hace no mucho, desapareció un chico en el barrio, y todavía no lo han encontrado.

Miles no sabía a dónde quería llegar, así que dejó el balón en el suelo y se sentó en un banco que había cerca.

—Yo no los he visto juntos, pero dicen que el chico quiso salir con la chica con la que vives, Jessica. Y, al poco tiempo de conocerse, desapareció.

Miles no entendía nada.

—¿Y ya das por hecho que tienen algo que ver?

—Pues sí...

—¿Sí?, ¿por qué?

—La última vez que lo vieron, estaba caminando hacia vuestra zona de extraños

—Eso no significa nada —Miles era reacio a escucharlo.

—También dicen que, por las noches, ven a un grupo de gente merodeando por tu casa, cuando no hay nadie por la calle—Kevin intentaba que Miles lo creyera, parece que quería ayudarlo de verdad.

—¿Gente? A casa no ha venido nadie, salvo algún vecino a comer y poco más.

—Bueno, eso que tú sepas... Yo solo quiero ayudarte.

—Estoy bien, gracias —Miles empezaba a incomodarse.

—¿Te ha pasado algo raro últimamente?

Kevin parecía el típico chico que no dejaba pasar las cosas. Parecía realmente interesado en lo que estaba pasando en la casa de los Mason.

—¿Raro? No sé, cuando llegué...

—¿Qué pasó? —Kevin se inclinó hacia Miles, lo escuchaba atentamente.

Miles le contó lo que pasó con Jessica, la figura que vio antes de llegar Brinwood, el día de la ducha y las palabras en el espejo.

—Son tonterías causadas por cambiarme de casa, acostumbrarme a una nueva vida...

—¿Eso es lo que te han dicho? —Kevin no estaba conforme con lo que le estaba diciendo Miles—. Yo, si cambio de casa, sufro por cosas cotidianas o por los cambios lógicos y normales de cuando te mudas. No es que vea gente de negro que te saluda en medio del bosque, o que me encuentre frases siniestras cuando me ducho.

—¿Qué es lo que quieres decirme? —Miles se sentía intrigado.

—No sé, Miles, yo no tengo pruebas, pero ten cuidado.

Kevin le recomendó que, si notaba algo raro o se repetían los sucesos extraños, hablara con sus padres y se fueran de ahí si hacía falta.

Volvió a casa pensativo, eran las once de la noche y era muy tarde. Se había pasado la tarde y parte de la noche hablando con Kevin. Lo acababa de conocer, pero no le pareció la típica persona que le estuviera tomando el pelo. Tampoco pensaba lo mismo de los Mason.

La noche llegó a Brinwood y seguía haciendo un calor infernal. Cruzó el puente, y quería llegar a casa. Quería tomarse un buen vaso de leche.

Al dejar el puente atrás, la oscuridad y soledad de la zona le dieron escalofríos. Agilizó el

paso, era la primera vez que volvía solo a casa de noche. Se acercaba a la zona residencial y le dio un vuelco el corazón. En la primera casa situada a la izquierda, vio al señor Crawford acariciando a su perro.

No esperaba a nadie a esas horas, y menos a alguien sentado con su perro prácticamente a oscuras.

—Bu-Buenas noches... —salió de la boca de Miles entre una mezcla de miedo e incredulidad.

Miles esperaba respuesta, como cualquier persona que saluda a alguien de manera educada, pero al ver que no la obtenía, volvió su mirada al señor Crawford. Y este fijó la suya en la de Miles. Empezó a ladear la cabeza hacia ambos lados.

No solo empezó a negar la cabeza durante unos segundos, sino que una risilla empezó a salir de su boca. La risilla se convirtió casi en una carcajada. No era precisamente la típica risa de alguien que se ríe por algo gracioso, parecía la de un residente del manicomio.

Miles miró hacia delante y aceleró el paso. A cada paso que daba, las carcajadas diabólicas se hacían más sonoras. Cogió las llaves de casa, pero le pareció escuchar algo en medio de tanta carcajada... «¿Castigo? ¿El señor Crawford gritaba “castigo”?»

Estaba dentro, no quería saber nada.

No encontró a nadie en el salón, pero sí encontró a Jessica en la cocina.

—Qué bien te lo pasas, ¿no? —comenzó la conversación con la voz dulce que la caracterizaba.

—¿Por? —Miles la miró extrañado, olvidándose por completo de lo que acababa de ocurrir.

—Nada. Para la próxima, avísame y así hago amigos también, que no sé por qué no consigo hacerlos.

Miles vio que ponía cara de pena, pero no le parecía muy convincente. ¿Sonaba sarcástico?

Jessica se sentó en el salón y Miles vio que su padre subía del sótano. Parecía sorprendido cuando vio a su hijo.

—¿Qué tal lo pasaste? —le preguntó su padre.

—Bien, bien. He conocido a un chico muy majo —De reajo, vio como Jessica lo miraba—. Y nada, estuvimos hablando, jugando con un grupo que él conocía —Quería contarle lo que había hablado con Kevin, pero, al estar Jessica delante, no le pareció buena idea.

Un sonido agudo y fuerte salió del sótano, y a Miles, del susto, se le cayó el balón al suelo. Parecía un grito.

—¿¡QUÉ-QUÉ NARICES ES ESO!?! —preguntó, dirigiéndose al sótano.

Pero antes de que diera dos pasos, su padre lo agarró con determinación y le impidió avanzar.

—No bajes, hijo, son Trevor y Mary. Trevor fue a cazar esta tarde al bosque de al lado

Miles no daba crédito.

—¿Y qué?, ¿está matando la caza en este instante? —Miles preguntó con cara de asco, mientras que a Jessica le salía una risa nerviosa.

—¡Síííí! Mañana cenamos coyote, ¿te gusta la carne del coyote, Miles? —Jessica parecía una loca sin escrúpulos.

—No sabía que aquí hacíais estas cosas.

Mientras Miles subía a la habitación, Jessica resaltó:

—Invita a tu amigo Kevin, a ver si quiere cenar con nosotros mañana.

Se quedó parado unos segundos mientras escuchaba la risilla de Jessica por detrás. Miró a su padre en busca de complicidad, pero este quiso hacer una mueca de algún tipo de sonrisa con los labios. Se dio la vuelta y entró en su habitación mientras pensaba: «¿Cómo sabía lo de Kevin?, ¿lo había seguido?, ¿se conocían?». Había muchas preguntas sin respuesta.

Leer *El viaje* le daba ganas de dormir. No se enteraba mucho de lo que iba, pero le provocaba relajación. Miles lo agradecía. Sobre todo, al ver lo complicado que era dormir en esa casa.

«...unión entre los miembros; entrelazando los criterios para ayudar a mirar al pasado con rechazo, trabajar en la forma de estructurar los modos de convivencia modernos, y ayudar a huir de cualquier acontecimiento social que pueda dañar a la comunidad por ellos creada y mensaje idealista de la vida...»

Pasada media hora, *El viaje* estaba en el suelo, y Miles se encontraba colocado de mala manera en la cama. Se había dormido, pero un movimiento inconsciente casi provocó su caída. Pudo reaccionar y apoyarse en el suelo con la mano derecha.

«Buff, madre mía...», pensaba mientras colocaba *El viaje* en la estantería.

Se levantó temprano. Había quedado con Kevin en la piscina, y se fue sin decir nada a nadie. Ni siquiera a sus padres, ya que no quería despertarlos. Aunque, tampoco es que hubieran demostrado mucho interés en lo que hacía o no hacía su hijo. Parecía que el cambio de casa los había hecho cambiar, nunca los había visto tan distantes.

¿Dónde tenía la cabeza? Miró a su derecha y recordó lo que había pasado anoche con el señor Crawford. Con los gritos del pobre animal del sótano, se le había olvidado por completo comentarlo en casa.

Aceleró el paso y miró por las ventanas o la puerta, a ver si había rastro del loco de su vecino, pero nada.

El sol ya apretaba a las diez de la mañana, y la piscina estaba bastante llena para la hora que era.

Se encontró con Kevin y enseguida se dieron un chapuzón. El agua parecía un caldo. Miles quería desconectar un poco del baloncesto, hacía mucho que no nadaba y le apetecía hacerse unos largos. Salió a coger las gafas de bucear y un gorro. La piscina no era muy grande, pero tuvo fortuna, ya que en ese momento no había mucha gente que le impidiera nadar.

Después de un rato, descansó sobre uno de los vértices y abrió los brazos a ambos lados. Kevin cortó su momento de relajación.

—Miles, ¿qué hace aquí Jessica?

—¿Cómo? —Miles miró fijamente a Kevin.

—Está ahí, tomando el sol. No sabía que había venido contigo.

—Es que no ha venido conmigo —dijo, buscándola con la mirada.

Estaba al otro lado de la piscina. Había mucha gente y no quería que lo viese. Salieron del agua y se fueron donde tenían las toallas.

—¿No quedaste con ella ni nada?

—Qué va... Es como si me hubiera seguido.

Kevin empezó a contarle que a Jessica le gustaba hablar con chicos y llamar su atención para que fueran a hablar con ella. La gente de su alrededor parecía señalarla. No parecía que tuviera buena fama.

Miles le preguntó si tenía novio o si lo había tenido alguna vez.

—Cada vez que la he visto con alguien, o ha desaparecido misteriosamente, o su padre se ha encargado de espantarlo.

—¿Su padre? —Miles no conocía esa historia. Trevor había tenido algún percance con alguien.

—Sí, alguna vez ha tenido alguna charla con algún chaval —Kevin cogió aire y siguió—: La policía está al tanto, pero no hace mucho caso. Pasan mucho de este barrio.

—¿Incluso con la desaparición de ese chico?

—Sí... Ya fueron a preguntar a tu casa, pero no sé qué les dijo tu nueva familia, que dejaron de investigar a los pocos días. Pensaron que fue una fuga sin más. Jessica les debió de contar una buena historia a los agentes.

Miles escuchaba atento, hasta que recordó que Jessica estaba al otro lado y miró a ver qué hacía. ¿Dónde estaba? Miles se levantó y miró a ver si la veía en el agua, que había poca gente en ese momento, pero nada. La encontró hablando con unos chicos, parecía que les estaba dando su número de teléfono. Kevin dijo que no conocía a esos tres chicos con los que estaba. Pero Miles acababa de recordar algo.

—Oye, ¿tú conoces a Jessica personalmente? Es que ayer pronunció tu nombre sin que yo hablara de ti.

—Sí, bueno... —Kevin puso gesto de arrepentimiento—. Intenté ligar con ella cuando llegaron al barrio, hace un año más o menos. Pero me dio calabazas. Creo que me hizo un favor, viendo lo «especial» que es.

—Es que me gustan más altos Kevin, no te molestes —Jessica apareció detrás de ellos.

Kevin se puso rojo como un tomate.

—Bueno, yooo... Me voy a ir —Kevin habló con la voz entrecortada.

—No te voy a comer, ¿no puedo unirme? —preguntó Jessica mientras se sentaba con ellos.

—¿Qué haces aquí? —Miles entró en escena—. ¿Por qué no dijiste que venías a la piscina también?

Esta, con la voz cálida le dijo: —Es que quería ver tu cuerpo Miles, ya que en casa no he tenido la suerte todavía —Jessica quería ponerlo nervioso, pero Miles no se achicó.

—Para la próxima, no me sigas... ¿Vale?

—Uyy, qué contestón estás hoy, querido. Anda, vete a hablar con mi padre que está al otro lado, que quería decirte algo.

¿También estaba Trevor? Miles miró al otro lado y lo vio en la entrada de la piscina.

—Yo me quedo con mi amigo Kevin —Jessica se tumbó en la toalla de Kevin, y Miles le dijo a este que ahora volvía.

—¿Qué pasa? —Miles había llegado hasta Trevor.

—¿Qué es eso de irte de casa sin avisar? —Trevor estaba enfadado.

—¿Cómo?

—Te acogemos a ti y a tus padres en nuestra casa, y tú te vas por ahí sin que sepamos qué haces y con quién pasas el tiempo.

—¿Por qué tengo que avisaros? Tengo 15 años, no soy un niño. Y tampoco creo que vivamos en un barrio de monstruos que me pueden comer si voy solo por la calle, creo yo.

Trevor intentó rebajar el tono y se mostró más comprensivo, pero las palabras que le llegaban a Miles eran del tipo de que «en su casa hay unas reglas», y «mientras viva con ellos se cumplirán a rajatabla, si no habría problemas». También le recomendó que no viera a ese chico con el que estaba, que Kevin no era una buena influencia para él. O eso es lo que Trevor insinuaba. Nunca lo había visto así, pero pronto se dieron un abrazo y Trevor volvió a ser ese hombre cariñoso que conocía.

Tras despedirse, observó que Jessica iba a hacia él. Esperaba que le dijera que se iba con su padre y que así los dejara tranquilos. Cruzaron sus miradas y ella le sonrió de forma sugerente. Miles no le aguantó la mirada, y se fue directo hasta Kevin.

Miles insistía, pero Kevin no le dio mucha importancia, hasta que al final le contó a Miles lo que Jessica le había dicho.

—Nada tío, me ha dicho que si volvía a verte, será lo último que haga.

Volvió enfadado a casa, se dio una ducha rápida y aprovechó que no había nadie en el salón para ver un poco la TV. Mientras hacía *zapping*, se fijó en algo. En la estantería que se situaba encima de la TV, lugar donde normalmente había libros, se encontraban fotografías. Antes había una mezcla entre libros y alguna fotografía de los Mason. Pero ahora, la distribución había cambiado y la temática de las fotos también.

Achicó los ojos, pero no pudo ver bien. Así que dejó el mando en la mesa y se dirigió hacia la estantería superior.

Cogió fotos del propio Miles, solo de él, de cuando tenía unos diez años. Estaba feliz por montar su nueva bicicleta. También había otras con sus padres, del duodécimo cumpleaños del joven. Así mismo, había fotos de sus padres con los Mason.

Miles las miraba sin entender nada. Comprendía que había que dejar las fotos que tenía en Conroad en algún lugar, pero le daba la sensación de que tenía una nueva familia y todavía no se había dado cuenta de ello. Todo había sido muy deprisa. Ahora, existían fotos de él y de sus padres con gente que acababa de conocer.

Siguió mirando fotos, hasta que encontró una que le resultaba familiar.

—Lo sabía.

Miles había visto ese colgante antes. Su madre, sonriente, posaba con una blusa blanca y con el colgante colocado por fuera. El colgante tenía que verse bien. Era el mismo, con forma circular, con tonos negros alrededor y con una especie de estrella entrelazada entre sí. Recordaba haberlo visto en Conroad, en una de las habitaciones de la casa.

Siguió cogiendo fotos. Vio a su madre con los Mason, y los tres iban vestidos de forma similar. Parecía que estuvieran en un mercado medieval. Los tres iban con el colgante.

Era simbólico, estaba claro, pero lo que Miles no entendía era que tuviera la importancia que le daban en su familia.

«Es solo un colgante», pensó mientras dejaba la última foto en la estantería.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia el sofá. Antes de sentarse, escuchó una melodía parecida a la que escuchó la primera noche en Brinwood. Jessica bajaba por las escaleras, todavía seguía con el bikini puesto.

—Anda, mira quién está aquí —Jessica fue hasta Miles y se sentó a su lado.

Era una chica atractiva y a Miles le daba vergüenza estar ante una chica así en bikini. Sobre todo, cuando estaba a solas. Le ponía nervioso.

—Oye, Miles, perdona lo de esta mañana, bueno y lo de otros días. A veces soy un poco tonta.

Miles la miraba esperando algo más.

—No entiendo qué te pasa con Kevin...

Jessica puso la mano en la rodilla de Miles. Estaba colocada de costado y con las rodillas entre cruzadas.

—Lo sé, Miles, soy odiosa a veces. Es que Kevin, es Kevin, no me cae muy bien, pero bueno. Espero que me perdones.

—Eso se lo tienes que decir a él —Miles no la miraba a los ojos, esquivaba su mirada.

—Sí, sí, lo haré. Te lo quería decir primero a ti. Vives conmigo y quiero llevarme bien contigo... Cuando me gusta algo, al principio soy un poco tonta...

Miles no sabía a qué se refería, tenía la mano de Jessica en la pierna, mientras ella se mordía el labio inferior, lo que le daba una sensualidad aún mayor.

Jessica lo miraba con los ojos de una diosa.

—¿Te puedo dar un beso?

—¿Quéé? ¿Cómo?

Miles se sobresaltó, no sabía dónde meterse, no estaba acostumbrado a estas situaciones. Una chica atractiva lo estaba poniendo nervioso, se estaba disculpando, tenía la mano puesta en su pierna, y le hablaba con esa voz dulce que dejaba a cualquiera sin palabras. Y ahora, para colmo, le pedía un beso.

—Ay, no, no, ¡en la mejilla, Miles! —No la había visto reírse así antes, hasta en eso era atractiva—. ¿Puedo?

Miles mantuvo la mirada en la Jessica y asintió sin decir nada.

Sus labios húmedos dieron un escalofrío a Miles por todo el cuerpo, estaba paralizado. Le habían dado besos en la mejilla, pero nunca como ese. Ella, mientras le sonreía, se volvió a acercarse a él. Esta vez, para susurrarle algo al oído, como en la primera noche.

—Cuando quieras, repetimos...—Jessica se dio la vuelta y se marchó a su habitación.

Miles estaba petrificado, nervioso, sin control. Era la primera vez que tenía un acercamiento así con una chica.

Jessica era una persona peculiar, a veces insoportable, pero tenía una sensualidad que atrapaba a cualquiera.

5. Diferente amanecer

Marcaban las cuatro de la tarde, y Jason salía del motel. Uno más de tantos en los que se había hospedado. Estaba a unos 50 kilómetros de Conroad, y ya estaba listo para volver a casa.

Jason Robinson, hermano de Tina y tío de Miles, era una persona alcohólica, y con muchos problemas a sus espaldas. Había estado metido en bandas de tráfico de drogas en las que la violencia era continua. Sus marcas con forma de rasguños en la cara y brazos describían a Jason como una persona con un pasado complicado y peligroso.

No tenía mucha relación con su hermana, ni con su familia en general, pero sí con Miles. La última vez que se vieron fue hace dos veranos, y fue para pedirles dinero poder subsistir como pudiese. Esta vez, iba a ser diferente. O, al menos, esa era la idea principal. Había estado trabajando en una cocina lavando platos durante el último año y medio, y había podido valerse por sí mismo. Eso sí, se hospedaba en moteles, pero el dinero le permitía vivir el día a día.

Su jefe le había dado unos diez días de vacaciones y a Jason le apetecía llegar a casa y demostrarle a su hermana que había cambiado. Quería que viese que estaba en rehabilitación por sus problemas de alcohol y drogas, y que era una persona nueva. Su objetivo era arreglar los problemas que siempre había tenido con su familia. Y, para ello, estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta. Quería tener una relación, aunque fuera solo correcta, y empezar de cero. Tenía muchas ganas también de ver a su sobrino otra vez. Había entablado una relación muy cercana con él, hasta que un día su hermana le prohibió cualquier tipo de contacto.

Sentado en el autobús, no tenía otra cosa en mente que llegar ya a Conroad.

Estaba nervioso. Bajó del autobús, cogió las dos maletas, la bolsa con el balón de baloncesto que le había comprado a su sobrino y empezó a caminar. Tenía unos diez minutos de caminata. Recordaba el barrio como el primer día. Pasó por el colegio de Miles y se acordó de cómo fue a visitarlo un día cuando este estaba en el recreo. Ese día, le regaló una piruleta para que se la comiera sin que los profesores lo vieran. También recordó cuando lo vio por último vez y lo horrible que fue no tener la oportunidad de despedirse. Pero no quería pensar en ello.

Llegó por fin a la calle principal. A unos diez metros, estaba la casa de los Robinson. Aceleró el paso y llamó al timbre. Se arregló un poco la camisa, y se retocó el pelo un poco, quería dar buena imagen.

La puerta se abrió y apareció una joven, de unos 30 y pico. No era su hermana Tina.

—Hola, ¿puedo ayudarlo? —preguntó amablemente.

Jason comprobó que era el número de calle correcto, por si se había equivocado. Al fin y al cabo, habían pasado dos años y con la emoción podía pasar.

—Sí, hola. Preguntaba por Tina, Tina Robinson, soy su hermano Jason —Miró un poco dentro de la casa, a ver si veía a alguien que conociera.

—No, lo siento, se ha confundido.

Estaba seguro de que era la dirección correcta. Había estado allí hace dos años exactamente. No había otra, tenían que haberse mudado.

—Verá, soy hermano de la mujer que vivía aquí con su marido y su hijo. ¿Sabe cuándo se han mudado?

La joven lo miró comprensiva.

—Llevamos aquí unos días, pero lo que nos dijeron en la inmobiliaria es que las personas que vivían antes aquí se fueron sin dejar rastro. Con todos los gastos pagados claro. No la pusieron en venta ni nada —Jason estaba perplejo y muy extrañado—. De un día para otro, parece que se esfumaran. Y, bueno, nosotros fuimos los afortunados en ser los primeros que la vimos.

La joven celebraba haber sido la persona que consiguió la casa casi de la nada, pero Jason no estaba para felicitar a nadie.

Sabía que no tenían mucha relación, pero irse de la casa en la que llevas viviendo toda la vida sin avisar a nadie... es muy, muy extraño.

Mientras, en Brinwood...

Llevaba una carga muy pesada y no veía nada. Estaba todo muy oscuro, se oían gritos, gritos estremecedores.

—¡Nooooooooo, nooooo! ¡Socorrooooo!

No paraba de oírlo. Escuchaba voces, pero no conocía ninguna de ellas. Parecía una reunión, como si estuvieran planeando algo. Le dolía mucho la cabeza y tenía mucho dolor en las manos. El sudor le caía por la frente y las sienes. Quería despertar.

Miles se levantó como si ardiera la cama sobre la que yacía. Se puso a mirar alrededor de la habitación para intentar descubrir donde estaba.

Jadeando, se sentó en la cama. Tenía las manos magulladas y algunas heridas que no sabía de dónde habían salido.

Sin embargo, pudo dormir unas horas más, ya que era temprano. Cuando se despertó, intentó incorporarse de mala manera. Se levantó y abrió la puerta de la habitación con la ropa de calle en la mano, iba a ducharse. Se tropezó y notó que alguien lo ayudaba. Trevor salía de habitación.

—Cuidado, chico, ¿estás bien? —Lo incorporó con sus enormes brazos.

—Bueno... He dormido fatal y me he levantado con muchas agujetas —Miles no creía que eso fueran agujetas.

—Juegas mucho al baloncesto, deberías descansar y no estar tanto...

—¿Tanto tiempo con Kevin? No me dejáis tranquilo, ¿qué os ha hecho?

—Nada, Miles, es que...

—Es que nada —Miles, mostrando su carácter, cogió la ropa del suelo y la sacudió un poco mientras andaba de mala manera de camino al baño.

Sabía que Trevor quería ayudarlo y que lo habían arreglado el otro día en la piscina, pero estaba cansado de que lo trataran como a un crío y tuviera una niñera cuidándolo.

Echaba de menos a su tío Jason, que era parecido a su madre. Lo protegía y lo cuidaba incluso desde la distancia. Pero además, hacía algo que los demás no hacían: lo respetaba y le dejaba libertad para ser un adolescente con sus virtudes y defectos. Lo extrañaba.

Volvió a la habitación, la ducha le había venido bien. Cogió *El viaje*.

«...nos enseñan nuestros orígenes, de un Olimpo donde vivíamos y de la manera en que lo desperdiciamos... La energía emigratoria del ser humano se orienta, básicamente, a encontrar nuevos recursos vitales... Un auténtico empujón, y localizar tu paraíso perdido...

» ...el ser humano ha de coexistir en su moralidad personal, aquel abanico de oportunidades que tiene que percibir...»

Después de la comida, Miles había quedado con Kevin a escondidas, como los últimos tres

días. No solo lo consideraba un amigo, sino alguien en quien confiar.

—Te veo mal —Kevin le dijo a Miles nada más verlo.

—Llevo unos días teniendo pesadillas.

—Estás hecho un trapo, has envejecido 20 años en los últimos tres días —dijo Kevin, que intentaba buscarle humor al asunto.

Estaban en la galería comercial. Siempre quedaban cuando los Mason y sus padres estaban fuera haciendo recados o trabajando. No se arriesgaban a quedar en la piscina o en las pistas de baloncesto, no querían que los vieran juntos. Si se daba el caso de que llegara a casa y ya estuvieran en ahí, tenía la excusa de «es que he ido al “centro” a dar una vuelta». Se lo creyeran o no, tenía una excusa, aunque fuera la más simple.

Mientras hablaban, Kevin le comentó a Miles que vivía con sus abuelos, ya que se quedó huérfano cuando era muy pequeño. Además, se ofreció acoger a Miles si hacía falta, y le volvió a recordar que le dijera a sus padres que no estaba bien. Pero, Miles ya se sabía la respuesta que siempre le daban: «Ya vale, Miles, estás exagerando» o «Ya estarás bien, pronto te acostumbrarás». Estaba muy solo y, en realidad, solo tenía a Kevin. Puede que también a... Jessica.

—No deberíamos quedar Kevin —Miles saltó después de llevar un rato callados.

—¿Por?

—Por lo que te dijo Jessica el día de la piscina.

—Miles, no van a hacerme nada. Sé cómo es Jessica, y sé lo raros que son en tu familia. Pero, mientras no me meta en su vida, no creo que pase nada —Kevin estaba convencido, demasiado.

—Sí, pero te ves conmigo a escondidas.

—Estamos quedando sin que lo sepan en tu casa —Kevin era inteligente, pero, en muchas ocasiones, pecaba de ingenuo. Miles no las tenía todas consigo.

—Aunque, no sé, no creo que Jessica sea tan mala como parece. No creo que te hiciera nada, solo le gusta llamar la atención —Miles recordó su «momento» con ella, y se lo contó a Kevin.

—¿Ahora te estás enamorando? Cuidado con ella, Miles, cuidado.

Miles no respondió, se quedó pensativo.

Se estaba haciendo de noche, y volvía a casa. Sus padres le habían dicho que volverían más tarde, a eso de medianoche, pero quería llegar con tiempo para evitar imprevistos.

A lo lejos, vio que todavía no había nadie en casa. No había luz en ninguna de las ventanas, y siempre había alguna encendida cuando alguien se encontraba en casa.

Aceleró el paso, porque nunca le había gustado volver solo por la noche. Además, estaba preocupado por si veía al señor Crawford con su perro, riéndose como un residente del manicomio.

Iba caminando, cuando escuchó el ladrido de un perro. Por un momento, pensó que era el perro del señor Crawford, un bichón maltés blanco. Sin embargo, con lo que se encontró fue una especie de perro de color negro mitad golden, mitad labrador. El perro se acercó a Miles.

—Eyyy, ¿estás solito? —Miles lo acarició de forma cariñosa.

El perro parecía contento, y movía la cola a ambos lados. A Miles le gustaba achucharlo, hasta que oyó algo parecido a unos silbidos agudos al otro lado, detrás de la caseta de madera. Le pareció ver a alguien, pero estaba demasiado oscuro para ver bien. Pero... Espera, parecía una persona con una especie de gabardina negra con capucha. El perro se fue hasta su «amo» y Miles volvió rápido a casa. Recordó que había visto a alguien con la misma indumentaria en la gasolinera, justo antes de llegar a Brinwood.

Entró en casa nervioso, encendió las luces y subió a su cuarto. Se cambió de ropa y se echó en

la cama. Después, cogió el móvil que tenía en la mesilla para llamar a sus padres y así ver cómo iban. No quería estar mucho más tiempo solo. Sobre todo, después de ver que alguien encapuchado merodeaba cerca de su casa y sin saber sus intenciones.

Llamó a su padre, pero nada. Llamó también a su madre y no dio señales de vida. Trevor fue el único que descolgó el teléfono, pero le dijo que no podía hablar en ese momento. ¿Todos estaban casualmente ocupados? Dejó el móvil en la mesilla, y cogió un libro que tenía cerca. Quería distraerse un poco, con lo que fuera.

Llevaba unos diez minutos leyendo, cuando escuchó unos ladridos en la calle.

Miles no les hizo mucho caso, hasta que empezaron a molestarlo.

«Qué pesadez...», pensó Miles y resopló.

Se dispuso a mirar por la ventana, por lo que retiró la cortina. Y ahí estaba el perro negro que acababa de acariciar hace unos minutos. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Petrificado, vio a la figura negra de pie, en medio de la carretera, mirando hacia donde estaba Miles. Tenía el perro sentado a su lado y no paraba de ladrar.

Volvió a coger el móvil. Tenía que contactar sí o sí con sus padres, o con la policía si hacía falta. De los nervios, se le cayó al suelo, pero lo cogió. Y, mientras volvía a llamar a su padre, vio por la ventana como la figura negra caminaba hacia la puerta de entrada con el perro detrás. Miles, en un atisbo de valor, abrió la ventana.

—¡Eh, tú! ¿Qué quieres? ¡Cómo des un paso más, voy a llamar a la policía! — gritó Miles, aunque no sonó muy creíble.

Sin embargo, la figura negra ya había entrado en la casa. No sabía cómo, pero estaba dentro.

«¡No puede ser!», pensó Miles y llamó a la policía. Pero comunicaba, no le daba tiempo. Esa llamada era su única oportunidad. Se puso a sudar cuando vio que la puerta no tenía pestillo. Cogió la mesa, tiró al suelo todo lo que había sobre ella y la puso contra la puerta. Además, apagó la luz.

El miedo se apoderó de sus pensamientos. No podía moverse, solo miraba la luz que desprendía la rendija inferior de la puerta, la misma que provenía del pasillo.

Unas risas macabras empezaron a sonar en la calle. Tampoco estaba para mirar por la ventana, pero el nivel de miedo aumentaba por segundos. Los pensamientos de Miles estaban bloqueados y el olisqueo del perro por debajo de la puerta lo hizo ponerse aún más alerta. No obstante, las carcajadas de la calle cesaron, y el móvil de Miles empezó a sonar.

Era buena noticia, ya que podría pedir ayuda, pero a la vez descubrirían que estaba ahí dentro. En un acto reflejo, encendió la luz del cuarto y se abalanzó sobre el móvil.

—¡¡Ayuda, ayuda, por favor!!

Miles tomó la palabra sin saber quién estaba al otro lado. Pero no oyó a nadie, lo único que oyó fueron los golpes al otro lado de la puerta. El hombre de negro estaba intentando entrar.

Llorando, con los ojos desorbitados, se puso a gritar. Sin embargo, la voz cesó cuando su vista se puso en negro y una relajación invadió su cuerpo.

Miles se había desvanecido.

6. El origen de todo

Jason caminaba con sus dos maletas desconcertado. ¿Qué iba a hacer ahora? Lo más fácil era buscar un motel, uno más, donde alojarse y dejar pasar los días hasta que tuviera que volver al trabajo. Pero en lugar de eso, decidió buscar respuestas sobre la marcha de los Robinson. Tenía que hablar con alguien que supiera algo; amigos en común, compañeros de trabajo... Tenía que investigar.

Buscó el motel más cercano para poder dejar las maletas. Por suerte, no tuvo que viajar muchos kilómetros para encontrar uno. Un taxi lo dejó en el que estaba más cerca. Le dijo al taxista que, por favor, esperara unos diez minutos fuera y que dejara el contador encendido. Justo el tiempo que tardaría en dejar las maletas.

El taxista lo recibió, aproximadamente, en el tiempo estimado. Jason había aprovechado para peinarse un poco y cambiarse la camiseta. Ya que, sin saber por qué, la camiseta estaba algo sucia, como si le hubieran tirado algo de café encima. El motel estaba a unos cinco minutos del centro y Jason sabía por dónde empezar. Su hermana trabajaba en... ¿un bar de la calle Brond?

No sabía a qué altura estaba, o si había más bares que pudiera complicar su búsqueda, pero todo era preguntar a quién hiciera falta. Así, lo informarían acerca de lo sucedido con su hermana.

Llegó a la calle Brond, y efectivamente, había más de un bar. Entró en cada uno de ellos. En algunos, no conocían a ninguna Tina. En otros, le decían que preguntara en el bar de enfrente, y estos, le decían que preguntara en el último bar de la calle.

A Jason solo le quedaba un bar y tenía que ser ese. Entró y se encontró con un restaurante muy bien organizado y con gente que estaba a punto de almorzar. Preguntó por el encargado. Le dijeron que esperara, que estaba ocupado en ese momento.

Jason aprovechó para tomarse una cerveza mientras esperaba. No sabía por qué, pero estaba nervioso. No sabía si le iban a contar buenas o malas noticias. ¿Habrían echado a Tina del bar?, ¿habría habido algún problema familiar que los obligara a dejar Conroad en un abrir y cerrar de ojos? La familia de Tina no era ya muy numerosa, sus padres fallecieron y solo tenía primos con los que apenas tenía relación. Y de la familia de James, Jason sabía que todavía vivía su padre (al menos hace dos años), pero no se llevaban muy bien. Tampoco tenía hermanos.

Mientras le daba vueltas, aprovechó para acabarse la cerveza y vio que alguien salía por la puerta de la cocina. Era el encargado del bar.

—Hola, ¿puedo hacer algo por usted? —El encargado llegó hasta Jason.

—Hola, preguntaba por Tina, Tina Robinson. No sé si trabaja aquí... —Jason temía que le dijera que tampoco la conocía.

—¿Tina? Sí, claro, trabajaba aquí. Un día decidió irse sin más, después de trabajar muchos años en este bar. Dígame de mi parte, si la ve, que gracias por dejarnos tirados...

Jason sentía una mezcla de felicidad e incredulidad.

—¿Cómo?, ¿por qué?

—Mire, yo solo sé que desapareció de un día para otro. No puedo ayudarlo más.

El encargado le remarcó que Tina no tenía problemas económicos ni nada. Era una de sus

empleadas más longevas, y tenía una vida tranquila.

Después, Jason salió del bar y se fue directo a la inmobiliaria en la que trabajaba James. Por suerte, el encargado del bar le dio la dirección. Tenía mucha relación con Tina, pero también con su marido James.

En la inmobiliaria, esperaba conseguir más información, y se sintió decepcionado. Era más de lo mismo. Solo dijeron que se fue sin dar señales de vida.

Jason volvió al motel con un mar de dudas. ¿Cuál sería el siguiente paso? Se le pasó por la cabeza dejarlo pasar e irse cuando terminaran sus vacaciones. A fin de cuentas, podría hacer turismo, por ejemplo. Pero estaba decidido, tenía que encontrar a su hermana. Llegó al motel pensando que, al día siguiente, tendría que encontrar pistas fuera donde fuera.

A la mañana siguiente, estaba nublado y Jason salió del Motel. Decidió ir andando hasta el pueblo, puesto le apetecía andar. Aunque luego, al ver que podía llover y no llevaba paraguas, se arrepintió.

Sin embargo, hubo suerte: llegó seco hasta la calle Rubish. Esta vez, no tenía intención de llamar a la puerta de la que había sido la casa de los Robinson. Su objetivo era otro. Tenía que preguntar a los vecinos a ver si le daban algo de claridad al asunto.

Fue llamando puerta por puerta, pero todos le decían lo mismo. No sabían dónde estaban, ni lo que había pasado. Algunos tenían relación con los Robinson, e incluso uno de ellos dijo que los vio subir las maletas al coche, pero creyeron que se iban de vacaciones, como hacían cada año. No vieron nada fuera de lo normal.

Todo eran decepciones, hasta que una vecina arrojó algo de luz.

—También puede preguntar a uno de los mejores amigos de Miles, a Lucas. Vive al final de la calle.

Era la última esperanza. Miles les tuvo que decir algo a sus amigos, y seguro que habría contactado con ellos por teléfono.

Jason se acercó a la dirección que le había dicho la vecina. Mientras caminaba, empezó a levantarse algo de viento. Las hojas atravesaban la calle de un lado a otro, y las nubes estaban a punto de soltar la típica tormenta de verano.

Aceleró el paso, y llamó al timbre. Le abrió una mujer de unos 40 y pico años.

Jason se presentó y explicó a la mujer que su familia había desaparecido y creía que tal vez Lucas pudiera darle alguna información.

—Vaya... Entiendo su situación... —La mujer miró al cielo encapotado y le ofreció a Jason entrar a la casa—. Las lluvias de verano te empapan antes de que te des cuenta.

—Muchas gracias —dijo, y aceptó la invitación.

Era una casa muy bonita. El hermano de Tina miraba cada rincón como si esperase que saliera dinero de las esquinas. Hacía mucho tiempo que no entraba en una casa tan grande, bonita y acogedora. La casa era unas 20 veces más grande que las habitaciones de los moteles donde siempre se hospedaba.

—¡Lucas, cariño, baja un momento! —lo llamó la madre de Lucas desde el salón, mientras Jason se sentaba en el sofá.

Un trueno hizo acto de presencia.

Jason vio como un chico alto y delgado, de 16 años, bajaba por las escaleras. Lucas era el mejor amigo de Miles y se conocían desde que eran muy pequeños. Se veían siempre que podían.

Jason se presentó y le empezó a preguntar si sabía algo de Miles, si hablaba con él o si sabía a dónde habían ido.

—Se fueron como hace un mes, más o menos, ¿no mamá? —Su madre asintió, y remarcó que

quizá fue hace un poco más de un mes.

—¿Sabes por qué se fueron? —Jason iba al grano.

—Fue muy rápido todo. El día del cumpleaños de Miles, quedamos para echar unas canastas y dijo que se iba a vivir a otra casa. Creo que al día siguiente, se fueron.

Jason descartaba la opción de las vacaciones. Le comentó a Lucas y a su madre que había ido a los trabajos tanto de Tina como de James, y que no sabían nada de ellos. Les preguntó si eran conscientes de algún problema en particular que hubiese podido provocar esa marcha repentina, pero Lucas no sabía más de lo que ya había hablado con él.

—¿Y sigues en contacto con él?

—Sí, pero dejamos de hablar a las dos semanas o por ahí...

—¿Por qué?

—Bueno, dejar de hablar, no. Pero de un día para otro, su número me daba desconocido.

Jason no entendía nada.

—¿Cómo?

—Sí... Llamaba, pero salía la voz de una mujer diciendo que ese número no existía. Y no he vuelto a saber de él desde entonces.

—Qué raro... —dijo Jason mientras miraba la lluvia que caía sobre Conroad a través de la ventana. Lucas prosiguió.

—Pensé que había cambiado de número, o que se había comprado un teléfono nuevo o algo. Esperaba que me llamara para avisarme, pero nada.

Lucas parecía seguir desconcertado.

—¿Te dijo algo importante durante el tiempo que hablasteis?

—Mmm... No, nada, aunque... —Lucas miró a un lado, intentado recordar algo—. Me decía como que le estaban pasando cosas raras, pero al final todo quedaba en que sería cosa del cambio de casa. Tampoco hablábamos mucho del tema, pero...

—¿Pero? —Jason le escuchaba atentamente.

—Pero lo notaba raro, como si tuviera miedo por algo. Pero no quería decirme nada.

Jason miraba a Lucas con admiración. Le estaba ayudando mucho y casi había tirado la toalla después de hablar con los otros vecinos de la calle Rubish. Jason le hizo la preguntaba clave.

—¿Sabes dónde fueron?

Lucas miró a la ventana, intentando recordar. Jason no quería escuchar la frase «No me acuerdo del nombre».

Lucas dio unos destellos de luz, aunque intermitentes.

—Mmm... Creo que era algo así como Pinmood, o Tronmood o quizá... ¡Ayy! No me acuerdo bien...

—Tranquilo, la cuestión es buscar similitudes.

Jason estaba conforme. Sabía que no podía contactar ni con su hermana, ni con su sobrino. Desconocía su paradero por completo, pero quería pedirle un favor a Lucas.

—Si vuelves a contactar con Miles, por favor, dile que su tío lo está buscando, y que lo echo mucho de menos.

Lucas asintió, y le preguntó si quería que Miles lo llamara si contactaba con él de nuevo.

—No, tranquilo, tú solo házmelo saber. Su madre está muy al tanto de que no entable ningún contacto con su hijo y prefiero estar «oculto». No quiero causar ningún otro problema porque haya hablado conmigo —Jason conocía muy bien a su hermana—. Esa mujer se entera de todo.

Jason agradeció mucho la ayuda que le facilitaron tanto Lucas como su madre, y también su hospitalidad. Se dieron los números de teléfono para estar en contacto por si conocían de algún

detalle que lo pudiera ayudar en su investigación particular.

Jason, en unas horas, había pasado de no tener nada a tener algo de información. Le faltaba un último empujón, estaba cerca, o eso pensaba él.

7. Manos magulladas

Tenía agujetas por todos lados. Era como si hubiera estado en el gimnasio un par de horas y hubiera levantado más peso del que podía. Le dolía todo. Miles abrió los ojos.

—¡Miles, cariño!, ¿estás bien? —Su madre se sentó al lado de la cama.

—No... No grites, la cabeza me va a estallar —Tenía un dolor de cabeza terrible.

Vio que estaban todos: sus padres, Trevor, Mary y Jessica. Sin embargo, también había dos personas que no conocía. Se acercaron.

—Hola, Miles, somos médicos. Nos han dicho que te encontraron inconsciente en el suelo.

Acababa de recordar lo que había sucedido anoche y miró a sus padres con mucho miedo. El corazón le empezó a latir con fuerza. Exaltado, intentó levantarse, pero los médicos lo sujetaron. Se tumbó otra vez y les contó todo.

Les dijo que un hombre con una túnica negra y su perro entraron en la casa, que intentó llamar y... que debió recibir un golpe en la cabeza, porque no recordaba nada más.

Todos se miraron preocupados.

Sus padres se sentaron con él y le dijeron que se tranquilizara. Como era normal, lo vieron muy inquieto y decidieron dejar que los médicos lo inspeccionaran bien.

Pasada media hora, y ya más tranquilo, bajó al salón acompañado por los médicos. Sus padres se acercaron al verlo.

—Miles, hemos llamado a un inspector de la policía para que le digas todo lo que ha pasado

—Su padre, James, le puso una mano en el hombro, seguida de un abrazo.

—Tenemos que irnos de aquí...

—Cielo, estás en *shock*, tranquilízate.

—¡NO! ¿Es que no os dais cuenta? Es el mismo tío, el mismo que vi en la gasolinera. Alguien quiere matarme, ¿y os parece normal? —Miles había perdido la paciencia.

—Nadie quiere matarte, cielo... —La voz salió de Mary.

Miles estuvo a punto de preguntarle si así era como ella solía tranquilizar a la gente, con esa voz y ese gesto tan poco atractivo. Pero desvió la mirada y no dijo nada.

—Mañana me voy de aquí. Me da igual si es con vosotros —dijo señalando a sus padres—, o es solo, pero me voy.

—Tranquilo, Miles...

—Si estuviera aquí el tío...

—¿Cómo? —A su madre no le gustó nada lo que escuchó.

—Sí, mi tío Jason, tu hermano, ese al que me prohíbes ver o hablar. Era el único...

—Tu tío, ¿sabes lo que es? Es un miserable, y una persona peligrosa, y no quería que estuviera cerca de nosotros.

—¿Siempre lo has odiado, eh? Siempre lo has marginado y es la mejor persona que he conocido...

—Bueno, Miles, ya está bien, no estás en disposición de...

—¿De qué? Si el tío estuviera aquí, ya me hubiera sacado de este sitio... —Miles tenía muy

clara su postura—. Habrá hecho cosas malas, pero en el fondo es una buena persona.

Entre todos, mantuvieron el silencio. No querían empeorar la situación.

Lo ayudaron a moverse. Con tantas emociones, se le había olvidado el dolor que sentía por todo el cuerpo. Cuando los médicos se marcharon, se sentó en el sofá. No le habían diagnosticado nada grave, solo una leve conmoción. Se miró las manos, y vio que las tenía de nuevo doloridas y magulladas. ¿Otra vez? No entendía por qué las tenía así. Apoyó la cabeza sobre la parte posterior del sofá para descansar un poco la vista. Durante algunos minutos, no quería ver a nadie.

Eran las doce del mediodía, y Miles se había incorporado de nuevo. Cuando todo estuvo más tranquilo, Trevor cometió el error de empezar un interrogatorio.

—Y, ¿de dónde venías?

—Trevor... —Su padre lo miró insinuando que se callara.

—¿Qué? —Miles le preguntó con cara de asco.

—A esas horas, pensábamos que estabas en casa. ¿Qué?, ¿quedaste con tu amigo Kevin?

Miles no sabía qué decir, pero ya estaba harto de esa situación.

—¡Pues sí! ¿Qué pasa? Kevin es mi amigo y me da igual lo que penséis de él. No sois nadie para prohibirme verlo.

—Solo lo hacemos por tu bien.

—Lo que estáis haciendo es tocarme las narices y estar persiguiéndome como si fuera un crio, y estoy muy cansado ya.

Miles iba a seguir, pero sonó el timbre. Un hombre de unos cuarenta y pico años, con camisa blanca y corbata negra, entró en la casa.

—Buenos días. ¿Miles?, ¿verdad? —El inspector le tendió la mano.

—Tranquilo, estoy aquí para ayudarte —El inspector lo veía nervioso—. Cuéntame todo lo que pasó anoche.

Según Miles hablaba, el inspector iba tomando notas.

—...me sonó el móvil y...

El inspector lo cortó.

—¿Puedo ver el móvil? Me sería de gran utilidad para rastrear esa llamada. Es por si tiene algún tipo de relación con la persona que te atacó. Pudo haber sido una medida de distracción.

—Sí, claro, voy a por él.

Miles subió corriendo, o al menos, hizo algo que parecía correr, ya que esos dolores lo hacían tambalearse. La última vez que supo del teléfono, fue en el instante en el que ocurrió todo. Es decir, el momento de la llamada de teléfono, segundos antes de que todo se volviera negro.

¿Estaba en el suelo?, ¿en la mesilla? Miles se puso a buscarlo como un loco y se olvidó de cualquier dolor. ¿Y si se lo había llevado el hombre de negro? Bajó al salón.

—No lo encuentro... —Miles se llevó las manos a la cabeza lamentándose—. ¿Y ahora qué hacemos?

El inspector le dijo que se calmara, y le pidió permiso para echar un vistazo en su habitación. Podría haber alguna pista.

Miles le indicó el camino. Mientras que el inspector comprobaba la habitación, el dolor en el cuerpo de Miles volvió a hacer acto de presencia.

—¿Qué?... ¿te duelen? —Jessica le señaló las manos.

—Sí... Espera, ¿cómo? —Miles la miró desconcertado.

—Nada, Miles, te las he visto hinchadas. No sé lo que habrás hecho, pero tiene pinta de doler.

—No he hecho nada para tenerlas así...

—Ya, claro... —Jessica se sentó y se rio por lo bajo, pero lo suficientemente alto como para

que Miles la escuchara.

Después, Jessica se acercó y le dio un abrazo, seguido de un beso en la mejilla.

—El segundo ya, pero no te acostumbres, ¿eh? —Le sacó una sonrisa a Miles.

—Entonces, voy a tener que desmayarme más veces... —Jessica le devolvió la sonrisa. Ella era lo único que le hacía tener, en ocasiones, buenos momentos en esa casa.

Los días venideros fueron difíciles para Miles. Lo convencieron de que no hiciera ninguna locura. Como, por ejemplo, irse en taxi hasta Conroad, buscar un alojamiento en otro sitio, o cualquier incoherencia producto del estrés por lo ocurrido. Durante unos días, quiso dormir en la cama de sus padres. No quería dormir solo. Así mismo, todos los días la policía merodeaba la zona y buscaba gente sospechosa.

El inspector había vuelto para clarificar el asunto. Tenían a sospechosos con perros similares, pero casi todos tenían coartada. A otros, seguían investigándolos, pero no había ninguno que tuviera una indumentaria negra y capucha.

Miles tuvo mucho apoyo de sus padres y de los Mason. Conforme pasaban las semanas, lo dejaban más tranquilo. «Ya era hora», pensaba Miles. Lo distraían tanto como podían. Lo llevaban al cine, al teatro, de compras, a cenar y, por supuesto, a jugar al baloncesto. En definitiva, la normalidad volvía a su vida. Y más, después de coger al presunto intruso. Era un hombre con problemas mentales que vivía en el pueblo de al lado. Tenía un perro idéntico al que Miles había acariciado antes de que sucediese todo. Además, vieron una gabardina negra en su casa y solía ir por Brinwood a comprar cosas. Por las noches, su túnica no pasaba desapercibida ni, sobre todo, que llevara algo así a 30 °C.

Miles, entre tanto, recuperó su móvil. El intruso lo tenía en su casa, aunque estaba inutilizable y no había manera de encenderlo. Quería llamar a sus amigos, pero una de las cosas que no tenía Miles era buena memoria. No se sabía los números de teléfono, y no podía contactar con nadie.

Una mañana, alguien llamó a la habitación de Miles. Era su madre.

—Hola, cariño. ¿Puedo pasar? —Miles estaba leyendo uno de los libros que le habían regalado para su cumpleaños.

—Sí, sí.

Tina llevaba una caja en la mano.

—Mira, sabemos que tu móvil no se puede arreglar —Miles asintió con resignación— De parte de tu padre y de la mía, te hemos traído algo.

Era un móvil, más nuevo y moderno que el que tenía antes. A Miles le gustó mucho, y le dio un beso a su madre en la mejilla.

Al ver que no podía abrirlo con sus propias manos, perdió la paciencia y fue a por unas tijeras. Cogió las más grandes que había en la cocina y cortó el plástico, que estaba bastante «tieso». Ya lo tenía en sus manos. Metió la batería y lo dejó cargando. Cuando iba a salir de su habitación, escuchó algo en la ventana y, cuando fue a mirar, escuchó un segundo golpe. Parecía una especie de pelota de goma. Se asomó y vio a Kevin en la calle. Acababa de recordar que todavía no lo había visto después de lo ocurrido.

Además, no iba solo. Estaba acompañado por dos jóvenes a los que Miles creía haber visto alguna vez en la piscina, e incluso hablando con Jessica, pero poco más. Dejó la habitación, y avisó a sus padres de que salía un momento a la calle. Ya le daba igual si lo veían con Kevin, puesto que había adoptado una actitud de indiferencia. A Kevin ya tampoco parecía importarle mucho acercarse a la zona. Se dieron un abrazo.

—¿Qué tal?, ¿cómo estás? —Kevin le preguntó con cara de preocupación.

—Bien, bien. Ahora que ya han cogido a ese loco, estoy más tranquilo.

—Genial. Mira, te presento a Devin y a Steven.

A Miles no le venía mal conocer a más gente y Kevin buscó más personas con las que pasar el rato. Quedaron por la tarde, ya que Kevin tenía que llevar a su abuela al médico. Ahora que Miles tenía móvil nuevo, se facilitaron el número de móvil (lo apuntaron en un papel pequeño) y se despidieron.

Subía por las escaleras y cruzaba el pasillo cuando encontró encendida la luz de su cuarto. Frunció el ceño, y al entrar, encontró a Jessica con su móvil nuevo en la mano. Se llevaban bien, y a Miles le gustaba Jessica, pero en ocasiones deseaba no vivir con ella. A veces parecía su mejor amiga o algo más, y en otras ocasiones, parecía su peor enemigo.

—¿Qué estás haciendo? —Le quito el teléfono de las manos—. ¿Quién te ha dado permiso para entrar en mi habitación y coger mi móvil?

Jessica le dijo que solo estaba viendo cómo era su móvil nuevo. Sin embargo, según como se expresaba la hija de los Mason, era como si disfrutara de la regañina de Miles, que le estaba gritando. Mary entró en la habitación.

—¿Qué pasa?

—Tu hija, ¡que es idiota! Eso es lo que pasa —Miles había aguantado suficiente.

—Oye. Miles, puedes estar enfadado con Jessica —Mary se puso muy seria—, pero nada de insultos, ¿vale?

—Es que ha entrado...

—Me da igual, pídele perdón ahora mismo.

Miles estuvo a punto de decirle que no era su madre para decirle lo que tenía que hacer. Sin embargo, se limitó a decir, de la forma más adecuada posible, que salieran de su habitación.

—Ten cuidado, a ver si voy a entrar de noche. Ponte un pestillo —Jessica soltó con sorna y le dio la espalda. Mary la siguió detrás.

Mary le dijo algo a Jessica que Miles no pudo escuchar.

—Así no, Jess, lo estás confundiendo. Puedes hacerlo mejor.

—Lo sé, mamá, pero me gusta picarlo.

—No está aquí para qué lo piques, Jessica.

—Vale, vale...

Miles se preparaba para salir. Había quedado con Kevin, Devin y Steven.

Al salir de la habitación, escuchó voces en la habitación de Jessica. Así que puso un poco la oreja, pero hablaban muy bajo.

—...hora... no sé... esperáis...

Escuchaba palabras sueltas, sin sentido. Parecía que hablaba con su padre, ya que reconoció su voz.

—Tranquila... Saldrá bien...

Miles no entendía nada. Bajó, y le dijo a sus padres que había quedado con Kevin. Se miraron y le dijeron que tuviera cuidado, pero Miles ya había cerrado la puerta.

Por teléfono, Kevin le comunicó que se arreglara un poco. Ese día aparcaban el baloncesto, la piscina y cualquier actividad de las que hacían constantemente. Fueron a cenar a un restaurante en el que hacían muy buenas hamburguesas.

8. Fiesta nocturna y... algo más

Había algunos locales que aguantaban abiertos más tiempo. Al haber tan poquitos lugares a los que ir sobre las once de la noche, algunos daban el do de pecho para hacer un poco más de caja.

—Bueno, es muy tarde ya...

—¿Cómo? —Kevin se anticipó—. ¿Ya te vas a casa?

Los chicos todavía no querían terminar la noche.

—Conozco un bar que está abierto hasta las dos. ¿Sabes?, es un milagro encontrar un bar donde tomar algo en un pueblucho así.

Miles aceptó, pero le entraron dudas.

—¿Nos dejarán entrar?

—¿Por qué no? No vamos a tomar alcohol, para eso nos quedan unos pocos años más, lamentablemente —se resignó Kevin.

En efecto, los cuatro amigos entraron sin problemas. Había ambiente y gente de la edad de Miles y compañía. Como mucho, el máximo rondaba los 20 años.

Devin preguntó: —¿Vamos a la barra?

—Vale

—Miles, ¿no serás el típico que se queda en la barra y ya está no? —Steven, Kevin y Devin se rieron—. Vamos a bailar y a hablar con chicas. Además, te vendrá bien después de lo que te pasó —Kevin animó a Miles, que no estaba muy convencido.

—Venga, pero no me quitéis a todas las chicas... —Los chicos rieron y se metieron entre la multitud.

—¡Vamos! —Kevin tenía ganas de marcha.

Eran las dos de la mañana, llevaban dos horas en el local y los cuatro amigos estaban cansados de bailar y de gritar tanto debido a la música alta. Así que tuvieron que salir a tomar el aire. Kevin era el que mejor estaba.

—Madre mía... No puedo más.

—Primera «fiesta», ¿no? —le preguntó Kevin a Miles sonriendo.

Devin y Steven estaban fuera y ligaban con unas chicas.

—Nuestros novios vienen ahora, están en el baño.

Los chicos se alejaron de ellas, no querían problemas. Podrían ser chicos de 20 años y medir el doble que ellos.

Después, siguieron dando vueltas por la zona, charlando y riendo.

Eran las cuatro de la mañana cuando Kevin miró su reloj. Era hora de irse. Los cuatro estaban sentados en el suelo, en plena zona comercial, y estaban más descansados.

—Venga, vamos.

—Bufff con lo a gustito que estaba aquí.

Miles se tocó la cabeza, que le dolía. Miró su móvil, puesto que imaginaba que tendría muchas llamadas perdidas de sus padres. Pero, por sorpresa, no tenía ninguna. Miles se extrañó, era la primera vez que volvía tan tarde a casa.

Kevin fue a despedirse de los chicos, pero al mirarlos, sonrió y les dijo que si iban un rato al parque a charlar un poco más. En el fondo, quería seguir con ellos, se lo estaba pasando bien, y seguro que ellos también.

—No quiero irme a casa, para la primera vez que salimos así...

—A ver si Jessica nos va a ver, que esta chica está siempre en todas partes —soltó Miles con tono molesto.

Fueron al parque que estaba al lado de la casa de Miles.

—Uy, uy, uy, Jessi... —dijo Devin mientras miraba a Miles.

—¿Qué?

—Esa chica con la que vives, porque le gusta un chico, que si no...

—¿Cómo?, ¿qué chico? —Miles estaba desconcertado.

—¿No lo sabías? Estábamos tonteando un día en la piscina, y nos dimos los números de teléfono —Miles recordaba ese momento—, pero resulta que nos dio uno falso.

Steven continuó.

—Luego, ella nos mandó un SMS a los dos y nos dijo que eso era lo máximo que podríamos conseguir de ella

—Primera noticia... —Miles estaba ya más despejado—. ¿Y no sabéis quién es? —Tenía algo de interés, ¿sería el propio Miles?

—Ni idea. Aunque puede ser que se lo haya inventado, ella es así.

—Mejor eso, ¿no, Miles? Que se lo haya inventado y así no te metes en líos con ella —Kevin lo delató.

Devin y Steven miraron a Miles a la vez.

—Espera, espera, ¿te gusta Jessica? ¿Os gustáis? ¿Estáis saliendo?

—No, no me gusta, parad. Y no, no estamos saliendo ni nada...

—¿Os habéis besado? —Estaban delante de él, forzándolo a que dijera algo.

Miles sonrió, pero no quería hablar del tema.

—Bueno, ya nos lo contaras —Devin y Steven lo dejaron por el momento.

Llegaron al parque, se sentaron en los columpios y se balancearon. Los cuatro estaban contando anécdotas de su día a día, cuando un ladrido sonó detrás de ellos.

Miles miró de reojo, y era un perro cualquiera. No le dio mucha importancia, pero este no paraba de ladrar mientras los demás comentaban y reían. Miles miró de nuevo, se bajó del columpio y avanzó unos metros para visualizar un poco mejor al animal.

—No puede ser.

—¿Qué pasa? —preguntó Kevin.

—Es el mismo perro...

—¿Ya lo habías visto? —preguntó Steven—. Será un perro callejero.

—¡NO! Es el mismo —El corazón le empezó a latir más rápido.

Kevin se puso de pie.

—¿Y si lo seguimos? Tengo curiosidad, hay que ver si está con alguien.

—No, no, no, no...

—Vamos, Miles, ¿no estarías más tranquilo si supieras que es un simple perro callejero? Solo vamos a mirar si está con alguien. No puede ser el mismo que acompañaba al que te atacó.

—Ve tú si quieres

—¿Y vosotros?, ¿no venís? —preguntó a Devin y Steven. Ambos se miraron.

—No, estamos bien aquí.

—Vaya medicas que sois.

Kevin se dio media vuelta y se acercó al perro negro. Desde los columpios, los tres chicos vieron como Kevin llegaba hasta el animal. Lo acarició un poco, pero de repente, el perro dejó de ladrar y se fue en dirección al bosque.

—¡Ey, oye! ¡Ven aquí! —lo llamaba Kevin, pero el perro no hacía caso. Se dispuso a seguirlo.

—¿Qué hace? —preguntó Devin. Los tres se miraron.

Lo perdieron la vista, y a los pocos segundos, ocurrió.

—¡Ahhhhh! ¡Ayudaaaaa! ¡Socorroooo!

Era Kevin, estaba gritando tanto que podría despertar casi al pueblo entero.

—¡Kevin! —Miles se asustó—. ¡Tenemos que ir!

Devin y Steven dudaron un momento, pero saltaron del columpio.

Los tres fueron corriendo hacia los gritos. Apenas se veía nada, pero entraron en el oscuro bosque, sin saber a dónde se dirigían. Solo seguían el sonido de los gritos.

—¡Kevin! ¿¡Dónde estás!?! —los gritos se iban alejando poco a poco.

—Chicos... —Devin propuso algo. Estaba jadeando—. Tenemos que agarrarnos de la mano. No quiero perderme por el bosque.

Sin pensarlo, se cogieron de la mano.

—¿Oís algo? —Steven se dio cuenta de que los gritos habían cesado.

—Dios mío... ¿Qué hacemos?

Miles estaba desesperado, no veían nada, no oían nada y no sabían qué hacer. El sudor recorría todo el cuerpo de Miles. Devin y Steven se cogían fuerte de la mano. De repente, sonó un ruido a su alrededor.

—¿Qué es eso? —Miles intentó ver en la oscuridad—. ¿Kevin?

Los árboles parecían estar vivos. Escuchaba los sonidos de ramas chocando entre sí, y una brisa tenebrosa y cálida provocó más miedo entre los tres amigos.

—Chicos, tenemos que volver, tenemos...

Alguien se acercaba. Estaban acorralados, sentían que varias personas los estaban rodeando.

—Kevin, si eres tú, no tiene ninguna gracia...

Antes de terminar la frase, notó algo en la nuca.

Miles se había vuelto a desvanecer.

9. ¿Qué ha pasado?

Se dirigía al centro a comprar algo de comida. Vivía en un motel y no paraba de alimentarse con comida precocinada y preparada. Jason iba en el autobús que lo llevaba, día a día, a Conroad. Hacía menos calor que en días anteriores.

El tiempo en Conroad cambiaba enseguida y, aunque fuera verano, las típicas tormentas de esta estación aparecían más de lo normal.

Oía sirenas de policía o de ambulancia detrás. El sonido se iba acercando más y más. El autobús tuvo que apartarse un poco e invadir medio arcén para dejar más espacio. Uno, dos, tres, cuatro... Jason no daba crédito. Cuatro coches de policía pasaron a toda pastilla por su lado, con dos ambulancias más detrás que intentaban seguir el ritmo de la policía.

Todos los pasajeros se pusieron a mirar por la ventana hacia el mismo punto. Tanto la policía como las ambulancias tomaron la primera calle a la derecha; era la calle Rubish.

Jason se bajaba más tarde, ya que el supermercado estaba unas cuatro paradas más adelante. Sin embargo, al ver la aglomeración de la gente que había en la calle, sumado a que le picaba curiosidad de ver lo que había pasado, decidió bajarse en la siguiente parada.

—¿Qué ha pasado? —Jason preguntó a la persona más cercana que encontró a su camino.

—Ha habido varios asesinatos...

Jason se quedó en blanco.

—¿Asesinatos?, ¿dónde? —Intentaba ver a través de la gran cantidad de gente.

—En el número 34.

Si Jason ya estaba en blanco, consiguió ponerse aún más.

—¿Está bien? —le preguntó la persona con la que hablaba al verlo tan pálido.

—Mmm, sí, sí, estoy bien. Gracias.

Tardó diez segundos en recordar que su hermana ya no vivía allí, pero igualmente necesitaba ir a la casa y ver lo que había pasado. Notaba que tenía que ver algo con su hermana y no sabía por qué.

—Perdón, disculpe... —decía mientras iba haciéndose hueco entre la gente hasta que llegó a la cinta policial que los separaba del lugar del crimen—. ¡Disculpe!

—Aléjese, por favor...

Un agente de policía, que vio que Jason se acercaba más de la cuenta, se acercó.

—¿Puedo pasar?

Jason ya sabía la respuesta, pero tenía que intentarlo.

—¿Es usted familiar o conocido?

—No, yo...

—Entonces quédese aquí, por favor.

—No, pero tiene...

—Aléjese, por favor.

—¿¡Quiere escucharme un momento, por favor!? —El agente lo miró con cara de pocos amigos—. Disculpe, es un momento.

El agente lo guio con la cabeza para que lo siguiera a un lugar más tranquilo y menos concurrido.

—Muchas gracias —Más tranquilo, Jason cogió aire y empezó—: Verá...conocía a la chica que vivía aquí.

El policía tomaba notas mientras Jason le contaba que era hermano de la anterior propietaria de la casa, y que desaparecieron de repente ella, su cuñado y su sobrino. El agente lo cortó.

—¿A dónde quiere llegar?

—Verá, pienso que la o las personas que mataron a esta familia tienen algo que ver en la «espantada» de mi hermana.

—¿Por qué piensa eso?

—Es un presentimiento.

El agente ya había escuchado suficiente.

—Mire, no puedo perder el tiempo con presentimientos —Jason escuchaba mientras el agente sacaba algo de su bolsillo—. Le dejo mi tarjeta con mi número. Ahora no puedo atenderlo, pero llámeme mañana por la mañana y hablamos más tranquilamente.

Jason también le dio su teléfono. El agente tomó nota del nombre, apellidos y el lugar en el que se hospedaba Jason. Se despidieron, y mientras caminaba, se dio la vuelta y se quedó mirando la casa unos segundos. Tenía la intuición de que no era un asesinato sin más.

Caminó pensativo entre la multitud, se guardó en la cartera la tarjeta que le había dado el agente y fue hasta el supermercado. Hizo las compras que tenía pensado hacer, y volvió al motel para comer algo y pensar.

Cuando se acostó, dudaba si dormiría esa noche; tenía muchas cosas en la cabeza.

Más adelante, Jason estaba teniendo una pesadilla. En esta, alguien entraba de noche en su habitación. Serían las tres de la mañana, estaba oscuro y no veía nada. Notó un pinchazo en el brazo, y cuando se quiso dar cuenta, estaba inconsciente.

A la mañana siguiente, antes de llamar al agente, tenía pensado volver a la casa. A ver si así podía hablar con alguien o podía descubrir algo. Se lavó los dientes, se aseó un poco, se puso la primera ropa que encontró en el armario y salió por la puerta.

Sentía un dolor en el brazo. «¿Y esto?», pensó y se levantó la manga derecha de la camiseta. Tenía un pequeño agujerito provocado por lo que parecía ser un pinchazo. ¿No había sido un sueño? ¿Qué estaba pasando? ¿Alguien había entrado en su habitación?

Tras dar unos pasos sin entender nada, le sonó el teléfono. La luz del sol le impidió leer el número, pero igualmente descolgó la llamada.

—¿Sí?, ¿quién es?

—Buenos días, ¿el señor Jason Robinson, por favor?

—Sí, soy yo —Reconoció la voz.

—Llamo del departamento de policía, hablé ayer con usted.

—¡Hola!, justo iba a llamar...

—¿Puede pasarse por comisaría esta mañana?

Jason tendría que visitar el escenario del crimen en otro momento.

—Sí, claro, voy para allá —El agente le dio la dirección y colgó.

La llamada lo sorprendió. El agente había quedado con él en que sería el propio Jason el que llamaría, y no a la inversa. ¿Habrían descubierto algo relacionado con su hermana? Era posible. El asunto del «pinchazo» en el brazo tendría que esperar. Y lo que podía haber pasado esa noche también, aunque podría aprovechar a contarlo ahora que iba a la comisaría. Jason tenía ganas de llegar.

Sentado en la sala de espera, Jason se impacientaba. Quería saber si había alguna noticia acerca de lo sucedido.

—¿Señor Robinson? —Jason, que estaba distraído en ese momento, se sobresaltó.

—Ehh, sí, sí. Soy yo.

—Venga conmigo, por favor.

Una chica joven le hizo de guía hasta llevarlo a lo que parecía un despacho. En el letrero, ponía «Comisario Jones».

La chica le abrió la puerta a Jason.

—Adelante.

—Gracias.

—Buenos días, un placer saludarlo. Siéntese, por favor.

Jason le hizo caso. Se fijó en la persona que acompañaba al comisario. Era el agente con el que había hablado en el lugar de los hechos.

—¿Han encontra...? —Jason estaba muy propenso a iniciar la conversación, pero no fue buena idea.

—Queríamos hacerle unas preguntas.

—Sí, claro —A Jason le extrañó la situación.

Antes de empezar, el comisario le hizo las típicas preguntas, nombre, apellidos, edad, situación laboral, o relación con lo acontecido, entre otras.

—Muy bien —El comisario parecía haber acabado, y el agente tomó la palabra.

—Señor Robinson, ¿qué relación tiene con su hermana?

—Mmm, bueno nos distanciamos y perdimos el contacto.

—¿Y eso?, ¿qué pasó?

—No sé qué tiene que ver esto con lo sucedido... —Jason empezaba a ponerse nervioso, no entendía nada.

—Por favor, responda a las preguntas.

—Discutimos hace años y bueno... Ya le digo, perdimos el contacto. Pero no entiendo...

El agente lo cortó. Estuvo alrededor de un minuto describiendo de cabo a rabo la vida de Jason, su biografía al completo.

—¿Qué hago aquí?, ¿hablamos de mi vida o de lo que pasó en esa casa?, ¿qué narices es esto?

—Tranquilícese, señor.

—No, no me tranquilizo, me gustaría que fueran al grano, por favor.

—¿Quiere ir al grano?

—Sí, por favor —Por un momento, sintió alivio.

—Muy bien —El agente se ajustó la corbata—. No es el protocolo, pero queremos que venga a comisaria siempre que se lo ordenemos o, si no colabora, iremos a buscarlo. ¿De acuerdo?

Jason no sabía si echarse a reír o llorar. Estaba descolocado.

—¿Dónde estaba ayer por la tarde-noche?

—Madre mía, ¿me están acusando a mí ahora? ¿En serio?

—Responda, por favor.

—Estaba en el motel.

—En el motel... —El agente tomó nota.

—¿Usted conocía a las personas asesinadas?

—No, no las conocía.

El agente soltó la bomba.

—¿Por qué no nos dice la verdad, señor Robinson?

Jason estaba a punto de montar un espectáculo en el despacho.

—Usted, agente Romero —Se acercó para leer el nombre que tenía en el lado derecho de su uniforme—. ¿Tiene pruebas? —Le preguntó desafiante.

—Tengo pruebas, señor Robinson, de que usted ha tenido actitudes violentas en situaciones en las que usted ha estado alterado. Eso, sin olvidarnos de cuando está ebrio y de su comportamiento...

—¿Cómo?

—¿Le suena esto? —El agente sacó una bolsa de plástico con una navaja ensangrentada con una marca que parecía una «J» en la empuñadura.

Era la navaja de Jason. Siempre llevaba una por precaución. Por su pasado problemático, nunca sabía con quién podría encontrarse por el camino.

—Repito... ¿Le suena?

—Sí —Miles no sabía por qué había dicho la verdad. Se había quedado en blanco y pensativo. Se había fijado en la «J», así que era suya. ¿Cómo era posible que estuviera en la escena del crimen?

—¿Algo que confesar, señor Robinson?

Jason se recompuso, no sabía qué hacía la navaja en la casa y qué había pasado, pero tenía claro que él no había hecho nada.

—¿Me está tomando el pelo verdad? ¿Dónde está la cámara oculta? —Jason se levantó—. ¿Están ustedes locos?

—Siéntese, por favor —Mientras que Jason se pensaba si sentarse o no, el agente prosiguió—. Una persona de Conroad, de la cual no podemos desvelar la identidad, lo ha señalado como principal sospechoso —El agente guardó la navaja en la mesa mientras proseguía—. Esta mañana, comprobamos de nuevo por si había alguna pista que se nos hubiera escapado, y en efecto, la encontramos.

—¿QUIÉN?

—No podemos darle su identidad, y no grite —Jason se disponía a irse—. No puede irse —El comisario se levantó de su silla y le ordenó, con cara de pocos amigos, que se sentara. Tenían que hacerle más preguntas.

Jason salió por la puerta, pero se vio agarrado por un agente. Tenía tanta rabia acumulada que no pudo contenerse, así que intentó zafarse del agente a base de patadas y puñetazos. Estaba fuera de sí. Jason acabó en el calabozo de la peor manera en la que podía terminar.

10. ¿He sido yo?

La primera imagen que vio fue su mano derecha llena de barro y moratones. Le dolía, y mucho. Enseguida se dio cuenta de que también tenía dolorida la mano izquierda. Miles intentó levantarse. Tenía el cuerpo muy pesado y sentía un dolor inmenso por todas partes.

Se sobrepuso lentamente y consiguió situarse en posición de «perro» para luego sentarse. ¿Qué había pasado? Se fijó en un parque con columpios que había más adelante, entre los árboles, y acto seguido, recordó dónde estaba. Intentó levantarse, pero no pudo. Tenía las rodillas llenas de barro y con heridas. Además, parecía como si hubiera metido los zapatos en un cenagal. Estaba rodeado de árboles, solo y no tenía nadie alrededor.

—¿Kevin!? —Acababa de acordarse de lo que había pasado, de cómo Kevin se había adentrado en el bosque para buscar al perro del hombre de negro. Pero, ¿qué había sucedido?, ¿por qué estaba solo?, ¿cómo había llegado hasta allí? Miró en sus bolsillos buscando su móvil, pero los tenía vacíos.

Estaba amaneciendo, oía el sonido de los pájaros, y el sol empezaba a salir. Estaba justo delante de la cara de Miles, o eso era lo que pensaba, como si no quisiera que el pobre chico pudiese ver a su alrededor. Le impedía ver bien. Se levantó como pudo y fue en dirección a casa. Seguro que sus padres lo estaban buscando. Esperaba encontrar a alguien que pudiera ayudarlo, pero no se hacía ilusiones.

Llegó a casa, todavía sin ser consciente de lo que había pasado. Llamó al timbre.

Abrieron la puerta y se encontró con alguien que no esperaba. El señor Crawford, el hombre siniestro que se dedicaba a asustar por la noche al vecindario, abrió la puerta. ¿Se había equivocado de casa?

—¡Señora!, está aquí!

Mientras Miles observaba si se había equivocado de casa, alguien lo abrazó tan fuerte que pensaba que le iban a aplastar los huesos a pares. No tenía fuerza ni para decir que le hacían daño.

—¿Dónde estabas!?, ¿estás bien!?, ¿qué te ha pasado!?

Las preguntas histéricas de sus padres no cesaban. Miles se dio cuenta de que había más gente de lo normal en casa. Eran vecinos y algunas personas a las que no conocía.

Se sentó en el sofá. Todos lo miraban, algunos con cara de incredulidad, otros con cara de preocupación. —Tranquilo, cariño, descansa. La ambulancia está de camino —Le dijo su madre mientras se tumbaba en el sofá. Estaba derrotado.

Pasadas unas tres horas, Miles abrió los ojos. Escuchaba a su madre hablar con Trevor. Los demás hablaban entre sí.

—¿Cómo se te cayó?, ¿tú sabes lo que has hecho y las consecuencias que puede tener esto, Tina?

—Lo sé, lo sé —Tina estaba sollozando—. Pero lo solucioné, está arreglado.

—¿Mamá...? —Miró a su alrededor y siguió viendo a gente que no conocía. Su madre se secó

rápido las lágrimas y fue hacia su hijo—. ¿Qué pasa?

—Nada, cielo, estamos aquí. ¿Cómo te encuentras? Dios mío, te hemos buscado por todas partes.

—Estaba ahí, mamá, en el parque, entrando un poco en el bosque. ¿Cómo no me encontrasteis? Se miraron, esperando que alguno diera el paso, como si no supieran qué decir.

—Miramos por el bosque también, con linternas, pero no encontramos nada —expresó Trevor. Miles miró a las personas que tenía alrededor, y se reincorporó lentamente. —¿Quiénes son? —preguntó a su padre.

—Son vecinos, y amigos de la familia.

A un lado vio, a Jessica con cara de expectación, y al otro lado, a Trevor y a Mary. No intercambiaron palabras, aunque Miles esperaba alguna muestra de cariño.

Miles empezó a contar lo que había pasado. Conforme iba hablando, se iba poniendo más nervioso.

—...entramos en el bosque, y... y no recuerdo más.

—¿Y Kevin?, ¿dónde está? —preguntó Jessica.

—No sé... desaparecieron... —Miles lloraba—No sé qué pasó...

Todos lo miraban preocupados, cuando alguien llamó al timbre. La policía estaba fuera.

—Ya les digo que antes vinieron compañeros suyos. Y ya les explicamos todo —Tina no quería más policías, solo quería que Miles descansara.

—Venimos por otro motivo, señora, ¿me deja pasar? —A regañadientes, Tina dejó pasar a los dos agentes.

Al fin y al cabo, Miles estaba a salvo, pero había algo que no estaba resuelto. Tanto Kevin como Devin y Steven estaban desaparecidos. Los agentes de policía intentaban comprender lo que había pasado.

Miles les contó lo ocurrido y los agentes le dijeron que los acompañara al lugar donde había ocurrido todo.

—No creo que sea buena idea agente —James no estaba de acuerdo—. No puede andar.

—Creo que nos sería de gran ayuda, señor. No le va a pasar nada a su hijo —Miles miró a la calle como si buscara algo—. Tendremos agentes por todo el perímetro.

—Vale —Miles quería ayudar.

Ayudado por el brazo de su madre, Miles caminó hasta el bosque de detrás de casa. Por suerte, no estaba lejos.

Dos coches de la policía se quedaron en el vecindario y tres agentes comandaban el camino hasta el lugar de los hechos. Junto a ellos, iban Miles y sus padres, que estaban pendientes en ayudar a su hijo en lo que hiciera falta hasta el lugar de destino.

Detrás, iban Trevor, Mary y Jessica. Los vecinos se fueron a sus respectivas casas, al igual que las otras personas que Miles no conocía.

—Aquí estaba el perro —Miles señaló donde estaba situado el animal—. Y por aquí es por donde se fue y por donde lo seguimos después.

Miles dirigía a los agentes. Sabía que iba acompañado, pero estaba intranquilo. Eso, además del dolor que todavía sentía físicamente. Caminaron entre los árboles, pero el terreno no ayudaba a andar correctamente y Miles tenía dudas de por dónde seguir.

—No estoy seguro. Estaba oscuro, y no sé bien por dónde fuimos —Los agentes empezaron a mirar por la zona. Miles añadió—. Pero sí recuerdo que no anduvimos mucho, tiene que ser por aquí.

De repente, un olor a quemado llegó al olfato de todos los presentes.

—¿Oléis eso? —James fue el primero en darse cuenta.

El olor no venía de muy lejos.

—¿Qué es? —Tina se percató de una pequeña humareda que era visible a unos pocos metros.

Los agentes avanzaron mientras sugerían a Miles y compañía que se quedaran atrás.

Había una especie de palos que desprendían calor y humo. Parecía madera. ¿Habían hecho una hoguera?

Los agentes se acercaron a la vez, e inspeccionaron la zona. Miles vio como ambos se miraban mientras se quedaban observando durante unos segundos más.

Se dieron la vuelta y, a paso seguro, se acercaron a los demás. Ambos se miraron de nuevo, hasta que uno de los dos tomó la palabra.

—Tenemos que confirmarlo, pero... creemos que son huesos.

—Dios mío... —Todo el mundo estaba en *shock*. Miles sentía un dolor agudo en el pecho.

—¿Qué... qué quieren decir, agentes? —Tina preguntó.

—Vamos a llamar a un médico forense y estaremos más seguros, pueden ser huesos de animales o no. Hay que esperar.

La situación había dado un vuelco por completo. ¿Y si eran sus amigos? ¿Había sido Miles?, ¿perdía la consciencia y llevaba a cabo actos fuera de su control?

Se encontraba en su habitación, de la cual llevaba tres días sin salir. Sus padres estaban muy preocupados y las noticias sobre los resultados de los forenses los mantenían en vilo.

Había noches en las que quería irse y volver a Conroad, donde era feliz. Desde que había llegado a Brinwood, solo había vivido situaciones que provocaban que cualquier persona fuera de todo menos feliz. Y Miles no lo era. Habían matado a tres amigos suyos, y él podría ser el asesino.

La sensación de agobio era muy grande, y sentía como si estuviera en un búnker sin salida. Su cerebro era una tormenta de sensaciones, hasta que llamaron a la puerta.

Miró por la ventana. Ahí estaban los dos agentes de policía. Aparcaron detrás del coche de sus padres.

No quería salir, no quería escuchar. ¿Habría sido él? La sensación de culpa lo invadía, pero un impulso lo hizo bajar para salir de dudas.

Salió de la habitación y se encontró con Jessica, que bajó a avisar. Miles recorría el pasillo cuando alguien subió por las escaleras. Eran Trevor y Mary, que le aconsejaron que se quedara arriba, y le dijeron que le dirían cualquier cosa al conocer la verdad. Sus padres, al fondo, también le dijeron que era lo mejor. De todas maneras, Trevor y Mary formaban una pared sólida que le impedían bajar por cualquier lado.

Así que volvió a su habitación.

Unos 15 minutos después, llamaron a la puerta. James y Tina entraron y vieron a Miles pálido. Esbozaron una leve sonrisa, pero no fueron muy creíbles.

—¿Qué han dicho?

—Lo siento hijo, pero... —Los ojos del joven estaban a punto de derramar lágrimas—, los agentes nos han confirmado que son ellos; Kevin, Devin y Steven.

—Lo siento, cariño.

Miles se levantó, pero cayó desplomado al suelo.

—¿Miles?, ¡Miles!

Pasadas unas semanas, la puerta de Miles solo se abría para las entradas y salidas de comida, la necesidad de ir al baño o para recibir la visita de algún miembro de la casa. No salía de su habitación aunque sus padres lo animaban, día tras día, a que saliera de ella.

—Todo va a salir bien.

—¿Y si lo hice yo?

11 . Ben

Durante esas semanas, Miles sabía una cosa: las noticias estarían hablando del tema a todas horas y la gente de Brinwood estaría reclamando su detención. Aunque no se asomara por la ventana de su habitación, ni oyera nada fuera, sabía que era famoso y que el revuelo tenía que ser bastante grande. Lo más seguro era que la policía tuviera prohibido el acceso a la zona, salvo a personas relevantes en el caso. Además, varias veces llamaban al timbre. Lo más seguro es que fuera algún familiar de los jóvenes asesinados que estaba buscando respuestas. Le daba mucha pena imaginar cómo lo podían estar pasando sus padres. Era un desgraciado, y había causado un dolor inmenso y una decepción en ellos. Y para colmo, lo tenían encerrado con llave, no fuera que algún día hiciera alguna escapada en plan huida.

Un día, llamaron al timbre. Otra vez, como en los días anteriores, suponía que era gente que venía a pedir explicaciones o a pedir justicia. En cambio, no era nada de eso. Llamaron a su puerta, y entró una persona que cambiaría la vida de Miles para siempre: Benjamin Thompson, «Ben».

Un amigo de los Mason venía a ayudar a Miles. Se trataba de una especie de psicoanalista que ayudaba a las personas en situaciones complicadas de sus vidas. La madre de Miles dejó que Ben diera el paso.

—Mmm, ¿quién es?

Ben le sonrió y le preguntó que si podía sentarse en la silla del escritorio. Miles afirmó, mientras lo observaba. Ben era un hombre alto, muy elegante, con una presencia muy poderosa.

—Hola, Miles, soy Ben. Tenía muchas ganas de conocerte —Miles se puso en una posición cómoda mientras veía a su madre cerrar la puerta de la habitación y lo dejaba a solas con el hombre desconocido.

Ben se presentó y se dedicó a hacerle ver a Miles que lo único que quería era ayudarlo. Parecía un hombre muy agradable y cercano.

—¿Cómo estás?

—Bueno, digamos que mejor, pero no puedo dejar de pensar en ello. Si lo hice o no, lo que pasó... Estoy perdido.

—Entiendo —Ben sabía lo que había pasado y estaba al tanto de la situación—. Todo saldrá bien. Ya verás que en unos días, todo habrá sido una pesadilla.

—Sí, ojalá, pero está siendo una pesadilla muy larga, no puedo más —Miles estaba abatido y rendido.

Ben se fijó en el libro que estaba en la mesa del escritorio. —¿Puedo? —preguntó. Miles lo cogió y se lo colocó en su mano. Se llamaba *El viaje*—. *El viaje*... Un gran libro, Miles.

—¿Lo conoce?

—Por favor, tutéame —Ben era muy agradable, hasta para decirle que le hablara de «tú».

—Sí, lo conozco. Te enseña cosas que la gente pasa por alto, te ayuda a estar en el verdadero lugar de la vida.

—Ahhm... —Miles no entendía nada de lo que le explicaba—. Bueno, es un poco rollo y un

poco filosófico a veces, y muchas cosas no las entiendo.

—Es normal, Miles, todo requiere aprendizaje. Llegará el momento en que lo entiendas.

Le devolvió el libro y Miles lo guardó en la estantería.

Pasaron un rato hablando. El objetivo era que Miles se entretuviera. Cuando acabaron, se despidieron y se citaron para otro día.

Miles se estaba poniendo el pijama cuando alguien llamó a la puerta.

—Un segundo —Se puso los pantalones.

—Miles, ¿puedo pasar? Soy Jessica.

—Sí, pasa.

Iba con un vestido, y arreglada.

—¿Vas a algún sitio?

—No, ¿por?

Miles señaló la ropa que llevaba y ella se miró.

—Es mi pijama, Miles...

—Ah, pues te pones muy guapa para dormir —dijo mientras pensaba que, si ya estaba atractiva con un camisón, cómo estaría cuando saliera por la noche. Llevaba una especie de camisón de tirantes de color rojo.

Le dio las gracias mientras se sentaba a su lado. Le preguntó que qué tal estaba, y cómo había ido la charla con Ben.

—Bueno, ahora estoy bien. A ver mañana.

—Lo siento por no estar ahí estos días, quería dejarte tranquilo.

—Lo sé, no te preocupes —Miles, inconscientemente, se alejaba de Jessica. Se colocó hacia atrás y llegó a la zona de la almohada. Mientras ella se acercaba, lo ponía nervioso otra vez.

—Sabes, me gustaría ir a jugar contigo al baloncesto y que me enseñaras. Cuando estés mejor, claro... —Jessica se empezó a tocar el pelo mientras miraba fijamente a Miles.

—Sí, claro. Aunque las chicas al baloncesto, no sé yo...

—¿Disculpa? Seguro que puedo ganarte. Solo es meter la bola en una canasta, ¿no?

—La bola no, pelota mejor.

—Ains, querido, bola, pelota, cilindro... Qué más da.

—No sé, ya veremos...

Jessicaladeó la cabeza hacia un lado, e hizo un gesto de pena poniendo morros. Mientras, colocó la mano derecha en la rodilla de Miles.

—Venga, vale, pero todavía no.

Jessica se entusiasmó, se abalanzó sobre él y le dio el tercer beso en la mejilla. Eso pilló tan desprevenido a Miles que chocó la cabeza contra la pared de atrás.

Ella, al verlo, se rio, se rio mucho.

—Oye, ya vale —Miles no quería que se riera de él.

—Ahora, tu cabezón tendrá un hijito...

Estaban disfrutando. Jessica quería hacerlo reír, que se lo pasara bien. Y Miles, sin acordarse de malos pensamientos, no podía estar más contento en ese momento.

—Oye, y a la piscina también quiero ir contigo, que tienes que ponerte moreno —le dijo mientras se acariciaba la piel—. Yo, fíjate, te saco mucha ventaja.

Miles la miró con cara de que no era para tanto, tenían un tono muy similar.

—Si es que estás muy blanco —Jessica fue a levantarle la camiseta, pero Miles hizo un atisbo de esquivarla; la reacción natural e inconsciente cuando alguien quiere hacerte cosquillas.

—¿Tienes cosquillas? —Miles no pudo salvarse, no podía con ella, tenía mucha fuerza.

—¿Sabes dónde tengo cosquillas también? —Miles se señaló el trasero. Jessica no se lo podía creer, se llevó las manos a la boca y mostró sorpresa con los ojos.

—Solo hay forma de descubrirlo, no te creo.

Miles se tapó el trasero con ambas manos, pero ella aprovechó para hacerle cosquillas en otras partes del cuerpo. A los dos les dolían las costillas de tanto reírse.

Jessica se levantó, y miró hacia la estantería buscando algo. —Oye, alguna vez te he visto leer un libro...

—Sí, *El viaje*, pero no me entero de mucho.

—¿No? Déjamelos, seguro que te abro la mente, y eso que con ese cabezón debería de entrar sabiduría...

Miles, molesto, le dio un golpe en el brazo. Mientras, Jessica se reía.

Durante las siguientes semanas, Ben parecía uno más. Iba tres veces por semana, pero las cosas seguían sin resolverse. La policía había dejado de ir a casa. Lo último que supo Miles fue que estaban buscando al hombre de negro, y cómo podía estar él involucrado con los asesinatos.

Mientras charlaban una tarde más, Ben se interesó por el *hobby* y el deporte que más le gustaba: el baloncesto.

—¿Sabes? —Ben se hizo el interesante—. Yo también soy un gran aficionado del baloncesto. Decían que iba a ser el nuevo Jerry West, ese jugador de la NBA en los años 60 y 70, pero al final no valoraron mi estilo de juego porque corría como un pollo. Ahí acabó mi carrera.

—¿En serio? —Era la primera vez, en mucho tiempo, que Miles esbozaba una sonrisa con Ben.

Ben se rio. Quería hacerlo reír y que Miles se fuera soltando poco a poco.

—¿Quieres que echemos unas canastas? Me han dicho que hay unas pistas aquí al lado —Hacía bastante tiempo que no iba por las pistas, incluso hacía tiempo que Miles no cogía un balón de baloncesto—. Venga... Lo pasaremos bien.

Miles dudó un segundo, pero pensó que ya era hora de volver a la normalidad poco a poco. Por lo menos, tenía que intentarlo.

—Vale.

Eran las siete de la tarde y no hacía el calor sofocante de los días anteriores.

—¿Mamá?, ¿papá? —A Miles le extrañó que no hubiera nadie en casa.

—Habrán ido al centro a comprar algo —Ben no le dio importancia.

Miles miró una vez más, iba a ir a la zona del sótano, pero Ben lo sacó de sus pensamientos.

—Vamos, Michael Jordan, ¿me tienes miedo?

Miles sonrió y salieron.

—Podemos ir andando —Ben iba directo al coche.

—Lo sé, pero así vamos más rápido, ¿no crees? Yo soy de poco caminar.

Dejaron el coche en el descampado de al lado. No había mucho ambiente, y Miles tenía sensación de miedo y de estar desubicado. Hacía semanas que no salía de casa. Mientras estaba recordando, y antes de arrepentirse y querer darse media vuelta, Ben le quitó el balón.

—Venga, demuéstreme lo que vales —Ben estaba botando el balón, y se encontraba situado en la línea de tres puntos, preparado para un uno contra uno.

—Te voy a ganar, ¿lo sabes no?

Miles entró en la actividad y dejó de lado las distracciones.

Ben era malo, muy malo. Era posible que hubiese metido dos canastas de cien intentos.

—A ver, te dije que me gusta mucho el baloncesto, no que fuera bueno.

—Ya, ya, y ¿eso de Jerry West, entonces? —Miles se lo estaba pasando bien.

—Ya sabes, tenía que picarte un poquito para que salieses de tu habitación.

Continuaron jugando durante un rato. Ben tenía que beber algo de agua a veces y sudaba con mucha facilidad. No parecía la típica persona acostumbrada al ejercicio físico.

Miles se reía cada vez que Ben botaba el balón; cuando se botaba el balón en su mismo pie y más de una vez casi provocó que se tropezara, o cuando lanzaba el balón y no tocaba el aro.

Estaban cansados, así que ambos se sentaron un rato. Estaban discutiendo acerca de las trampas que se habían hecho el uno al otro cuando un par de chicos de la edad de Miles se acercaron.

Antes de que pudieran decir algo, Ben se anticipó.

—¿Qué queréis? —Miles vio que Ben se había puesto muy serio de repente, y se extrañó.

—Mmm, hola, Miles. Éramos amigos de Devin, y bueno...

—No tiene por qué decirnos nada, así que marchaos, por favor.

—Perdone, solo queríamos saber qué pasó en el bosque.

Ben iba a contestar de nuevo, pero Miles le dijo que se tranquilizara.

—No hice nada, no puedo decirte nada más, lo siento.

Los chicos, al ver que Ben los miraba de una forma poco agradable, se despidieron y dijeron que ya se verían en el instituto. No sabía si lo habían dicho en tono amenazante, pero acababa de darse cuenta de una cosa. ¿Y el instituto? Estaban a 30 de agosto y todavía no sabía a qué colegio iba a ir ni nada. Luego le preguntaría a sus padres.

—¿Por qué les hablaste así?

—Estoy aquí para ayudarte, Miles. No debes confiar en nadie, te van a llevar por el mal camino, y más, después de lo que te ha pasado —Ben parecía muy decidido en lo que estaba diciendo.

—Con mi ayuda, tu vida va a cambiar. Solo tienes que confiar en mí y encontraras la felicidad.

—Mmm, vale... Gracias, Ben —A Miles lo convenció.

Estaban en casa. Volvía a su habitación animado después de que su madre le dijera que este año, con lo que había sucedido, no iba a ir a la escuela. Habían llegado a un acuerdo con el director del colegio que estaba a cinco minutos de Brinwood.

No sabía por qué, pero parecía que Ben estaba en casa todos los días. Su presencia daba un aire fresco que le gustaba y lo hacía sentir bien.

—Tengo una sorpresa para ti —Miles lo escuchaba expectante—. ¿Te apetecería ir a una charla sobre *basket*?

Ben le indicó que le iban a explicar los procedimientos que hay que llevar a cabo para conocer todo sobre este deporte.

—¿En serio? ¡Me encantaría!, pero me gustaría preguntarles antes a mis padres.

—Sí, claro. Toma mi teléfono.

Su madre le dijo que ya estaba tardando en ir, pero el joven no las tenía todas consigo. No salía de casa muy convencido.

El viaje duró en torno a 45 minutos. Miles pensó pedirle a Ben que se dieran la vuelta un par de veces. El hecho de salir de Brinwood lo aliviaba, porque se alejaba de todo lo acontecido. Pero a la vez, tenía miedo de estar solo. A pesar de que Ben le caía bien, no era su padre o su madre, lo acababa de conocer, como quien dice. Encerrarse en su habitación era una medida de protección frente al exterior, estaba seguro, del todo.

Ahora estaba en la carretera con alguien que no conocía muy bien, aunque hubiera sido un apoyo importante durante las últimas semanas. El hecho de ir a un lugar en el que hablarían de su *hobby* favorito lo hizo ser fuerte y estar algo animado.

—Estamos llegando.

Miles vio que alrededor solo había campo. Miraba a lo lejos a ver si observaba edificios o algo, pero nada.

Salieron de la zona terrenal y forestal, y llegaron a «**Brangon place**», un barrio que, a lo lejos, parecía incluso más pequeño que Brinwood.

En efecto, al llegar, Miles lo vio más claro. Era más pequeño, pero había más «vida». Estaba bien aprovechado para las dimensiones que tenía, sin duda. Miles miró a los alrededores hasta que vio que Ben paraba el coche.

—¿Es aquí? —Miles vio que no era un edificio muy grande, pero era bastante moderno para ser de ese barrio. Aparcaron el coche y Ben, con una sonrisa, acompañó a Miles a la entrada.

—Bueno, Miles, yo te espero fuera.

—¿Cómo?, ¿no vienes?

—Je, je, no. Tú entra, yo tengo que hacer unas cosas por aquí, en una hora te recojo.

Miles estaba intranquilo, llevaba demasiado tiempo sin salir de su habitación y eso lo había hecho ser muy precavido. En la entrada, había un par de personas robustas. Serían agentes de seguridad, pero su vestimenta no indicaba eso. Ben les sonrió y las dos personas asintieron. Ya se conocían. Ben se despidió de Miles y este se volvió hacia la entrada.

Entró, y descubrió el paraíso. Parecía un hotel de cinco estrellas, pero sin lujos, ni objetos relucientes; todo era natural. Había plantas y árboles de varios tamaños en medio de un vestíbulo. Parecía de todo menos un lugar en el que hacían conferencias sobre algún tipo de deporte.

Alguien estaba detrás.

—Hola. Miles, ¿verdad? —Una mujer de unos 40 años, muy sonriente, se presentó ante él— Bienvenido, ¿me acompañas?

Miles aceptó. Todavía no sabía muy bien dónde estaba realmente.

—Perdone, la charla de baloncesto, ¿dónde es?

Ya llevaban un rato caminando. Era mucho más grande de lo que parecía. La gente a su alrededor llevaba una vestimenta similar y lo miraban de forma curiosa.

La mujer le sonrió y le dijo que ya estaban llegando.

Miles se encontraba ante una sala no muy grande en la que un grupo de personas miraba hacia una misma dirección. Alguien iba a hablar.

La disposición del sitio le parecía rara, pero se sentó en el suelo con los demás. ¿No tenían sillas?

Las personas que había en la sala estaban arrodilladas sobre unas mantas. Tenían las manos sobre las rodillas, y todos miraban de frente con gesto de expectación.

Lo guiaron para que se pusiera en una zona en particular, como si tuviera reservado ese sitio para él. Había una bolsa a su lado.

La mujer que tenía a su derecha lo animó con la mirada para que abriera la bolsa.

Había una manta. Eso le gustó, siempre que se ponía sobre un asfalto duro le molestaban las rodillas. Al sacar la manta, encontró un libro. No tenía portada, ni dibujos, ni letras. Nada por delante ni detrás. Estaba forrado con una especie de tela de seda blanca.

¿Se había equivocado de sala? Miles pensó en preguntar, pero, en ese momento, alguien salió al escenario que había al otro lado. Un hombre delgado, con barba muy negra, y calvo se presentó ante todos.

—Bienvenidos, amigos.

12. El comienzo

Volvían en el coche, y Miles seguía pensando en lo que había presenciado durante la hora que había estado en ese sitio tan peculiar. Estaba pensando tanto, que aún no se le había ocurrido preguntarle a Ben por qué lo había llevado a un lugar en el que no hablaban de baloncesto y por qué le había mentido.

Ben le explicó que lo sentía, pero que era la única manera de abrir la mente y no seguir encerrado en todo aquello que lo atormentaba. Miles pensó que «menudo terapeuta que miente a sus pacientes para conseguir lo que quiere».

No quería ir de nuevo, se sentía engañado. No le disgustó lo que vio, pero no le había gustado nada que lo usaran de esa manera.

Sus padres intentaban convencerlo, querían verlo bien.

—¿Queréis dejarme? Y os he dicho que no...

—Miles, lo hacemos por tu bien.

—¿Mintiéndome? Para la próxima, podríais hacerlo mejor...

Tanto Tina como James se miraron, tenían que usar la última bala.

Jessica entró en su habitación. Quizá era la persona en la que más confiaba de esa casa.

Se dieron un abrazo.

—Se piensan que trayéndome a gente desconocida y engañándome, me van a convencer para llevarme a un sitio a escondidas, y que voy a seguir por gusto...

Llevaban unos minutos, y Miles seguía negado.

—Con todo lo que he hecho por ti, preocuparme y estar contigo —Jessica acarició la cara de su amigo—. Necesito que hagas esto por tus padres, y... por mí.

—Mis padres no dejan de agobiarme...

Estaba a pocos centímetros de Miles.

—Por mí... Si no, seré la chica mala que conociste al principio —Miles creía que lo decía en broma, pero no lo parecía—. Me gustas, pelirrojo, y aquí encerrado no vas a hacer nada. Prométeme que lo harás.

—Si vienes conmigo, voy. Necesito tener a alguien de confianza a mi lado.

—Yo no puedo ir, esto lo tienes que hacer tú —Miles vio como brillaban los preciosos ojos de Jessica, parecía emocionada—. Piensa una cosa, si vas allí, cuando ya estés como nuevo, tendrás más ganas de que te vuelva a besar.

—Pues sí, porque hasta ahora, tres son insuficientes.

—Te los tienes que ganar... —Jessica sabía cómo tener a Miles en la palma de la mano—, pero te doy uno ahora si me prometes que irás a las sesiones.

—Vale —Miles parecía menos nervioso, le gustaba esa sensación en la mejilla. Puso la espalda recta y la miró. Miles no podía aguantar su mirada.

El beso estuvo más cerca de los labios que nunca. Miles quiso besarla y no soltarla, pero el miedo se lo impidió. Vio como ella se apartaba y se ponía de pie.

—Ahora, quiero que llames a tus padres y les digas que vas con Ben a Rango Place.

Jessica se lo dijo más seria de lo que esperaba, parecía su madre. Miles seguía en una nube y se le limitó a decirle:

—Vale, vale, lo haré.

Jessica se dio la vuelta como si tuviera prisa y salió.

Ben veía pasos hacia adelante en su comportamiento, pero todavía no lo veía capaz de dar el paso. Sin embargo, que saliera relajado y con la tranquilidad de repetir otro día era positivo. Miles era reacio a ir más de una vez a la semana, pero a partir de unas tres sesiones más, aumentó de uno a tres días a la semana.

«Cada vez que salgo, me encuentro con más energía». Esas eran las palabras que Miles decía siempre que salía de cada sesión. Al principio, no estaba del todo convencido. Había cosas que no le cuadraban: el hecho de ir a un centro, a aulas cerradas en las que muchas personas buscaban ayuda para salir adelante con sus problemas. Pero, poco a poco, empezó a entrar de lleno en las actividades que se proponían. La estancia en su casa era incluso familiar, y llevaba un mes en «terapia». Se había olvidado del tema de los asesinatos de sus amigos. No sabía cómo seguía la investigación, ni tampoco le importaba. Ahora, empezaba a ser feliz otra vez.

Miles estaba leyendo un libro. Uno que le recomendó «ÉL», el guía, el profesor, el terapeuta que estaba ayudando a Miles y a todas esas personas con dificultades. Nadie sabía su nombre.

A su derecha, estaba George y a su izquierda, Penny. Se trataba de dos chicos que había conocido en las sesiones. Eran muy majos y los empezaba a considerar sus amigos.

—¿Qué tal lo llevas?, ¿cómo te hace sentir el libro? —preguntó Penny.

—Bien, la verdad. Se parece mucho a uno que me regalaron mis padres.

—¿Seguro que se parece? —apoyó su mano sobre el hombro de Miles.

—Bueno, más o menos...

—Todos conocemos *El viaje*. Lo estamos leyendo día a día, tú lo lees día a día con nosotros.

Miles había estado leyendo el mismo libro que tenía casa, y no se había dado cuenta.

«...de manera pausada, vamos renovando el puzle de nuestro pretendido, el más que difícil acertijo de nuestra aptitud, creador de todo lo que sucede en las nuevas existencias...»

George y Penny, que parecían entendidos del mensaje que ofrecía el libro y de sus ideas, explicaron a Miles que uno debe de sacrificar su «yo» anterior y forjar una nueva identidad cueste lo que cueste. Hacían referencia a un ser que ayudaba a olvidar sus temores al que leyera ese libro, y también ayudaba a conocer a quién debía tener a su lado y a quién no. Además, afirmaba que la familia era lo más importante y con quien te debías juntar, y que jamás los debías dejar de lado porque ese era el camino hacia una salvación personal.

—Sí, pero... ¿Y si lo hice yo?, ¿y si maté a mis amigos? Siempre quedará en mi cabeza — Miles sabía que le costaría desprenderse de aquello, y que siempre tendría miedo de que algún día la policía resolviera el caso y se lo llevaran.

—No entiendo cómo ha cambiado tanto mi vida. Yo era feliz en otro barrio que se llamaba Conroad, y me ha costado mucho adaptarme a mi nueva vida —Miles se lo explicaba, pero ellos ya conocían la historia.

—Sabemos tu historia, a todos nos ha pasado. Todos, cuando cumplimos 15 años, tenemos que comenzar el cambio...

Miles no lo entendió. Vio como Penny y George le sonreían.

—¿Cómo sabéis...?

Los dos lo cogieron de la mano.

—Si sigues leyendo *El viaje*, lo entenderás, nosotros estamos contigo.

George y Penny eran encantadores, tanto en las sesiones, como cuando leían en el «parque» que tenían dentro del centro. Era un intento de ayudar y de mostrar su apoyo. Ellos llevaban más tiempo con ÉL, y se notaba. Había sesiones de pilates, de yoga, de meditación... Organizaban pequeños grupos para hablar sobre la vida. Miles estaba feliz, y cada día, más.

Cada vez que llegaba a casa y cada vez que recordaba sus miedos, repetía en su cabeza diferentes frases, rezos o palabras que lo hacían sentir mejor.

Un día más, Miles se despidió de sus padres y de los Mason. Lo miraban orgullosos; sabían que se estaba curando y que iba por muy buen camino. Cada vez que iba al centro, era un avance más hacia su liberación y hacia la felicidad para su persona.

Miles paso de un día a tres días por semana, y acabó llegando a cinco veces por semana, de lunes a viernes. Cada vez se olvidaba más de sus amigos, de su *hobby* favorito y de su «yo» anterior.

—Tienes que mejorar, Miles, este grupo forma parte de ti, y todo lo que sea no estar junto a tus compañeros no servirá para nada.

ÉL era muy estricto con Miles, el cual se sentía culpable. Sentía que no agradecía lo suficiente lo que estaban haciendo con él y que los estaba fallando.

Un día Miles, salió al escenario. Todos, con la túnica blanca, lo miraban fijamente.

—¿Quién eres? —No entendía muy bien la pregunta.

Estaba preocupado, cada vez que llegaba a casa estaba más y más contento, pero no sabía si su aprendizaje estaba siendo pleno.

—Tu casa es esta ahora, lo demás ya no importa, solo estáis tú y tu familia, y si no dejas el pasado atrás, volverás a estar perdido.

—Tendrás que hacer sacrificios para ser uno más, para ser libre. Y para eso, habrá que castigar a quienes no piensan como nosotros. Depende de ellos, porque esos son malas personas.

Un día, en casa, Miles estaba hablando con Jessica.

—A veces, tengo miedo, Jessica —Miles se estaba confesando.

—¿Por qué?

Le explicó que, al principio, se sentía bien. Pensaba que lo estaba ayudando a mejorar y a olvidarse de todo. Sin embargo, se sentía en deuda con ÉL y con el grupo por no saber seguir sus mensajes en algunas ocasiones.

—Ellos cada vez son más mi familia, como vosotros, pero... siento que no estoy poniendo lo suficiente de mi parte.

—No es fácil, pero una vez que lo consigues, el paraíso es el siguiente paso —Jessica le dio el empujón que necesitaba. Le preguntó si podía ir con él un día. Así, podría ver de primera mano las sesiones y de esta forma, podría ayudarlo como fuera. A Miles le pareció buena idea; se estaba sintiendo culpable y necesitaba un apoyo.

Ben se había convertido en una especie de chófer. Pasaba tiempo con su familia y lo llevaba al centro cada día. No sabía si hacía lo mismo con los demás y los llevaba también a sus quehaceres.

Estaba cansado, con sueño, pero lo obligaban a ir a las sesiones de primera hora. Tenía que madrugar mucho y lo obligaban a hacer, para el siguiente día, trabajos sobre lo que habían hablado el día anterior. Y eso lo tenía en pie hasta altas horas de la madrugada.

A la mañana siguiente, Miles estaba en el centro, ya que iba de lunes a viernes, tanto por la mañana como por la tarde. Estaba cansado, pero sabía que era necesario acudir.

En una de las sesiones, Miles se estaba durmiendo y se le cerraban los ojos, cuando ÉL lo llamó y le dijo que se pusiera en el centro de la sala. Todos se pusieron alrededor de él y

formaron un círculo.

ÉL les dijo a todos que dijeran todo lo bueno que pensarán sobre Miles, ya que este necesitaba un impulso.

Todos acabaron en un abrazo. Iban abrazando a Miles, y le decían que lo estaba haciendo muy bien y que todos estaban con él. ¿Qué había hecho para merecer tanto cariño? Estaba muy agradecido.

Un día estaba en casa, y sus padres lo veían contento. Sabían que estaba cambiando, y quiso salir un poco a hacer algo que no fuera ir del centro a casa y de casa al centro.

—ÉL me ha dicho que no puedo relacionarme con la gente del barrio. Me dicen que tengo una misión, pero todavía no sé cuál es — Miles sentía algo de confusión en ocasiones—. ¿No debería empezar a relacionarme con la gente?

La respuesta a esa pregunta llegó a los oídos de ÉL. Una de las cosas por las que Miles iba al centro era para recibir la información necesaria, la cual debería saber. Nada amistades, nada de contacto con gente fuera del grupo familiar, y si quería conseguir la liberación personal, tendría que entender realmente lo que estaba haciendo.

—Ponte en el centro, Miles —le ordenó ÉL de forma seca.

Miles pensaba que iba a recibir más muestras de cariño, pero nada de eso.

—No terminas de adaptarte, Miles, necesitamos darte un empujoncito.

ÉL le explicó lo que les pasaba a sus seguidores siempre que no seguían a rajatabla la misión del grupo. Miles sabía que existía una divinidad en los libros. En ellos, se daba a entender que todo en la vida era una mentira; la realidad divina la forjaban los valientes que se juntaban ajenos al mundo exterior, y para eso había que hacer sacrificios.

Recibió el primer golpe en el costado, y mientras el grupo rezaba una oración, recibió el segundo golpe en la pierna. Miles no sabía qué estaba pasando. Llegó a recibir hasta diez golpes en diferentes partes del cuerpo hasta que el grupo se abrió de nuevo.

—Se te ha ordenado una misión, Miles, y la tienes que cumplir.

Durante las siguientes semanas, siguió recibiendo golpes siempre que no estuviera a la par con sus compañeros. Ahora entendía por qué algunos del grupo tenían marcas en varias partes del cuerpo: eran cicatrices. Poca gente podía llegar a estar preparada para el ritual final si no seguía el proceso correctamente. Llevaba un mes encerrado en el centro, no podía salir, y lo tenían en un cuarto a oscuras, como si fuera un perro. Sin embargo, con el paso de los días, Miles empezó a entender la situación.

—Estoy listo —le dijo un día a ÉL.

ÉL sonrió.

13. Sacerdote Sullivan

Jason llevaba unas semanas trabajando de camarero en Conroad. Estaba bien, relativamente bien, y seguía viviendo en el motel. Por lo menos, podía pagarse el alojamiento y vivir con lo justo día a día. Ya había olvidado el asunto por el que había estado un par de días en el calabozo, pero sentía que no tenía ayuda por ningún lado. Desde la policía local, semanas después de la acusación, se disculparon con él por haber hecho una acusación errónea. El cuchillo era de él, pero debido al pinchazo y a la sustancia que encontraron en su cuerpo, se pudo verificar que, en efecto, no fue una pesadilla. Habían entrado en la habitación de Jason y lo habían drogado. Además, las puñaladas tampoco coincidían con las del asesinato. Así que, por el momento, estaba tranquilo. Había recibido una compensación económica de \$500, pero lo tenían vigilado porque seguía habiendo algo que no les cuadraba. La policía se dispuso a buscar a la persona que hizo la falsa acusación, pero la tal Verónica Smith Davis no existía.

—Llevaba peluca, documentación falsa, y lo tenía todo preparado por si algo salía mal. Estamos en ello, nos pondremos en contacto con usted si averiguamos algo —Esas fueron las últimas palabras que le llegaron a Jason.

Una mañana, vio entrar a un sacerdote, o por lo menos, lo parecía por su vestimenta. Iba completamente de negro, con el alzacuello blanco.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó Jason al sacerdote.

—Hola, sí. Quería un café y un trozo de tarta, por favor.

Cuando el sacerdote recibió lo que había pedido, y tras dar las gracias, aprovechó el momento.

—La que lio en la comisaria, ¿eh? —le dijo a Jason con sonrisa.

Jason, lógicamente, se quedó contrariado.

—¿Perdón?

—Disculpe mis modales. Soy el sacerdote Sullivan. Yo lo «saqué» de la cárcel.

—Pero, ¿cómo...?

Jason había olvidado aquello. No sabía si dar las gracias o preguntar por qué le había pagado la fianza o cómo lo había encontrado. El sacerdote entendió el momento y, con una sonrisa, le comentó que quería hablar con él de unos asuntos. Le dijo que se pasase por la iglesia que hay en el barrio. Después, pidió que le pusieran su comida para llevar, y se fue. Jason, con la intriga, aceptó y se acercó la iglesia al salir del trabajo, a eso de las cinco.

Una iglesia, no muy grande, estaba ante Jason. La fachada principal, con un estilo barroco, estaba llamando su atención cuando vio a un sacerdote en la puerta. No era la persona que había conocido en el bar.

—Hola, buenas. Preguntaba por... —Jason acababa de darse cuenta de que no sabía el nombre del sacerdote.

—Sí, el sacerdote Sullivan lo está esperando. Bienvenido a la casa de Dios.

Entró despacio. En medio del silencio sepulcral típico de cualquier iglesia, vio a un hombre

sentado en uno de los bancos.

Jason se acercó.

—¿Usted es cristiano, señor Robinson? —esas fueron las primeras palabras que salieron del sacerdote, el cual miraba a Cristo crucificado al fondo.

—Bueno, digamos que no pienso mucho en esas cosas. Soy neutro.

—Entiendo, es respetable. Cada uno tiene sus creencias, claro que sí —Antes de que pudiera pedirle al sacerdote que fuera al grano, este continuó—: ¿Sabe? A veces, la gente trata a Dios de forma injusta y lo utiliza para llevar a los demás al lado erróneo.

Jason lo tuvo que cortar.

—Disculpe que lo corte señor, pero... ¿qué hago aquí?, ¿por qué pagó mi fianza?, ¿qué tiene que ver conmigo esto que me está contando?

El sacerdote lo miró con cara de arrepentimiento.

—Disculpe, a veces me pongo a hablar y hablar y no consigo cesar...

El sacerdote Sullivan le contó a Jason que lo había visto entre la muchedumbre, en la calle, el día del asesinato. Observó lo que hizo y le explicó lo que vio cuando dejaron entrar al sacerdote en la zona del crimen días después. Tenía la suerte de que un hermano suyo fuera policía, y le había hecho el gran favor de dejarlo entrar a «escondidas» sin ser visto.

—Luego, nos enteramos de que un compañero nuestro había desaparecido. Creemos que, lo que pasó en esa casa que antes era de su hermana, tiene relación con lo que le ha pasado a uno de nuestros hermanos.

Jason no acababa de entender, y el sacerdote no tenía prisa por ir al grano. Sin embargo, esta vez apuró un poco más.

—El objeto que vimos en el suelo de la casa nos ha hecho creer que su familia y nuestro hermano, el sacerdote Gregory, están en peligro.

—Pero... ¿Qué hay en ese objeto como para que deduzcan todo eso? —Jason se estaba asustando.

—No se lo podemos decir hasta que no estemos seguros, pero... —Sullivan trago saliva y volvió a mirar a la figura de cristo en busca de respuestas—, por eso lo ayudé a salir del calabozo, señor Robinson. Necesitamos su ayuda para salvar a nuestro hermano.

El sacerdote le explicó cómo se pusieron a investigar en la iglesia. Así mismo, le dijo que tras sus confirmaciones sobre los hechos que se estaban produciendo, sacar de la cárcel a una persona tan importante para el desarrollo de este problema resultaba primordial.

—Preguntamos a todos nuestros hermanos antes de saber cuál de nosotros había desaparecido. Gracias a eso, descubrimos que el hermano Gregory había desaparecido justo al lado de un barrio en el que, curiosamente, no hay ninguna iglesia, ni cripta, ni nada. El barrio se llama Brinwood, y creemos que es ahí donde han podido ir las personas que estamos buscando.

Jason acababa de recibir la información necesaria para volver a meterse de lleno en ese asunto que tantos problemas le había dado, aunque ya lo hubiese dejado de lado. ¿Su hermana estaba en peligro?, ¿su cuñado, su sobrino?, ¿qué estaba pasando? Jason estaba cerca de dar el paso definitivo.

El sacerdote Gregory estaba a punto de llegar a la iglesia del distrito de Auburn Place, a unos 16 kilómetros de Brinwood. Tenía que recoger unas cosas que se le habían olvidado antes de volver a casa, y acababa de tomar un café con unas monjas en el bar más cercano.

—Buenos días, padre-sacerdote... — Un par de hombres de unos 40 años se acercaron a él.

—Soy el sacerdote Gregory, ¿os puedo ayudar, señores?

Les dio la mano con una sonrisa, pero los dos hombres no lo saludaron con el mismo respeto.

Incluso dudaron en darle la mano. Accedieron, y poco después se estrecharon la mano mientras se miraban mutuamente con cara de asco. Al momento, cambiaron a una actitud más amable.

—Necesitamos su ayuda. Hace un par de días, un hombre nos dijo que, si no éramos cristianos, tendríamos que arder en el infierno. ¿Es verdad que iríamos al infierno, mi querido sacerdote?

Los hombres parecían amables, pero lo miraban de una forma que al sacerdote le generaba inquietud. Aun así, sin problemas, Gregory se dispuso a ayudarlos.

—Vengan a la iglesia, queridos amigos, y hablamos de esto tranquilamente. Me iba a casa, pero nunca rechazo a ninguna persona en la casa del señor, sea la hora que sea.

—Bueno, antes de entrar, nos gustaría que nos diera una opinión adecuada y general acerca de esto. Estamos hablando con otros sacerdotes, y buscamos un punto de vista más concreto.

Uno de los hombres hablaba y el otro asentía. Le daban malas vibraciones, pero los sacerdotes no pueden juzgar a ningún hijo de Dios por sus apariencias.

Se toparon, por desgracia para él, con el sacerdote más sincero, extremista y honesto posible.

—Verán, la Iglesia dice que tenemos que aceptar a todos en el reino de los cielos. Pero, sin duda, quien no siga a Dios debería ir al infierno —Lo dijo en voz baja, por si alguien de alrededor lo escuchaba—. Yo respeto, pero ustedes deberían hacer conciencia de sus actos. El Señor, por mis ideales, debe elegir entre la gente que es cristiana y la que no.

Los hombres estaban sorprendidos, no era normal escuchar esto de una persona que trabaja para la Iglesia. Pero era justo lo que estaban buscando, alguien con ideas contrarias a lo que normalmente escuchaban.

—Vaya, sacerdote, entonces deberemos tener muy en cuenta lo que nos ha dicho.

El sacerdote quería echar marcha atrás y modificar sus palabras para que no lo malentendieran, pero los dos hombres estaban satisfechos.

—Para cualquier confesión o consulta que quieran hacer, ya saben dónde estamos. Cualquier persona en este mundo está a tiempo de ir al reino de los cielos.

Se despidieron del sacerdote. Cuando este fue a cerrar la puerta por la que se accedía a la iglesia, vio que los dos hombres no se habían ido. Seguían despidiéndose al unísono, como si fueran robots que se movían de igual manera. Cuando vieron al sacerdote desaparecer, los dos se rieron a carcajadas.

—Vamos a por él.

Estaba en su habitación recogiendo algunas cosas cuando oyó que entraba alguien. Estaba lo suficientemente cerca como para escucharlo.

—Qué tarde —Se extrañó de que alguien fuera a la iglesia a esas horas. Eran las diez de la noche.

También era verdad que, dejar abierta la iglesia, aunque fuera un momento, era algo peligroso por lo que pudiera pasar. Y, así pasó.

El sacerdote cerró la puerta de su habitación con todo lo necesario y se dirigió a la puerta. La vio cerrada, se giró, y miró hasta donde yacía Jesús crucificado, pero nada.

Hizo una mueca, pero antes de salir, escuchó que algo se había caído al suelo. Parecía metálico. Fue a mirar, pero prefirió irse; no le estaba dando muy buena espina. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada, no podía salir.

«¿Qué narices?», pensó. Forcejeó con fuerza, con mucha fuerza, pero nada.

Menos mal que tenía la puerta que hay entre las habitaciones para emergencias. Se dirigía para allá cuando escuchó caer al suelo otro objeto.

Aceleró el paso, pero cuando llegó a la puerta comprobó que también estaba cerrada. Se

estaba empezando a asustar. Esa puerta solo se podía abrir y cerrar desde dentro, y no tenía la llave en ese momento.

Volvió rápido hacia el vestíbulo cuando, a lo lejos, vio una figura. Se quedó parado, no veía bien quién era ya que estaba muy oscuro.

—¿Señor, eres tú? —Nunca había visto al Señor, ni a Jesucristo, ni a la Virgen, pero estaba deseando que fuera uno de ellos y no otra persona.

—Has obrado mal, hijo. ¿Qué has hecho? Has defraudado a todo aquel cristiano y no cristiano por poder ser elegido para llegar al reino de los cielos —La voz salía de eco—. Has deshonrado a la familia cristiana.

Francisco se puso de rodillas, con las manos juntas. —Señor, te suplico que me perdones, no quise ofenderte.

—Sufrirás tu castigo.

Gregory se quedó helado. —¿¡QUÉ!?, ¿¡CÓMO!?

Vio a la sombra ir corriendo hacia él. El sacerdote se fue a dar la vuelta, cuando se encontró a otra figura. Estaba acorralado.

—¿Qui... quiénes sois? —Estaba aterrado.

—Somos su castigo, querido sacerdote —rieron a carcajadas—. Lo buscábamos a usted, realmente nos dan igual sus creencias cristianas —El sacerdote los miraba asustado—. Ha hecho investigaciones y acusaciones sobre nosotros, y no podemos permitirlo.

El sacerdote quiso defenderse, pero le resultó imposible. Recibió un golpe en la cabeza, y cayó desplomado.

14. Uno más...

Después de pasar unas semanas encerrado en una de las aulas del centro solo, y reflexionando sobre lo que tenía que hacer, Miles, por fin, salió. Lo llevaban a la prueba definitiva para saber si era digno o no.

ÉL le dijo que lo vería allí. Estaba adormilado, notaba el cuerpo pesado, y su mente no daba para razonar mucho. Lo habían estado drogando y Miles no lo sabía. Bebía y comía, como cualquier día, sin notar nada raro.

Miraba por la ventanilla, con la mirada perdida. La noche no lo dejaba ver con claridad, pero podía ver que había árboles, prados o llanuras a lo lejos.

Dentro del estado en el que estaba, Miles fue capaz de reconocer su barrio. Estaban en Brinwood. ¿Qué hacían ahí?, ¿a dónde lo llevaban? Pensó que lo llevarían a casa a descansar, que era lo que necesitaba. Pero, en realidad, no estaba listo. Mintió a ÉL para que lo dejaran salir, y parece que lo había conseguido.

Aparcaron, y Miles quedó dormido en un profundo sueño. Lo despertaron, más o menos, un par de horas después, y lo sacaron del coche. Un hombre y una mujer lo agarraban.

—¿Mamá?, ¿papá?

Mientras Miles llamaba al timbre, el hombre que tenía a su izquierda sacó una llave. ¿Tenía llave de la casa? ¿Quién era? Miles no alcanzaba a mirarlo.

Entraron, pero no había nadie, estaba oscuro.

—¿Dónde están mis padres?, ¿Jessica?

No recibió respuesta. Las dos figuras iban a una parte de la casa que no lograba reconocer. Sin embargo, cuando escuchó una voz conocida, se adormiló un rato.

Jessica venía hacia él, e iba vestida con un atuendo muy raro.

—Miles, llegó la hora —le dijo ella con una cara diabólica. Lo cogió y lo acercó a las escaleras que daban al sótano oscuro.

—¿La hora de q...? —Antes de poder hacer la pregunta, notó un pinchazo en el brazo. Esta vez, en lugar de ser otra droga para adormilarlo más, notó un subidón de adrenalina muy grande. Era como si se hubiera tomado cinco latas de Red Bull del tirón.

—Déjame, ¿qué haces?

—Miles, cuando uno cumple 15 años, todo comienza. Yo me quedé alucinada cuando empecé mi liberación hace un año. Es maravilloso.

—Espera, ¿cómo? —Empezaba a entenderlo todo: la mudanza, por qué se fueron de Conroad el día de su cumpleaños... —. ¿Me estás diciendo que estaba todo preparado?

Ella sonrió, como si le hubieran hecho un cumplido. Detrás de él, se cerró la puerta.

—Vamos —Jessica estaba lúcida.

—¿Qué haces así vestida?, ¿qué narices está pasando? —Miles se estaba asustando.

Bajaron, y estaba todo oscuro salvo la parte central de la sala. En ella, había una especie de tabla alargada blanca, y tenía una luz roja arriba que alumbraba la parte central.

—¿Qué-qué-quééé pasa aqq-aquí? —Vio unas figuras negras que formaban un círculo.

—Ven, cariño. Solo un pasito más —Era una voz conocida, ¿su madre?

—Vamos, campeón, es tu momento. Tienes que demostrarlo —¿Era su padre?

Sus padres se acercaron. Iban vestidos de negro, y con la capucha negra apenas se les apreciaba la cara. ¿Dónde había visto alguien así antes? Recordó la gasolinera, cuando iban a Brinwood. Había visto a una sombra negra en el bosque de al lado. También recordó a la persona que había entrado en su casa con el perro.

Mientras que le decían que se tranquilizara, veía como le ponían el colgante que le habían regalado para su cumpleaños. Es más, se fijó en que todos lo llevaban. ¿Qué significaba ese colgante?

Unas personas que tenía detrás le pusieron la túnica encima. Lo hicieron de una forma tan rápida, que ni se dio cuenta de cómo lo habían hecho.

Sus padres iban hacia atrás, y se unieron al círculo que se había creado. El grupo empezó a cantar una especie de oración que parecía sacada de alguna película de terror.

Pararon de cantar. ÉL tomó la palabra, pero decía frases que no entendía. Dejó un cuchillo enorme en la mesa blanca que Miles tenía enfrente. Este hizo varios amagos de irse, pero veía capuchas negras allá dónde mirase. No podía escapar.

Un par de figuras abrieron un hueco y ÉL lo aprovechó para abrir una especie de puerta. Miles recordaba que había puertas alrededor. Mientras Miles esperaba, personas diversas del grupo le daban ánimos. «Hazlo», «Sé libre», «Castigo», «Sé digno».

Mientras miraba a sus padres, de reojo vio que Trevor y Mary también estaban. Escuchó unos gritos de fondo, parecían jóvenes. Una de las voces era más adulta. ¿Ben?, ¿también estaba Ben?

—Vamos, ya lo has hecho antes —Jessica tomó la palabra. Miles no sabía a qué se refería—. Ya nos has ayudado antes. Si no, ¿por qué pensabas que te dolía el cuerpo después de las siestas que te echabas?

Miles había sido drogado en más de una ocasión. Era una droga que lo hacía estar en una especie de sonambulismo, sin ser consciente de lo que hacía. ¿Qué hacía cuando estaba «sonámbulo»? ¿Ayudaría a «transportar» a la gente que raptaban o algo por el estilo?

—Jessica, eras mi amiga. Confiaba en ti, tú eras... —La miraba, con esa túnica negra, con el colgante puesto y maquillada como un ser siniestro.

—Ay, mi pelirrojo, qué fácil me lo has puesto... Tenéis que ponérmelo más difícil, que ya me aburre hacer de chica seductora —dijo al resto. Lo había hecho más veces y Miles había sido la última víctima— ¿Me perdonas, amorcito?

Todos rieron.

Los gritos cesaron. ÉL volvió con lo que parecía una tabla similar a la que había en el centro de la sala. Había un cuerpo encima. Lo conocía, era... Kevin.

—¿Ke-Kevin?, ¡KEVIN! —Miles fue hacia él, pero lo agarraron por detrás.

Miles estaba histérico, y hacía unos sonidos extraños. Una mezcla de gritos mezclados con sollozos.

—Sí, ¿Kevin se llama? Curioso joven, muy alborotador. Los otros dos son más miedosos y saben callar. Nos gustó la seguridad con la que trajiste a tus amigos aquí abajo el día que visteis al perro en el bosque. Acabarían muertos, ¿no? Pero lo hiciste muy bien —El grupo rio.

Kevin, Devin, y Steven estaban vivos.

Miles estaba arrodillado, sin poder articular palabra y sin saber reconocer a sus padres cuando los miraba. Una voz conocida, que no había hablado hasta ahora, salió a la palestra. El señor Crawford, el señor siniestro que se sentaba fuera, su vecino de la casa de al lado, el que lo había incitado a que castigara a alguien hace un tiempo, también estaba ahí. Fue él quien se

«presentó» ante Miles en medio del bosque el día que repostaron en la gasolinera, justo antes de llegar a Brinwood. También fue él el que había entrado en casa con el famoso perro negro mitad golden, mitad labrador.

—Fue idea mía —dijo con voz burlona. Se acercó a Miles, se arrodilló junto a él y le acarició la cabeza—. Y, ¡ah!, también esto. Gran idea la de inculparte de unos supuestos asesinatos, ¿no? No eran huesos humanos, la policía corroboró ese hecho, pero tus papaitos supieron callarse y ocultarlo, y te dejaron como el nuevo asesino de Brinwood.

Hubo un atisbo de carcajadas macabras por parte de algunos. Miles miró a sus padres, los cuales lo miraban con cara de ¿admiración? No sabía describirlo. Sus padres estaban locos, Trevor, Mary, Jessica, ÉL. Había sido manipulado y embaucado con una mentira. Había sido entrenado, y ÉL creía que tenían un adepto más entre ellos.

Había llegado la hora, ya habían perdido mucho tiempo.

El grupo se acercaba, mientras cantaba una oración. ÉL estaba delante de Miles, y le dijo que cogiera el cuchillo.

Miles no sabía por qué hacían esto. ¿Qué habían hecho sus tres amigos para ser asesinados?

—Ah, y tienes otro de propina. Uno que se hace llamar un «sacerdote cristiano».

Como muchos rituales en los que se debían realizar sacrificios humanos, el objetivo no era otro que venerar a los dioses. Esto les permitiría ser aceptados y elegidos. Miles era uno más, un caso más de ser «raptado» por un grupo de personas con el objetivo de seguir aumentando la «familia».

Tenía que matar, tenía que castigar y tenía que hacer el sacrificio para ser digno de ellos. Había cumplido un ciclo, había participado en el proceso, y los había ayudado aunque no fuera consciente. Ahora, le tocaba dar el paso definitivo.

Kevin estaba tendido boca arriba, drogado y con la cara pálida.

Miles tenía el cuchillo en la mano y tenía que apuñalarlo. «No lo voy a hacer, no lo voy a hacer», pensaba Miles una y otra vez mientras buscaba alguna salida. Kevin era uno de los cuatro a los que tenía que asesinar para realizar el ritual.

No tenía salida. Si quería salir de ahí, tenía que hacerlo. Ninguna otra locura lo iba a ayudar en ese momento. Con lágrimas en los ojos, levantó el cuchillo y justo antes de atestar la puñalada, sonó el timbre de la casa. ¿Era su salvación? Las figuras negras cuchicheaban entre ellas. Miles entendió un «¿Quién es a estas horas?». Al parecer, estaban todos los que tenían que estar en la misa negra y no esperaban a nadie. Era la una de la mañana y nadie solía llamar a esas horas. Es más, nadie que no fuera del grupo de vecinos, alias «familia», se atrevía a entrar en la zona de los extraños, según había oído Miles alguna vez cuando se mudó.

15. Nacer otra vez

Jason y el sacerdote Sullivan iban dirección a Brinwood. Jason iba al mando. Era el coche del sacerdote, pero este prefería ir en el asiento del copiloto y rezar unas oraciones para pedir al Señor su ayuda. No estaba apto para conducir.

Hicieron las cinco horas del tirón, ya que habían acordado con la policía no parar; no había tiempo que perder. Les había resultado difícil que la policía les hiciera caso. El sacerdote tuvo que repetir la situación varias veces hasta que accedieron a ir. —Vamos a inspeccionar —le dijo uno de los dos policías que los acompañaban. Llegarían pasada la medianoche. Les recomendaron ir a la mañana siguiente, pero la gran insistencia de Sullivan y de Jason hizo ver a los agentes que podría haber algo serio detrás.

Llegaron a eso de las doce y media de la noche. Los agentes fueron a la comisaría local del Brinwood. Querían hablar del asunto con par de agentes por si les hacían falta refuerzos.

El sacerdote aprovechó para hacer un descanso de sus oraciones. Era el momento de contarle a Jason un asunto importante.

—Esto fue lo que encontré en la casa en la que asesinaron a esa familia.

Jason miró intrigado, mientras Sullivan sacaba un colgante de su bolsillo.

—¿Y esto qué es?

—Un símbolo usado en rituales satánicos —El sacerdote fue al grano.

Jason tragó de mala manera la saliva que tenía en la garganta y tosió un par de ocasiones.

Miró al sacerdote, volvió a mirar al colgante y volvió a mirar al sacerdote.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

Jason miró hacia la comisaria, había que irse ya.

—Dios y, ¿qué hacemos ahora? Mi hermana, mi sobrino. Dios, hay que...

El sacerdote cogió del brazo a Jason cuando este se disponía a arrancar el coche.

—No le aconsejó hacer eso, señor. Allí no podemos hacer nada, necesitamos a la policía, es muy peligroso.

—Pero...

Jason estaba desesperado, el sacerdote se puso a orar de nuevo con las manos entrelazadas. Tenía que esperar unos minutos y darles esa pista a los agentes, era primordial.

—¿Qué dices López? La familia Mason es adorable, ¿de verdad te han convencido esos dos de ahí fuera? —dijo mientras señalaba al sacerdote y Jason— No voy a ir a su casa a estas horas.

El agente López, que era el que llevaba la voz cantante, les expuso los hechos una y otra vez, pero el agente Hopkins tampoco entendía por qué tenían que ir a esas horas. López le explicó que, si actuaban de la forma adecuada por lo que se les estaba acusando, tenían que pillarlos de noche y a altas horas de la madrugada. Eran muy reservados y no actuaban a «plena luz del día».

El agente Hopkins era la persona más respetada de la zona. Tenía varias detenciones a su nombre, y siempre había sido alguien muy eficaz. Hasta personas tan cualificadas, a veces, podían

ser engañadas y manipuladas sin que se dieran cuenta de lo que realmente sucedía.

—Llevo aquí años, agente López —Estaba molesto—. La chica, Jessica, es como una hija para mí. Es adorable y los Mason igual, siempre nos hemos hecho favores. Incluso me han invitado a comer a su casa.

Hacía ver que los conocía de sobra como para desconfiar de ellos. A veces, la arrogancia policial y la excesiva seguridad y confianza en sí mismos les podía provocar vivir situaciones que no imaginarían.

Tanta insistencia hizo que el agente accediera, pero con un aviso previo.

—¿Y encima hay un amuleto maligno o satánico? —Se lo enseñó a López con desprecio—. Esto es una tomadura de pelo, ¿verdad?

El agente López era una persona sensata. Por lo menos, más abierto que el agente Hopkins y mucho más desconfiado con las pistas que encontraba.

—Como no encontremos nada, que es lo que va a pasar, le echaré la culpa a usted, agente.

«¿Qué tipo de favores se harían mutuamente los Mason y el agente Hopkins para que estuviera tan ciego?», se preguntaba Jason. Mientras, el sacerdote siguió con sus rezos, no sin antes dar las gracias una vez más a los agentes.

Fueron en dos coches patrulla, uno con los agentes Hopkins y Brady, y el otro con los agentes López y Shannon. Jason y Sullivan iban detrás con el coche de este.

Cuando Jason salió del coche, le dieron escalofríos al mirar esas casas que estaban al otro lado de la ciudad. Era como si estuvieran «aisladas» del resto de mortales.

—Ustedes quédense en el coche, por favor —Les dijo uno de los agentes al salir del coche. Jason no estaba de acuerdo.

—Pero, mi hermana y mi sobrino están ahí... ¿y si están en peligro?

—Para eso estamos nosotros, ustedes no pueden hacer nada.

Jason aceptó a regañadientes. El sacerdote seguía con sus oraciones.

Los cuatro agentes fueron hacia la puerta principal. El agente Hopkins iba delante con cara de pocos amigos.

Llamaron al timbre.

Miles vio el timbre como una oportunidad.

Una de las figuras negras se dirigió a la puerta, y Miles vio un hueco. Aprovechó la oportunidad.

Vio a la figura abrir la puerta y se desató la locura. Miles empezó a gritar mientras iba directo al espacio que se había creado, y llevaba el cuchillo en la mano. Un par de figuras lo agarraron por los hombros, pero Miles usó el cuchillo. Estaba fuera de sí, ni se acordaba que, entre ellos, estaban sus padres. Ya ni sabía si los tenía, eran unos desconocidos para él. Logró herir a varios de ellos, hasta que llegó al que estaba en la puerta. Era Trevor.

—Je, je, ¿a dónde vas?

Miles no tenía tiempo, no le quedaba otra. Se abalanzó sobre él y lo apuñaló un par de veces en la espalda. Trevor gritó. Miles pensó en la puerta de arriba, ¿estaría cerrada? Miles nunca había deseado tanto que una puerta estuviera abierta. En efecto, Jessica se había olvidado de poner el candado a la puerta.

Era libre. Pero cuando fue a gritar la palabra «SOCORRO», dos personas lo agarraron y le taparon la boca. Después, se lo llevaron a su habitación.

—¿Habéis oído algo? —El agente López puso la oreja.

—Sí, agente. Hemos llamado a la puerta y vienen a abrir —el agente Hopkins se burló. Se

creía el rey del mundo.

Se abrió la puerta y apareció Mary Mason. Le había dado tiempo a ponerse una especie de pijama, o eso parecía.

—¿Qué ocurre, agente Hopkins?, ¿han visto la hora que es? —Le faltaba un poco el aliento.

—Sí, disculpe las horas, señora, pero necesitamos hacerle unas preguntas. ¿Podríamos pasar?

Mary se negó, no entendía que fueran a hacerle preguntas a esas horas. El agente Hopkins aceptó. No entrarían.

El agente López desconfiaba, ¿ahora los civiles decidían cuándo podía entrar o no la policía? Mientras tanto, se puso a mirar por las ventanas.

—Agente Hopkins, ¿le puede preguntar a su compañero que qué hace?

—Ya he oído lo que ha dicho la señora, no hace falta que me lo repitas —contesto antes de que Hopkins articulara palabra.

—¿Por qué tienen velas, señora? —López vio que había velas alrededor de la casa—. No sabía que hubiera problemas de luz.

Antes de que Mary contestara, el agente Hopkins saltó.

—Agente, podemos irnos, a no ser que quiera que avise a su superior.

—A partir de ahora, agente, yo tomo las decisiones y el mando.

—¿Perdón?

—Sea usted un policía y deje trabajar, por favor.

Mientras, uno de los agentes vio una sombra moverse al fondo en las escaleras.

El agente recibió la información y entraron.

—¿Per-dón? ¡Oiga, no pueden entrar! —Mary se puso histérica.

—¿Por qué? Señora... Mason, ¿verdad?

El agente Hopkins entró el último y dijo: —Señora Mason, tranquila, déjelo en mis manos — Seguía hablando con los mismos aires de superioridad.

Mientras iba con sus compañeros, Mary aprovechó para cerrar la puerta con llave. Estaban atrapados.

—Os estaba avisando, pero os lo habéis buscado —Mary sacó un cuchillo que tenía detrás del pantalón.

—Suelte el cuchillo, señora Mason.

Los tres policías la apuntaban con la pistola. El agente Hopkins intentaba calmarla.

—Mary, tranquila, soy yo. Estás nerviosa por algún motivo, deja que te ayude.

—¿Cómo has podido ser siempre tan estúpido? Te las das de héroe, pero demuestras que no vales un duro —Le dio donde más dolía—. Soltad las pistolas o esto acabará muy mal.

Los agentes estaban rodeados. Las velas que habían puesto en el salón eran las únicas que daban algo de luz, pero se veía lo suficiente.

—No sabemos cómo hemos llegado a esto, pero si queréis vivir, bajad las pistolas —dijo alguien del grupo con voz ronca.

Mientras en el salón la situación estaba al límite, arriba estaban Miles y sus padres. Tina tapaba la boca de su hijo, y James tenía puesta la oreja en la puerta.

—¡¡NO!!, ¡¡ALTO! —Se oyeron disparos, eran cuatro contra unos quince—. Voy a bajar — dijo James. Tina le dijo que no, que era muy peligroso—. Lo siento.

James abrió la puerta y salió disparado, tenía que salvar a sus hermanos.

Miles aprovechó el momento de debilidad de Tina y se fue directo a la puerta, pero su madre lo empujó y cayó al suelo.

—Miles, con todo lo que hemos hecho por ti.

—¿Hacer por mí? Sois una secta, mamá, estáis locos.

Abrió la puerta. Los gritos no cesaban, parecía una jauría de lobos. Su madre lo cogió del cuello y volvió adentro cerrando la puerta.

Abajo, los agentes estaban casi vencidos. Habían conseguido disparar a alguno, pero todavía quedaban supervivientes. Las heridas por las cuchilladas los hacían suplicar. Estaban perdidos hasta que el agente Hopkins, que no podía moverse, cogió una vela que había en la estantería y se la lanzó a una de las figuras negras. Era el señor Crawford. Acababa de sentenciar la muerte de todos: la casa empezó a arder.

—¡Las llaves, señora Mason! ¡Abra la puerta! —dijo uno de los agentes mientras tosía.

La señora Mason no hizo caso. Los que quedaban vivos se miraron, y como última voluntad antes de morir con dignidad, se dirigieron hasta los agentes con violencia.

Pasados unos minutos, Tina miró a la puerta.

—Huelo a humo.

Tina se acercó, y abrió la puerta mientras miraba de reojo a Miles. Vio que el pasillo estaba en llamas, en la parte en la que se situaban las escaleras. Les quedaban unos minutos, todavía oía algún grito. Tina miró a Miles con lágrimas en los ojos.

—¿Qué has hecho?, ¿qué has hecho...? —decía una y otra vez.

Miles, en medio de los sollozos de su madre, escuchaba que algo golpeaba la ventana.

Jason, al ver que la casa estaba medio en llamas, decidió salir del coche e intentar salvar a quien pudiera. Vio que en la única habitación con luz había alguien que se podía salvar. Suplicó a Dios cuando vio asomarse a Miles. Hacía mucho tiempo que no lo veía, había crecido, y era igual que su madre.

Miles miró a Jason mientras abría la ventana.

—¡¡Salta, vamos!!

Se giró a su madre, y le dijo que se tenían que salvar. Tenían que saltar y ponerse a salvo.

Tina, en lugar de entender la situación, se abalanzó contra su hijo. O, al menos, lo intentó. Mientras intentaba llevar a cabo su ataque, se tropezó y se golpeó con la mesa. Chocó lateralmente con la ventana, y ahí fue cuando vio a su hermano. Abrió la ventana.

—¡Túúúú! ¡¿Qué haces aquí?! —Lo miraba como si fuese imposible que la persona que estaba ante sus ojos estuviera ahí—. Te-te acusaron, tendrías que estar detenido... —se puso a gritar.

—¿Cómo?, ¿qué hiciste Tina? —Jason miraba a Miles en busca de comprensión mientras empezaba a notar mucho calor en su cuerpo. Se secó el sudor de la frente con la mano, pero no servía de mucho—. Soy tu hermano, tenéis que saltar, vamos a hablarlo, ¡pero tenéis que saltar!

—¿Mi hermano? No eres mi hermano, eres un desgraciado.

Miles estaba apoyado sobre la ventana con su hombro derecho y le daba la espalda a su madre, que parecía como si estuviera hablando con alguien. Tina continuaba gritando, y Jason no sabía qué hacer.

—¿Qué hacías allí?, ¡casi lo arruinas todo!, tendrías que estar en la cárcel... ¿Qué haces aquí? Yo te inculpé, yo dejé la navaja allí... ¿Qué haces aquí? —Se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la ventana. Histérica y sollozando, cogió a Miles de los costados y lo tiró al suelo.

—¿¿Qué has hecho?!, ¡¿qué has hecho?!

Miles consiguió zafarse como pudo. Ella cayó al suelo, y en lugar de seguir luchando, se quedó tendida, acurrucada como un bebé, y siguió sollozando.

Miles se dirigió hasta la ventana, ante su tío. Miraba al fondo, y veía a Brinwood, veía luces. No sabía muy bien de dónde procedían ni lo que eran, pero la puerta de la habitación empezaba a

caerse a cachos.

Se dejó caer por la ventana, pero Jason no esperaba esa reacción de Miles. Parecía un acto de rendición. Si su tío lo cogía, bien, y si no lo cogía, también. Estaba psicológicamente fuera de cualquier realidad.

Lo cogió al vuelo de mala manera. Se tropezó y se hizo daño en un tobillo. No obstante, vio que su sobrino estaba «bien». Lo cogió de un lado y fueron hasta el coche. Mientras, las llamas habían ocupado prácticamente el 80 % de la casa.

Miles se cogía del hombro de su tío, mientras este, dolorido por su tobillo, lo agarraba por la cintura.

¿Dónde estaba el sacerdote? Jason se desesperó mientras lo buscaba con la mirada. No tenía tiempo para encontrarlo, tenían que irse de allí. Sin embargo, no iba a ser tarea fácil.

Uno de los encapuchados pudo salir ileso, y acababa de caer exhausto por una de las ventanas. Cuando Jason y su sobrino se acercaron al coche, escucharon un grito.

—¡Eh!, ¡todavía no hemos terminado contigo, chaval!

A Jason no le dio tiempo a abrir el coche, así que dejó a Miles sentado en el suelo, apoyado sobre el vehículo.

—Disculpe, pero nadie va a tocar a mi sobrino nunca más.

No se le veía la cara y estaba jadeando, pero tenía ganas de pelea. Se abalanzó sobre Jason. Los dos intentaron zafarse mientras se daban patadas y puñetazos como podían.

Las llamas ocupaban prácticamente toda la casa.

Un cuchillo perforó la pierna derecha de Jason y este gritó de dolor. Cayó, y vio al fondo las mismas luces que veía su sobrino. Sin embargo, él sí reconoció que eran las propias de ambulancias, bomberos y policías.

No tenía tiempo de explicaciones, ni tiempo de pararse; la cosa podía ponerse mucho peor y tenían que irse. Se dio la vuelta y agarró del cuello a la figura negra, que había bajado la guardia. Jason se puso encima de él y forcejearon hasta que tuvo la oportunidad. Cogió el cuchillo, el cual acababa de caer al suelo, y no se lo pensó. Acuchilló el pecho de la figura negra hasta cuatro veces.

La angustia se apoderó de Jason, tenían que irse. Se dio la vuelta, la casa estaba a punto de explotar. Ni se acordaba de su pierna ni de su tobillo, solo quería meter a Miles en el coche e irse.

Le puso el cinturón.

—Ánimo, campeón, ya estás a salvo.

Miles miraba por la ventana con la mirada perdida, había vivido una pesadilla. Sus padres formaban parte de una secta religiosa. La que era su familia estaba muerta, y sus amigos, salvo que hubiese ocurrido algún milagro, estaban muertos también.

Jason iba a toda velocidad, no tenía tiempo para ir de paseo ni para evitar tener algo que ver con lo sucedido. Veía ambulancias, policías y bomberos ir en la otra dirección. Solo quería irse muy, muy lejos, y luego que pasara lo que tuviera que pasar. Jason miró por última vez por el retrovisor.

—Dios santo.

Miles había nacido otra vez.

FIN

¡GRACIAS!

Muchas gracias por el tiempo que has dedicado a leer “El Ritual”, espero que te haya gustado. Si no es mucho pedir, estaría muy agradecido si me dejaras un comentario en la página de Amazon. Me ayudará mucho para mis futuras novelas. Tu comentario es muy importante para mí y todo lo que sea poder mejorar sería de gran ayuda.

Puedes dejar tu opinión en la página del Libro en la pestaña de “Opinión de clientes” –“Escribir mi opinión” en Amazon.es y Amazon.com.